



BENITO
JUAREZ

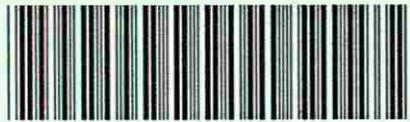
REYES

F1233

.38

R49

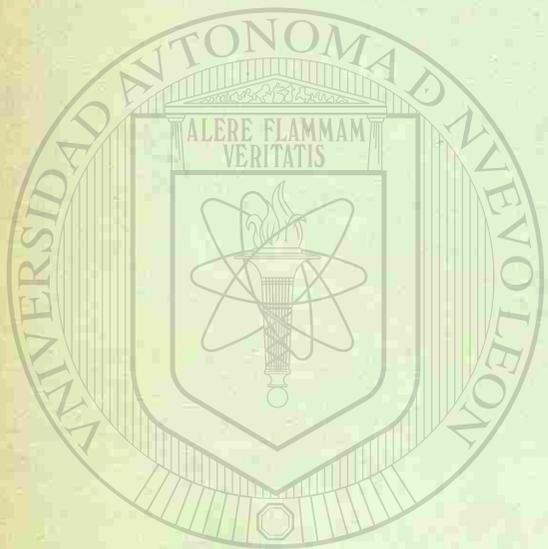
106119



1020002676



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA



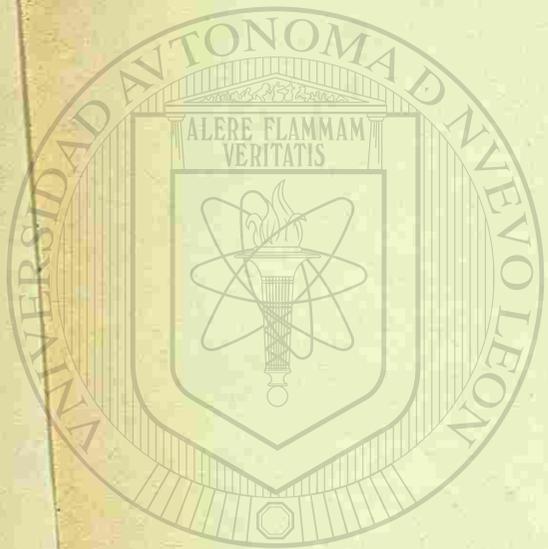
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



106119



755.92

BENITO JUAREZ

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



211061



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ediciones A. B. F. Lagasca, 133 D. - MADRID

LOS HOMBRES DE NUESTRA RAZA

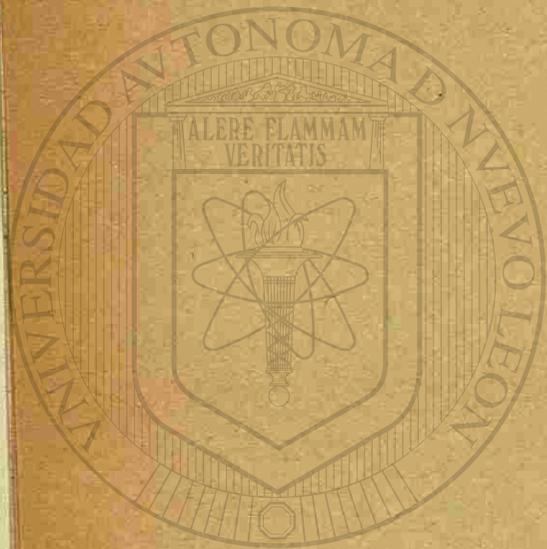
BENITO JUAREZ ✓
ENSAYO SOBRE UN CARACTER
por
RODOLFO REYES ✓



EDICIONES NUESTRA RAZA

MADRID ✓

1233
58
R49



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

DEDICATORIA

A la venerada memoria de mis mayores, soldados y políticos mexicanos, que bajo la jefatura de Juárez dieron sus vidas o sus energías al partido liberal mexicano y a la causa de la independencia nacional.

EL AUTOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

COLECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

«Entre los individuos como, entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.»

BENITO JUÁREZ

«Se unieron a Juárez los mexicanos a causa de su probidad personal y del vigor de sus convicciones. Benito Juárez estaba a la altura del papel difícil que los acontecimientos le ofrecían. Era un hombre de Plutarco del que cualquiera nación se podía enorgullecer.»

EMILIO OLLIVER (Ministro de Napoleón III) *L'Empire Liberal*.

«Los franceses en México no tendrán más terreno que el que episen; su autoridad ni aun llegará al espacio en que resuenen sus clarines, ocuparán la capital y ciudades y pueblos, uno, dos, tres años; pero yo aseguro que no lograrán que los mexicanos quieran al Príncipe Maximiliano por Rey de México y que Juárez vencerá... México no es un país de conquista, allí hay un pueblo.»

GENERAL DON JUAN PRIM. *Discurso ante el Senado español*.

«Todos los otros eran lo que pasaba y se iba; Juárez era lo perdurable: la conciencia.»

JUSTO SIERRA. *México. Su Evolución Social*.

LO QUE ES ESTE LIBRO

Nace este pequeño libro de una cordial invitación para integrar una galería de hombres ejemplares de nuestra familia étnica y cultural con uno de los más grandes americanos, de sangre indígena; pero de clarísimo mestizaje espiritual, ya que al decir exactísimo de uno de sus biógrafos, «Fue un indio zapoteca que vivió en castellano» (1).

(1) *Juárez el impasible*. H. Pérez Martínez (1934, Madrid. E. Calpe).

Nosotros siempre hemos creído que el mestizaje obra por caminos fisiológicos, por espirituales o por ambos; el español sobre las razas aborígenes generalmente fué fisiológico y luego espiritual o puramente espiritual; pero en modo alguno quedó en calidad de un simple accidente de función sexual.

Hijos de indias fecundadas por españoles, dieron mestizos que entraron a formar parte de una familia humana encaminada por una nueva fe y una cultura; pero muchos sin mezcla de sangre recibieron asimismo esa fe y esa cultura.

La *Encomienda*, cuyo origen era noble tanto como en sus aplicaciones tuvo de errónea, no era otra cosa que la adopción de un grupo indígena asenta-

No es este un libro de historia o investigación, es un jalón de ejemplaridad, un modo de vulgarización, una pincelada nada más del cuadro magnífico que merece vida tamaño, escrito con el ánimo de exhibir fuera de su propia patria la personalidad del patricio máximo de la historia mexicana, ya que para México mismo este ensayo resultará muy pobre e indocumentado y no puede compararse con los completos estudios que la gran figura del «Reformador» ha inspirado.

Juárez, por humildísimo en su origen, por fuerte en su voluntad, por heroico en su

do en cierto territorio, por un español que se obligaba a catequizar y civilizar a los *encomendados*. Los pueblos o comunidades de indios, en las que se respetaron los caciques y se nombraron Procuradores de Indios, no tuvieron otro destino original en el ánimo de la legislación protectora de las Leyes de Indias. La obra benemérita de los misioneros, que en tanto compensó y superó a los daños de vulgares fanáticos, no tuvo otro empeño.

Y así fué como nació el mestizaje que llamamos espiritual, mediante el cual pudieron ir al martirologio católico San Felipe de Jesús, al Parnaso Ignacio Altamirano, a la cátedra y a la tribuna hispánica Ignacio Ramírez, y a la veneración cívica Benito Juárez.

Supongamos el caso de los indios de Norteamérica y no se concibe que, perseguidos y aniquilados, enemigos explicables y permanentes de los blancos y viviendo en el seno de una colonia que rabiosa-

conducta, por limpio en su moral y por afortunado en sus realizaciones, puede señalarse entre los hombres más dignos de escogerse para dar con sus vidas lecciones de fe, de energía y de virtud y para simbolizar toda la realización afortunada del liberalismo clásico en México y la confirmación indestructible de una nacionalidad.

América hispana tiene en Bolívar el símbolo integral de su genio propio, puede tener en Martí el de su sensibilidad y delicadeza; en Juárez tiene indudablemente la personificación de su carácter. Seguramente ningún patricio americano ha cumplido

mente mantenía la separación de razas, hubieran cooperado a la formación de la nueva sociedad, cuyo programa integral era destruirlos.

Unamuno ha dicho perfectamente que la lengua es más que la raza, que ella es la mejor modelación para las familias de pueblos; y como la lengua no es sino el vaso del espíritu, podemos decir legítimamente que es mestizaje espiritual el que viene de una lengua, de una cultura, de una fe. Así llamamos mestizo espiritual a Juárez, legítimo fruto de la colonización, pues sin ella y sin su modo especial de ser a lo hispánico, no hubiera sido dable que un indígena, a través de más de tres siglos de dominio y saturación europeas, representara a una nacionalidad neo-hispánica, que no iba a borrar la conquista ni mucho menos, sino a dar una nueva interpretación política, una contrastación, a la civilización recibida y naturalizada en un territorio americano. Por eso cabe Juárez en esta colección.

mejor la frase de Gautier, « la voluntad vence al destino ». Ningún mexicano, desde luego, desarrollo de modo tan cabal su misión, ninguno llegó a la vida pública tan a su hora y se fué del Mundo con su labor tan bien consumada, ninguno vivió y murió tan a su tiempo, ninguno ha representado la consumación política de una doctrina como él la del liberalismo y nadie en lo ancho de nuestro Nuevo Mundo selló como él y los suyos el término de toda aventura de conquista sobre nuestro Continente.

Los hechos históricos de la atormentada vida nacional de México pasarán por estas breves páginas como necesario fondo sobre el que va a dibujarse este ensayo, cuándo y en la proporción que resulte indispensable; no se trata de buscar la ocasión de hacer historia de México, va a trazarse sólo una personalidad; las anécdotas servirán para fijar los simbolismos de un carácter, no escribimos siquiera una biografía al estilo ritual de ellas; lo repetimos, se busca, en cortas páginas, destacar a Juárez como símbolo y recalcar la ejemplaridad de su vida; nada más que eso; pero nada menos, intenta este pequeño libro, simple ensayo sobre tema que puede aceptar tan amplios desarrollos.

Madrid, julio de 1935.

RODOLFO REYES

I

EL PRIMER CICLO

Allá en lo más recóndito de la Sierra Zapoteca, en el hoy Estado federal de Oaxaca, región mexicana que dió nombre al título nobiliario del más grande de los conquistadores, de pura sangre indígena, hijo de padre humildísimos ya que no míseros, en la aldea de San Pablo de Guelatao, sobre la sierra de Ixtlán, nació Benito Juárez García, el 21 de marzo de 1806, bajo la dominación española en México. Pertenecían sus padres a la raza Zapoteca, montañesa y fuerte, recia y adusta.

Huérfano a los doce años, sin conocer en su niñez ni tan siquiera el habla sonora y magnífica en la que él hablaría al Mundo para hacer respetar los derechos de un pueblo y la dignidad de un continente frente a los aventureros coronados, supo del dolor de vivir de arrimo con parientes. Dedicado al pastoreo, un accidente cualquiera lo pone en camino de su destino al irse a la capital de su región y dar con un sacerdote de aquellos que honran su sayal por lo humildes y bondadosos, el franciscano don Antonio

mejor la frase de Gautier, « la voluntad vence al destino ». Ningún mexicano, desde luego, desarrollo de modo tan cabal su misión, ninguno llegó a la vida pública tan a su hora y se fué del Mundo con su labor tan bien consumada, ninguno vivió y murió tan a su tiempo, ninguno ha representado la consumación política de una doctrina como él la del liberalismo y nadie en lo ancho de nuestro Nuevo Mundo selló como él y los suyos el término de toda aventura de conquista sobre nuestro Continente.

Los hechos históricos de la atormentada vida nacional de México pasarán por estas breves páginas como necesario fondo sobre el que va a dibujarse este ensayo, cuándo y en la proporción que resulte indispensable; no se trata de buscar la ocasión de hacer historia de México, va a trazarse sólo una personalidad; las anécdotas servirán para fijar los simbolismos de un carácter, no escribimos siquiera una biografía al estilo ritual de ellas; lo repetimos, se busca, en cortas páginas, destacar a Juárez como símbolo y recalcar la ejemplaridad de su vida; nada más que eso; pero nada menos, intenta este pequeño libro, simple ensayo sobre tema que puede aceptar tan amplios desarrollos.

Madrid, julio de 1935.

RODOLFO REYES

I

EL PRIMER CICLO

Allá en lo más recóndito de la Sierra Zapoteca, en el hoy Estado federal de Oaxaca, región mexicana que dió nombre al título nobiliario del más grande de los conquistadores, de pura sangre indígena, hijo de padre humildísimos ya que no míseros, en la aldea de San Pablo de Guelatao, sobre la sierra de Ixtlán, nació Benito Juárez García, el 21 de marzo de 1806, bajo la dominación española en México. Pertenecían sus padres a la raza Zapoteca, montañesa y fuerte, recia y adusta.

Huérfano a los doce años, sin conocer en su niñez ni tan siquiera el habla sonora y magnífica en la que él hablaría al Mundo para hacer respetar los derechos de un pueblo y la dignidad de un continente frente a los aventureros coronados, supo del dolor de vivir de arrimo con parientes. Dedicado al pastoreo, un accidente cualquiera lo pone en camino de su destino al irse a la capital de su región y dar con un sacerdote de aquellos que honran su sayal por lo humildes y bondadosos, el franciscano don Antonio

Salanueva. Entre él y la hermana del indio, que era sirviente en una casa acomodada, dentro de la que también encuentra él protección, dan el primer impulso a aquella materia prima señalada para destinos tan preclaros.

Instruido por el fraile en las primeras letras, pasa Juárez al Seminario, y a pesar de los naturales deseos de su maestro y benefactor, es leal a su espíritu y desiste de acercarse al altar para pasar al naciente Instituto laico y seguir la carrera de Derecho. El indígena se distingue ya; pero no por la imaginación, ni por la brillantez, sino por su seriedad espiritual, por su sentido de rectitud y por su voluntad. Su carácter lo llevaba más al estudio de las ciencias y así fué como pronto obtuvo la primera distinción y el primer modo de ayudarse a vivir mereciendo ser Auxiliar de Física; pero las mayores facilidades y el ambiente más propicio, le hicieron seguir la profesión de abogado, al mismo tiempo que ejercía el oficio de encuadernador al lado del fraile protector.

Muy pronto el joven abogado empezó a revelar sus quilates, siempre más por su ética que por su palabra, siempre más largo de hechos que de expresiones; deista, sin adhesión notoria al culto, tiene un fondo de misticismo, una necesidad de fe, que lo completará para sus formidables luchas, encarnando esa ambición espiritual en un credo político y en un sentimiento agudo de la independencia patria. Venido de la oscura

estirpe indígena, jamás olvidará sus dolores y sus necesidades; iluminado y realizado su mestizaje espiritual por la cultura hispánica y por la moral cristiana, su abolengo moral llevará un claro sello étnico que lo clasifica como un mestizo típico, y aun cuando haya sido el reformador laico por antonomasia y el extirpador del clericalismo en México, de sus manos ni un solo rayo partió a herir la fe o a lastimar las conciencias; para él «el respeto al derecho ajeno es la paz».

Para acabar de completar su espíritu, alzó sus ojos a la hija de su protector Maza, el amo de su hermana, y Margarita fué el único amor de su vida, la madre de sus hijos, la compañera abnegada de sus luchas y la sangre europea que llevó a su descendencia el mestizaje fisiológico.

A partir de su primer examen de grado, en el que sustenta la tesis clásica de la división de los poderes y la democrática del control por medio de la opinión pública; luego secretario del Instituto, diputado local, abogado en ejercicio, secretario general del Gobierno, activo *leader* del incipiente partido liberal oaxaqueño, conspirador contra la dictadura de Santa-Ana, diputado al Congreso local y después al Nacional, el joven indígena, vestido de negro, sencillo, frugal, solemne y sentencioso, consume perfectamente preparado sin pausa y sin prisa, como fué toda su vida, los dos primeros ideales de su vida: el íntimo, casándose con Margarita Maza, y el público, lle-

gando a la primera Magistratura de su Estado natal. La esposa lo pinta en una frase: «Es muy feo, pero es muy bueno»; y a sus hermanos los indígenas de Guelatao, que van a felicitar al señor Gobernador, su paisano, les da sencillamente un programa de redención diciéndoles: «Soy hijo del pueblo y no lo olvidaré; sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca, se cree un porvenir y abandone la carrera del desorden, de los vicios y de la miseria».

Benito Juárez, el indio zapoteca, el mestizo espiritual hispánico, se ha unido a una «Gachupina» (1), ha adquirido la cultura europea, ha hecho una carrera de letras y realizado una ascensión política; su primer vuelo está consumado.

Los primeros pasos de los hombres son definitivos para su vida toda; la arcilla de la niñez y de la primera juventud recibe huellas que jamás se borran del todo: Juárez debió mucho a su humilde hermana, la sirviente de la casa Maza, al sacerdote obrero que lo educó en las primeras letras y a dicha familia Maza. Durante su vida el sentimiento familiar sería para él básico: fué el más ejemplar padre y esposo; entre sus ambiciones siempre da el primer lugar al

(1) *Gachupin*, se dice del español y por generalización del extranjero europeo; así en el caso del señor Maza, que probablemente era nacido en Italia y sin duda de origen español.

nombre que ha de legar a sus hijos, el amor para su esposa es rayano en idolatría; cuando ella muere, el decaimiento del gran animador es sensible y se traduce en su acción pública. Podrán ciertos convencionalismos querer dividir la vida privada y la pública de los hombres; pero en la realidad sólo los hombres esencialmente íntegros en su vida familiar, lo son en la vida pública; Juárez tuvo un hogar ejemplar, y por eso supo ser el ejemplar conductor de un pueblo; sintió la responsabilidad de la paternidad y por eso pensó en el nuevo México, que fué en mucha proporción hijo suyo; tuvo una inmensa estimación para su propio nombre como herencia para sus hijos y por eso trató de decorarlo con notorias virtudes. El sacerdote, maestro de letras y de oficio, no pudo llevar al altar a su discípulo, sin duda porque su misma biblioteca enciclopedista trabajó su espíritu juvenil; pero lo hizo ámpliamente cristiano, y si las circunstancias lo llevaron a realizar actos de plena ofensiva, no contra la Religión, sí contra el clericalismo, la moral, que condujo su vida, tuvo base en la educación cristiana que recibiera.

El haber Juárez trabajado en un oficio para ayudarse a vivir, le dió, sin duda, aparte de una fraternidad sincera hacia los trabajadores humildes y manuales, una capacidad de decisión, de acción, de realización, que suele faltar a los hombres puramente intelectuales. En efecto, la característica de Juárez fué un misticismo encendido por de-

terminados ideales, fruto de su sentimiento o de su filosofía, y una capacidad realista extraordinaria en sus procedimientos.

En su incompleta autobiografía, dice Juárez: «Era preciso privar al Clero del voto pasivo, adoptándose este contratiempo en bien de la sociedad, a condición de que una vez que se diese la Constitución y quedase sancionada la Reforma, los clérigos quedasen expeditos, al igual que los demás ciudadanos, para disfrutar de ese voto pasivo en las elecciones populares.»

Esto demuestra que Juárez sólo quería que se consumase la reforma laica y transitoriamente detener la acción del Clero, ocupando cargos públicos; pero no privarlo de ese derecho al constituirse definitivamente el país en un régimen liberal, siendo esto muy diverso de lo que se inventa sosteniendo que sistemáticamente tratara de hacer parias a los sacerdotes.

Respecto a la primera medida que Juárez, como Ministro de Comonfort, tomó suprimiendo para los clérigos y militares los fueros ajenos a su ejercicio, dice en la misma autobiografía: «Las leyes anteriores sobre administración de justicia, adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad una desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo así en constante agitación al cuerpo social... Era muy difícil hacer algo útil en semejantes circunstancias (las transitorias del Gobierno en el que era Ministro), y ésta

es la causa de que las reformas que consigné en la ley de justicia fueran incompletas, limitándose sólo a extinguir el fuero eclesiástico en el ramo civil y dejándolo subsistente en materia criminal, a reserva de dictar más adelante la medida conveniente sobre este particular. A los militares se les dejó el fuero sólo en los delitos y faltas puramente militares.» Sólo con un ánimo parcial pueden verse agresiones a la Religión en estas medidas reformativas de Juárez. Si llegó un día en el que hubo de irse a fondo contra el Clero mexicano, no fué por razones de orden religioso, sino de defensa nacional, por la equivocada alianza de aquél con la intervención extranjera; pero en modo alguno por atacar la religión.

Esa íntima educación original de Juárez en la humildad, en el trabajo, en el noble ambiente de una honesta familia protectora y de un ejemplar maestro, hizo también fructificar plenamente la bella cualidad de la honestidad, que es a todas luces una de las que dan más fuerza al hombre público. Juárez fué paradigma en esta materia. Vive en el extranjero su familia en positiva penuria, y el Agente del Gobierno nacional, siendo Juárez Presidente en lucha en la Guerra de Reforma, adelanta algo a su familia a cuenta de sueldos; Juárez escribe: «Yo agradezco mucho esta muestra de buena voluntad para con nosotros; pero es preciso que se devuelvan esos documentos (de crédito), porque es casi seguro que no ha de realizarse su cobro, y sobre todo porque el

contrato que celebró el señor Carvajal y del que proceden tales vales, es de tal manera ruinoso para el Estado, que no es posible aprobarlo...; tampoco tenía orden del Ministro para hacer este abono. Yo agradezco al señor Carvajal su buena intención; pero no me es posible aceptar el abono que hace.»

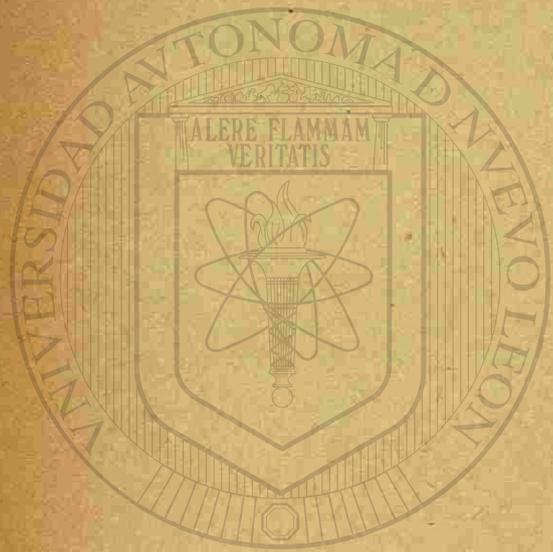
Durante la guerra de Intervención, el Ministro de la República en Washington, don Matías Romero, entrega a su familia cuatro mil pesos a cuenta de sueldos, y Juárez dice en una carta: «Siento repugnancia en recibir alguna cantidad de lo que se me debe, por las escaseces de nuestro erario; pero me resolví a conformarme con lo hecho por Romero, porque no habiendo recibido un centavo desde enero de 1865, en que se me dieron 1.250 pesos; ya no será tan notable que ahora (en 8 de junio de 1866), se me abonen esos 4.000 pesos en papel.»

A poco, y durante la misma guerra, dice a un familiar: «He tenido necesidad de pedir aquí mil pesos, porque por las atenciones del servicio no he podido percibir nada y necesito para mis gastos indispensables. Haga usted, pues, un esfuerzo para pagar la libranza que doy al señor Carranza.»

¡Este era el dictador con poderes absolutos que, enfrentado a Francia y al imperialismo, defendía una nación entera y disponía de la suerte de una fracción humana! Así escondía aquel coloso de voluntad, soberbio, altivo e implacable cuando de su

causa se trataba, su sencilla y humilde personalidad privada, y en tales virtudes se sustentaba su prestigio arrollador.

Juárez, indudablemente por humilde de origen, por bien encaminado en sus primeros pasos por la ternura de una hermana y la piedad de un maestro, por educado en el trabajo directo al mismo tiempo que en la ambición de ideales superiores, pudo desde este primer ciclo dibujar una personalidad que se fué modelando más y más fuerte, porque tuvo esa materia prima de una naturaleza privilegiada que fué bien conducida al iniciar su vida y que significó en sí misma lo que persiguió después en política: la lucha contra los privilegios de todas clases y el más recio nacionalismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

EL AMBIENTE

México es un país de dos millones de kilómetros cuadrados en números redondos, perdidos que fueron otros tantos, precisamente mientras Juárez iba formando su personalidad, pérdida debida, sobre todo, a la falta de población sedentaria y al estado preorgánico y hasta anárquico, en tanto que colindando al Norte un pueblo ambicioso y fuerte, que había simplemente trasplantado una civilización suprimiendo el problema étnico, iba en vertiginoso ritmo hacia su grandeza y estaba en el primer período de su imperialismo, buscando productos y tierras para dispersar su población. Aproximadamente la población era entonces de quince millones, representada casi en proporción igual por indígenas y mestizos, con insignificante representación de criollos.

Sus amplias costas sobre los dos océanos y la elevación gradual o brusca de sus mesetas hasta alcanzar fortísimas altitudes, conceden al país toda clase de climas, aun cuando crean abismos y valles cortados por

enormes desniveles, dando carácter torrencial a los ríos y facilidad a la dispersión de los habitantes, que encuentran en la fertilidad de la tierra facilidad relativa para la vida. La minería, realmente admirable, si que engrandecida por la fábula, la extensión y la montaña, invitan a la aventura, muy preparada por la conjunción de caracteres entre aborígenes belicosos y aventureros asombrosos, y por la admirable gesta conquistadora.

Todo era propicio en México para la vida, cuando los asombrados ojos del conquistador lo vieron; los magníficos esfuerzos de la colonización, pese a errores de aplicación y de época, prepararon un porvenir provechoso; pero la evolución no estaba consumada cuando vino el desgarramiento del pueblo matriz, sobre todo porque estaba aún hirviendo la mezcla que ha de traducirse en el definitivo mestizaje y porque la economía nacional estaba mal organizada.

La insurgencia mexicana, inspirada en tanta proporción por la Revolución francesa, y la filosofía de la Enciclopedia, deslumbrada por el vecino ejemplo del Norte, trajo la más ciega imitación institucional; y nuestro pueblo, como todos en horas semejantes, creyó que con copiar instituciones de otros iba a adquirir sus virtudes, por lo que hizo lo que todos los pueblos hicieron muy de común, poner la carreta antes que los bueyes, dar traspiés en lo desconocido. Rompiendo airadamente con lo tradicional, quiso aplicar a elementos heterogé-

neos moral y económicamente, dirección y presiones políticas homogéneas, cuajando en desastre terrible y caótico todo el período que va de 1821 a 1855: primero, una idea monárquica derivante de la sumisión patriótica del elemento autóctono de la insurgencia al posibilismo, representado aquél por Vicente Guerrero, y éste por Agustín Iturbide; rechazada por las Cortes de Cádiz la posibilidad de una extensión monárquica de la casa reinante al nuevo país que surgía, la comedia del Imperio de Iturbide a poco acaba en tragedia con la muerte del equivocado, después un doloroso calvario caminando de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura, y dejando en el camino la mitad del territorio nacional en dos guerras con los Estados Unidos; el problema de la asimilación del indígena abandonado, apartados los modos protectores de la colonización para estos desventurados hermanos, sin saber sustituirlos por otros y quedando firmes e inquebrantables los dos brazos dueños de la vida nacional: el Ejército y el Clero.

Al llegar el momento histórico en el que Benito Juárez aparece como personalidad nacional en virtud del triunfo del partido liberal por el del Pan de Ayutla, implantado en 1855, puede decirse que la era preconstitucional de México concluía, y aun cuando estaba lejos todavía el país de la consolidación orgánica e internacional, que iba a lograrse con Juárez después de dos heroicas jornadas, lo caótico, lo incierto y

lo meramente personalista, iba a concluir; los partidos históricos iban a encuadrarse y se preparaba el duelo definitivo entre los dos factores que modelan la vida de los pueblos, el conservador o tradicionalista y el renovador o revolucionario. Fácil es, desde la comodidad de una civilización como la europea, lograda con treinta siglos de luchas y de cultura, criticar a nuestros pueblos americanos; pero si se compara su evolución con la de los antiguos países de esa civilización occidental, se verá que es maravilla, lo que merced al esfuerzo de los pueblos civilizadores y a la comprensión de los civilizados, han logrado éstos en orden a acelerar el ritmo de su estructuración. Así México: pelea once años en su guerra civil de independencia, no contra España, sino contra un régimen y procedimientos; logra la soberanía y pasa en dolorosos tanteos institucionales treinta y cuatro años; entra luego a su período propiamente constitucional, se debate ocho años en dos grandes guerras, una típica de principios, «la Reforma», transformación laica de la sociedad; otra de consolidación e independencia, la de «la Intervención y el Imperio», y entra luego de lleno en el período de integración, se aletarga de espíritu y robustece materialmente después, en una espléndida prosperidad pacífica y se sacude ahora en otra tormenta revolucionaria provocada por otros problemas y cuya liquidación aún se espera. El pobre compás de nuestras vidas individuales encuentra muy largo cada período,

la realidad histórica los presenta de una milagrosa brevedad, al compararlos con los que gastaron los pueblos de cuya civilización procedemos, para entrar en cada una de esas etapas diversas.

A poco de lograda la independencia, se percibió por modo evidente que de la vida y espíritu gremial, característicos de todo el Medievo y muy acentuados en las Colonias, las comunidades de indígenas, las agrupaciones mercantiles, las incipientes industriales, podían desaparecer fácilmente ante el desbordante empuje del individualismo que iba en marcha y había inspirado a nuestros directores a través de las revoluciones inglesa y francesa, y de la Enciclopedia; pero que el Clero y el Ejército, dueños de los espíritus, de la mayoría de la propiedad territorial y de las armas, resistirían hasta el extremo. Las clases medias apenas pudieron, pues, iniciarse, y si bien no nació otro tipo de Estado gremial, ni había que pedir una democracia real en donde había tanto obstáculo étnico y económico para esa realidad, si resultó una sociedad, ya no de hecho, sino de derecho, organizada a base de la existencia de clases integralmente privilegiadas.

La danza macabra de 1821 a 1854, la alternativa de grupos mal definidos y de caudillajes inferiores, apenas contrastados por algún respiro de honestidad o lealtad personal, pareció cesar, a lo menos en su vertiginoso ritmo, con el triunfo liberal de Ayutla, pues por acción o por reacción, por

cumplir el Plan de ese nombre o por evitarlo, aparecieron reductos de contorno ideológico y social bien definidos para que la razón o la fuerza pudieran ganarlos para la tradición o para la renovación; se llegaba siquiera a una definición.

Por desgracia, aún se derramaría mucha sangre; pero ya iba a ser en guerras, no en revueltas, ya en luchas representativas para renovar una sociedad, para integrar una nacionalidad, para afirmar su independencia, y, hasta entre los desventurados que merezcan propiamente llamarse traidores, en general, equivocados de buena fe, hubo admirables, abnegados paladines, lo mismo de la tradición que de la renovación, merced a cuyo sacrificio iba México a salir hecho *un Estado* en el propio sentido de la palabra, después del caos que venía padeciendo.

Era así la hora solemne, y el destino, que siempre da a los pueblos hombres de la talla de sus problemas, los tenía dispuestos para que llenaran *«La Década Heroica»* mexicana, que va de 1857 a 1867; formaban un conjunto de personalidades en el que había sabios voluntariosos, fanáticos, valientes, abnegados, que de un lado y del otro de la barricada dieron gobernantes, legisladores, administradores, soldados, sacerdotes, dignos todos de su destino; y hasta entre los más errados hubo siempre desinterés, idealismo, valor, caballerosidad. Sobresale, además, un denominador común de los más extraordinarios, iba a removerse toda la riqueza nacional y el noventa y nueve

por ciento de los autores o actores en esa remoción, quedaron con las manos limpias; iba, por otra parte, a empeñarse en varias etapas la lucha más enconada y dura, primero por los principios de organización social; luego, por la independencia y la forma de gobierno, y a la verdad con excepciones, no por crueles numerosas, los vencedores en cada caso supieron mantener su papel de luchadores sin caer en el de verdugos.

Insistamos todavía en lo que era el medio ambiente para la creación definitiva de una nacionalidad. La quilla gloriosa de Colón no abrió sólo el paso de Nuevo Mundo para que una raza fuerte y heroica, con todos los errores que se quiera, se secara los pechos alimentando el fruto de su epopeya; sino que ese empeño tuvo el resultado admirable de crear un mestizaje, muy notorio en México, que era la más habitada de las tierras de la conquista.

Llegó un momento en el que las colonias necesitaban algo que no les dió la metrópoli; espíritus videntes de aquellos que en lo social hacen el papel que el barómetro en la meteorología, hicieron sabias advertencias anunciando el surgimiento e inminente explosión de las aspiraciones comprimidas de un pueblo nuevo. Y el Conde de Aranda en la *«Memoria Secreta»*, presentada a su Rey Carlos III; el sabio enemigo de la independencia americana, Obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, en sus diversos escritos; los gloriosos precursores Fray

Servando, Teresa de Mier, el Dr. Coss y tantos otros, señalaron a España la ingente necesidad de buscar derivativo y cauce a anhelos que, detenidos sólo por el valladar de la fuerza, se abrieron al fin camino y entre la sangre de una terrible y múltiple guerra civil de españoles de uno y otro lado del océano, dieron nacimiento a nuestras nacionalidades.

Las influencias que trabajaron para preparar la elaboración política de la nación mexicana son muy complejas, y para apreciarlas en pocas palabras podemos englobar en un todo la época anterior a la preparación de la Constitución de 1857 y la posterior, siendo aquélla la anterior también a la acción plena de Juárez y arrancando ésta de la época en que él fué el centro de toda acción.

Ante todo hay que reclamar un amplísimo lugar en la formación de nuestro ser político a la legislación, costumbres, ideas y modo de ser de la madre Patria, por penetración, por imitación y aun por reacción. Casi nunca se hace la justicia de reconocer que la Metrópoli, si nos cargó con sus defectos propios, nos entregó altas cualidades y una suma enorme de conquistas de todo género y de elementos étnicos de unificación. España, hasta con sus errores nos hizo el bien de darnos noción del peligro y ahorrarnos experiencia para poder evitarlo.

Así en el problema indio, que es todavía tal en cierta proporción y que tanta aplicación tiene cuando vamos a hablar de la vida

de un indio españolizado, no es justo, no es honrado negar desde los primeros pasos de la conquista influencias tan beneméritas como las de los misioneros, que llegaron a veces al delirio en su misión y en su amor al indio, dándose casos como el de Fray Bartolomé de las Casas, que se olvidó de todo, de su nacionalidad misma, y puso la misma exageración al servicio de su piedad, por lo cual nosotros los mestizos sólo podemos hablar de él de rodillas, aun cuando España pueda pedirle algunas cuentas. Sería absurdo, para no decir calumnioso, dejar de lado la preocupación constante que puso España desde que comenzó a organizar a América, quedando monumentos jurídicos como las Leyes de Indias, de las que hay que decir con el sabio Dr. Mora que «no hay Código alguno en el que se manifieste más solicitud y precauciones más repetidas y multiplicadas para la conservación seguridad y felicidad del pueblo». Bien o mal ejecutada, nadie niegue que existió por parte de España la sincera tarea de ir preparando la raza que en México formó la mayoría nacional, para acomodarla a las costumbres de la sociedad directora, sin sacudimientos, modificando paulatinamente las propias suyas, sin arrebatárselas de cuajo, buscando siempre la adaptación de la ley escrita a la costumbre vivida. El sistema tuvo el éxito indiscutible de unificar toda la sociedad en cuanto a la lengua, sustituyendo tanto dialecto rudimentario o decadente por el habla gloriosa y sin igual de Castilla,

sin que debamos olvidar que la lengua es el espíritu; en cuanto a Religión, sustituyendo cultos bárbaros por la altísima moral cristiana; en cuanto al ritmo general civilizador, dejando como realidad en unos grupos y como ambición o posibilidad en otros, la cultura europea; realizando en fin el milagro incomparable en la historia humana de hacer la mezcla fisiológica y espiritual o siquiera espiritual, de razas tan distintas, que atravesaban tan diversos períodos como la conquistadora y la conquistada. Pero si esa es la verdad del noble esfuerzo colonizador, si la vida misma y las posibilidades que tuvo el gran indígena cuyo estudio emprendemos en estas páginas, demuestran la realidad de estos asertos, convengamos en que el desgarramiento que hizo nacer la nacionalidad sorprendió un ambiente todavía muy poco propicio a la vida democrática; es inconcuso que al consumarse la independencia, gracias al espíritu de las minorías criolla y mestiza avanzada y a la ayuda material de grandes masas indígenas, no estaba ya formada en mayoría uniforme la sustancia mestiza sobre la que pudiera sustentarse el tipo definitivo de una nacionalidad nueva; iba a ser preciso que lo institucional fuera, o ambición de minorías o inevitable oligarquía de las mismas.

Así nació en México la nacionalidad herida del vicio capital de la una desigualdad étnica y social; quedaron un núcleo incorporado plenamente a la civilización occidental, y otro mayor muy deprimido some-

tido, olvidado o paciente. Esta amalgama, el día siguiente de la independencia no tuvo ni la situación de una nación esclavizada—en la que es lógica la pereza cívica—, ni la efectiva de una igualitaria capaz de dejar de hacer y de hacer lo que una vida institucional le impone. A la América despojada de 1821, ajena a toda forma democrática, con razas heterogéneas, sin aptitudes económicas, no se le podía pedir otro fruto que el amargo que dió, derivante del desnivel profundo entre sus ensueños, y sus aptitudes y sacudiéndose en espasmos de violencia, siempre característicos de la ineptitud insatisfecha. La vida gremial y el lógico espíritu de protección y de conquista, habían creado un ambiente que no era por cierto el más propicio para las fórmulas que por imitación y reacción íbamos a ensayar.

El resultado en lo social fué ineludible, y se vió continuar al cacicazgo, sin la protección del conquistador para el indígena, siquiera fuera en ciertos casos; en lo espiritual el analfabetismo y la ineficacia moral de la mayoría, que de la religión tomaba la idolatría, no la norma de conducta; en lo económico la explotación sistemática y consagrada del trabajador y el monopolio aumentando la creación de enormes latifundios; y en lo político con la absoluta incapacidad de la mayoría para cumplir, siquiera fuera en lo formal, con los deberes y derechos que las teóricas instituciones establecían.

Y para México particularmente algo to-

davía más: su aislamiento geográfico de los hermanos étnicos, su duro papel de límite entre dos razas y dos tipos de civilización y de espíritu, lo ofrecieron de presa constante para la ambición de los más fuertes.

No, México no ha podido ser mejor que lo que ha sido: una diferencia mayor entre sus razas, relativamente numerosas en individuos, un aislamiento geográfico que lo puso fuera por ejemplo, del alcance del genio de Bolívar y una vecindad peligrosa bajo todos conceptos, ofrecieron al país como sujeto para todo lo peor.

Desde el primer momento surgieron en México las tendencias que gobiernan la actividad política de toda sociedad: la progresista o innovadora y la conservadora o tradicionalista. Los grupos de la primera tendencia, a fin de destruir privilegios y castas, queriendo anular lo existente; los de la segunda, a fin de subsistir, queriendo conservarlo todo intacto; ambos con sus exageraciones y apetitos. Y así los grupos progresistas querían instituciones democráticas y descentralizadoras; los conservadores, más o menos oligárquicas y centralistas.

Lo anterior sea dicho procurando bosquejar el medio como principal factor que empujó la iniciación de la vida política nacional; que por lo que hace al ejemplo, la tradición, la vecindad, el encanto, la afinidad espiritual y la emulación, se tradujeron en la influencia decisiva que las nuevas leyes constitucionales españolas de principios del

siglo XIX, la Constitución federal norteamericana y la Convención francesa, tuvieron como fuentes directas del sistema político institucional con su consiguiente literatura política, agudizada por nuestro ambiente y nuestro espíritu juvenil.

Arrancan nuestras instituciones, ya podemos decir que propias, de la legislación de las Cortes de Cádiz y su Constitución, que da tardía representación a las Colonias, que declara abolido el tributo de indios y el de castas, que suprime la inquisición y penas infamantes. Viene la lucha y dentro de ella, Hidalgo, su iniciador, da muestras de afanes renovadores y liberales, que con Morelos, Quintana, Rayón, Liceaga, Cos, Bustamante, Crespo y otros muchos, toman ya perfiles más precisos; y en Apatzingán, entre el fragor de la lucha, se da el 22 de octubre de 1814, la primera y teórica Constitución nacional, de mero interés histórico; luego los Tratados de Córdoba e Iguala pretenden transcribir la idea de independencia con el respeto de la casa reinante española y, fracasada tal componenda, fruto de la tendencia que gramaticalmente llamamos conservadora, Iturbide realiza su primer ensayo imperial y cae bajo el pelotón de ejecución, como para adveitr al porvenir de que la idea monárquica quedaba para siempre excluida del ideario nacional.

Tras mil contingencias, por fin una Constitución seria, la de 1824, traduce el sentido progresista, y una y otra vez alterna ella entre golpes de Estado, cuartelazos, moti-

nes y revueltas, con otras de tendencia conservadora. Así entre un caos, en el que hay a veces rayos de luz, se llega a la Dictadura orgánica de don Antonio López de Santa Ana, y en el trayecto se pierde la mitad del territorio nacional en dos guerras con los Estados Unidos del Norte, hasta que el exceso del mal, el cínico decreto del dictador acabando con todo límite o barrera a su antojo, declarándose vitalicio en su poder y aun con facultad de señalar su sucesor, trae el remedio. Es en el Sur, en sus recias montañas, donde se proclama el Plan de Ayutla de 10 de marzo de 1854, reformado después en Acapulco.

Esta revolución de Ayutla fué propiamente contra la dictadura, no por la definición de determinados principios precisos; como dice Rabasa, «no fué liberal; pero tuvo a todos los liberales de su parte, en tanto que el Gobierno no tuvo de la suya a todos los conservadores... La revolución fué de reacción liberal... Las simpatías populares se imponían a los moderados para obligarlos a marchar adelante, so pena de confesar la vergüenza de ser enemigos de la emancipación social, por esto se les ve hacer concesiones en el Congreso ante una minoría progresista, es decir, liberal». De aquí que todavía llegados a esta etapa que llamamos *constitucional* por oposición a la caótica o *preconstitucional* anterior, haya habido desgarramientos terribles, pues las uniones accidentales contra un régimen muy de común dan lugar a poco de andar dentro de él

a escisiones violentas entre aquellos que, para derrumbar a uno anterior, pudieron unirse; pero que no pueden tener la misma ideación para modelar el nuevo; para dar forma a esta ideación, para constituir a un México nuevo, para reformar su organización política y social, teórica y práctica, para consolidar su nacionalidad, para afirmar su independencia como indiscutida y respetada, iban a necesitarse otros hombres, otros impulsos, otra dirección.

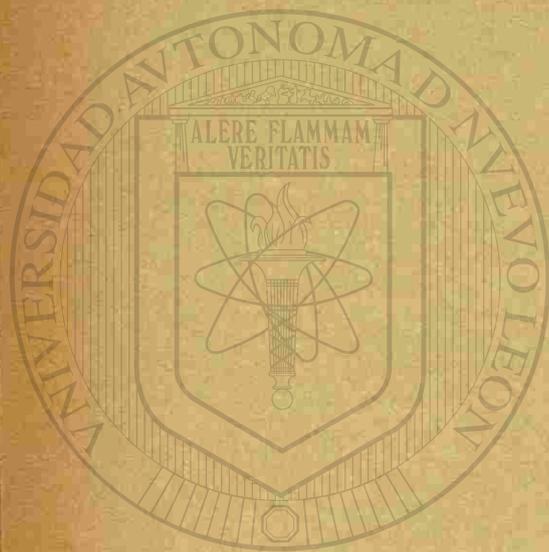
Y Benito Juárez apareció a su debida hora en la escena nacional, tal la enhiesta cumbre de una cordillera formada por nuestros hermanos los indígenas, que salía, bañada y transformada por el océano de la colonización, luego de hundida en él por tres siglos, para brillar con sus virtudes de seriedad y de carácter iluminadas por el mestizaje que debíamos al gran pueblo colonizador. Era el hombre para el lugar y la situación, ante la tempestad social que se acercaba, ante la homérica lucha por la defensa nacional que iba a ser precisa; México necesitaba ante todo y sobre todo fe, carácter, firmeza, pureza cívica, y Juárez contenía en sí todo eso; él iba a poder ser el puño de todas las espadas, la médula de todas las resistencias, la ordenación de todas las inteligencias, el simbolismo inconmovible primero de un credo y luego de una nacionalidad; ni genio, ni caudillo militar, ni héroe sonoro, ni mártir humilde, algo distinto, pero más necesario para el momento histórico nacional; núcleo, rector, coordi-

nador de una falange de hombres superiores, de caudillos guerreros, de héroes, de mártires y de masas abnegadas, que iban a dar a México asiento social con una reforma integral y una nacionalidad respetada.

Triunfantes con el Plan de Ayutla en 1855 los liberales, el veterano de la independencia, sencillo y rudo, honesto y leal, don Juan Alvarez, fué el Presidente designado; su gabinete significó un reto al pasado; Ocampo, el filósofo, fué su ministro de Gobernación; el todavía incipiente Juárez, de Justicia; un poeta jacobino, Prieto, el de Hacienda, y el ponderado y honesto Comonfort, el de Guerra. Ocampo era la idea liberal; Prieto, el poema de la libertad; Juárez, su carácter; Comonfort, su equilibrio y tolerancia.

Y la lucha se inició valientemente; el ambiente está preparado, si no maduro; la paz no existía en las conciencias, y apenas en las calles; los hombres nuevos iban a usar de una nueva metralla: las libertades sociales ordenadas en leyes; Juárez, que había recorrido su ciclo social de Oaxaca, iba a ser en adelante el representativo nacional de la escuela liberal; y así si su antepasado racial Cuauhtemoc había sonreído ante el martirio a que lo sometieran la tradición europea y la ley, siempre cruel, de una aventura de conquista, Juárez iba a mostrar igual serenidad frente a la tradición social por él desafiada; iban a ser igualmente firmes el indio bárbaro, que el ya hispanizado, y en haber sabido conservar esa firmeza

dentro del mismo mestizaje está un éxito de la colonización española, que supo educar, contrastar y transformar sin destruir.



III

SE INICIA LA LUCHA

Antes de narrar la obra ya nacional del liberal oaxqueño llegado al Gabinete presidencial de Alvarez, conviene recordar al hombre en su propia tierra, enfrentado a la Dictadura de Santa Ana, tratando de cooperar a la defensa nacional contra la intervención norteamericana, invitando a su pueblo a morir en la demanda; se hace en ese período menos hermético, le es grato hablar y lanzar proclamas, su administración es modelo de sencillez, de orden, de honestidad y durante cinco años realiza en Oaxaca su aprendizaje de gobernante, con un éxito, como todo lo suyo, cabal, pero poco sonoro; recio, pero sin ostentación.

Triunfa el partido conservador y es exaltado al poder de nuevo «Su Alteza Serenísima» el dictador Santa Ana; naturalmente, Juárez es perseguido y desterrado, después de ser sometido a prisión en el Castillo de San Juan de Ulúa. En Nueva Orleans, intima con Ocampo y se dedica al trabajo manual para alimentarse, siendo

torcedor de cigarros; algunos días no come. Hay algo simbólico en esta tendencia de Juárez al obrerismo; cuando estudiante era encuernador, ex Gobernador no busca trabajos intelectuales, no pretende jamás ser parásito de nadie, se hace cigarrero; su inteligencia era sobre todo piloto de su acción, el trabajo manual para él no humillaba, era un cambio sencillamente en su actividad. Sus compañeros de destierro van a la frontera en pos de actividades afines a su cultura, se hacen periodistas; él sigue haciendo cigarrillos, sin dejar de colaborar de lejos con sus amigos.

Esta prueba acabó de fortalecer el alma de Juárez, porque el destierro da temple a las almas enteras haciéndoles subir la vida por la escalera ajena, apartándolos de todos los posibles privilegios que les dan la tradición y el ambiente, enseñándoles que cada hombre no es dueño sino de él mismo y de lo que con su propio utilaje se conquiste.

Estalla el movimiento de Ayutla, Juárez se embarca, llega a Acapulco y se presenta al coronel Diego Alvarez, al que dice sencillamente: «He venido a ver en qué puedo ser útil a la causa de la libertad»; el jefe militar, que no sabe con quién habla, le encarga menesteres secundarios de carpeta y a los pocos días, enterados de que se trataba de Juárez se excusa, Juárez le dice que no hay de qué, pues él no sirve de gran cosa militarmente; pero sí puede morir por sus ideas como otro cualquiera.

Pasa a la Secretaría particular del cau-

dillo D. Juan Alvarez, al que influye resueltamente para que mantenga el radicalismo del movimiento y sobre todo su carácter de reivindicación civil sobre el militarismo dictatorial.

Se nombra Presidente interino a D. Juan Alvarez, y Juárez, como ya dijimos, es nombrado Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos. El rector de pueblos iba a empezar a revelarse en la esfera nacional, mientras que se llegara el epinicio de su carrera, siendo el representativo de la autonomía de la América hispánica en el mundo; el liberal sincero iba a mostrarse leal con su doctrina; y firme y sereno lanzó el primer arpón sobre el monstruo de la tradición, sin que el revolverse airado del formidable herido le hiciera temblar el pulso; su faz angulosa y bronceada permaneció serena y su alma de acero se sintió más fuerte al entablar el duelo; las dos mitades del Dios medieval: la Iglesia y el Ejército, estaban frente al indio *feo y bueno*, que si creía en Dios y en la Patria, amaba al uno y a la otra dentro del concepto de la libertad; adversario del clericalismo y del militarismo, no perseguía ni a la religión ni al órgano de la defensa nacional, sino a las sotanas invasoras y desviadas y a los entorchados que aprovechan la espada para sus propias ambiciones. Era el hombre de levita, sencillo y austero, rendido servidor de la ley, implacable para su devoción.

La vida de gremios fué, lo hemos de repetir, característica de *la otra Edad Media*

—ya que hoy vuelve una Edad intermedia y vuelven corporativismos—y en las Colonias españolas, regidas por el doble espíritu de protección y de dominio, ese régimen alcanzó agudas proporciones. Pudieron la independencia y el indescriptible caos de la era preconstitucional, hacer desaparecer mucho de lo gremial; pero los gremios clerical y castrense subsistieron y se fortalecieron, aquél porque el Clero era lo único orgánico y preparado entre tanta absurda improvisación tumultuosa y esporádica, y éste porque en él se apoyaban todos los efímeros poderes y él fallaba sobre todas las ambiciones personales. La expresión más viva de tal vitalidad de los grupos privilegiados eran sus fueros en justicia, es decir, su desigualdad privilegiada.

El Ministro de Justicia los arrebató, limitándolos a su instituto, o sea, el fuero clerical para los clericales, el militar para los militares. Tan sencilla medida en el México de 1855 era algo inaudito. Es preciso colocarse en el ambiente para comprender todo lo que requería de fuerza espiritual el hombre capaz de desafiar el aforamiento tradicional. Juárez, demócrata y liberal, no dudó un momento en concretar su credo; él, respetuoso sincero del Ejército; él, católico esencial, o cuando menos leal cristiano, borró los privilegios de las dos grandes castas entre una tempestad de peligros y de ataques y se jugó todas las posibilidades de su legítima ambición en una carta bien difícil. El Arzobispo primado fulminó contra

la ley; el Ejército profesional se puso en guardia contra el *leguleyo atrevido*, como le llamó un viejo general. Intenta Juárez ir más allá, modificando definitivamente la organización del Ejército para hacerlo sólo servidor de la ley y adjetivo de las instituciones civiles; pero Comonfort se opone y se produce tal revuelo con el radicalismo de Juárez, que éste ha de separarse del Gabinete y don Juan Alvarez de la presidencia, sustituyéndolo, con un espíritu más moderado, el honrado y débil Comonfort. Pero el paso de Juárez no se desanduvo; así la «ley Juárez» de 23 de noviembre de 1855, inició «La Reforma» mexicana, haciendo desaparecer el más flagrante cimientito de la desigualdad social política; la brecha estaba abierta.

Vuelve Juárez a su tierra como gobernante, con poderes militares, y vence una rebelión que le sale al encuentro desconociendo su autoridad; en su nuevo paso por el poder agudiza su sentido igualitario y civilista en toda la órbita de sus facultades; su ruda oposición al modo de ser del Ejército y su afán de sustituirlo por Guardia Nacional democrática, le hacen despertar las suspicacias del mismo Gobierno Federal y se robustece la oposición local; pero él sigue adelante.

La obra de Juárez en el gobierno general no ha sido baldía ni mucho menos; un preclaro pensador, don Miguel Lerdo de Tejada, se ha hecho cargo de la Secretaría de Hacienda, y expide la ley de Desamortiza-

ción de los bienes de comunidades, realmente moderada; pero que duele a clero aún más que la ley de Juárez; Juárez la apoya francamente y quiere hasta en lo personal colaborar a que se consume; así pide ser adjudicatario de un capital de 3.000 pesos que gravaba una finca en Oaxaca. Lo exiguo de la suma hace entender el propósito del político de sumar su responsabilidad de modo directo a la de su conmitión liberal y no de hacer un negocio, que limpio de ellos murió el desinteresado patricio.

Juárez, a poco coadyuva poderosamente a que se cumpla en su Estado la nueva Constitución liberal, de la que luego nos ocuparemos, y es electo Gobernador Constitucional, teniendo ya francos choques con el Clero local.

Comonfort busca reconciliarse con el hombre fuerte, sintiéndose él decaído y débil ante la lucha y nombra a Juárez Ministro de Gobernación, en cuyo puesto es electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, o sea Presidente sustituto de la República. ¡La nave ya no está sin timonel!

IV

EL LIBERALISMO AVANZA

Volvamos atrás para explicarnos acontecimientos posteriores.

El 18 de febrero de 1856, los hombres de Ayutla cumplían su principal promesa y abría sus sesiones el inmortal Congreso Constituyente, cuya labor teórica es lo más notable en su género en la historia del liberalismo en México. Sus componentes, letrados, militares, sacerdotes, hacendados, no formaban una mayoría radical; pero sí una tímida reacción contra el pasado, suficiente para lo mucho que se logró, insuficiente para consumar una obra como la que proyectaban hombres como Juárez, Ocampo, los Lerdo de Tejada y otros; así fué, como por ejemplo, la libertad religiosa, no fué dable obtenerla sino cuando desencadenada la lucha armada, Juárez, desde Veracruz, contestó con la consumación radical de la acción reformadora al alzamiento del Ejército y del Clero, que al grito de «Religión y Fueros» parecía que iba a arrollarlo por la fuerza de las armas; y sin embargo, con improvisados generales y masas desnudas

y mal armadas, fué la reacción vencida gracias a la medula admirable que formaban aquella minoría asombrosa de directores que rodearon al rector inquebrantable que sostuvo la ley.

Tras un intento armado reprimido con mano dura, que trajo la primera confiscación de bienes al Clero en la diócesis de Puebla, siguió el Congreso sus labores sonoras y nobilísimas, aun cuando a las veces vacuas y siempre románticas, bajo una dictadura legalista, moderada y honrada, como cumplía al carácter honesto de Comonfort, que se dejaba ampliamente fiscalizar por el Constituyente.

La obra de la Reforma, según hemos dicho arriba, continuaba por imperio ineludible de las circunstancias y por el espíritu de los hombres que rodeaban al Presidente; don Miguel Lerdo de Tejada, refrenda la ley de 25 de junio de 1856, llamada de «manos muertas», la cual con audacia formidable ataca el más recio sedimento económico del pasado, haciendo cesar el estancamiento de la propiedad en las comunidades civiles y religiosas; tradujo el criterio liberal de la hora y pretendió dar extensión a las clases medias, haciendo factible para la ciudadanía el contenido económico. No es lugar ni ocasión de hacer su crítica; juzgar de los accidentes políticos y jurídicos de los pueblos desde situaciones posteriores, es vicio tan común como tan censurable; hoy hemos visto cómo las comunidades de indígenas podían haber subsistido,

cómo el sistema colonial protegió a éstos mejor que el republicano liberal; pero entonces aquella ley, cuyo sectarismo quedaba denegado al ser general para toda «mano muerta», fué lógica y fecunda, fecunda hasta por provocar de una buena vez el inevitable duelo que se perfilaba, que era necesario.

El Gobierno logró no sólo la aprobación de esta audaz medida por el Constituyente, sino su aplauso y hasta los votos que hizo porque pudiera irse a la nacionalización de los bienes del clero.

Quienes se detengan a considerar que la mayoría numérica del país era a la verdad sirva de la gleba y que ésta, en enorme proporción, pertenecía a las comunidades civiles manejadas por el caciquismo pueblerino o a las religiosas, que dominaban a todas luces los espíritus; quienes se detengan a comparar el ritmo que en Europa ha llevado la solución de este problema con el que siguió en México, tendrán que reconocer que pocas veces una minoría selecta y valerosa se atrevió a semejante acto de cirugía con más clara responsabilidad histórica y mayor entereza consciente.

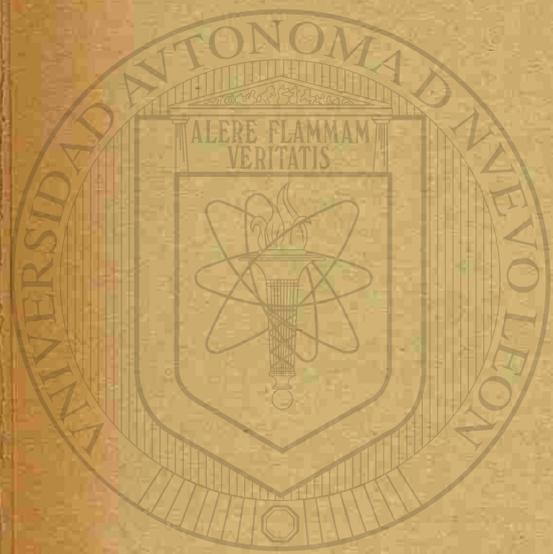
Como era lógico y sucede siempre, el partido moderado, que sólo en odio a los desmanes de Santa-Anna se había unido con el liberal, puro o «chinaco», se espantó de semejante unión y empezó a buscarla con la reacción; de allí derivaría, el error definitivo de Comonfort, de allí la «Guerra de tres años» o «de Reforma», de allí la decisión

del partido liberal, ya plenamente dirigido por Juárez, de quemar sus naves yendo a fondo en la consumación de su programa; de allí, en fin, la «Guerra de Intervención».

Iba así preparándose en la raya de las dos Américas étnicas, sobre un pueblo modelado recia y fuertemente en sangre de indígenas luchadores, por gloriosos aventureros, laicos y religiosos, el escenario cierto y adecuado para el duelo entre el pasado y el porvenir, en el que, símbolo de toda una raza nueva, hija del mestizaje de la sangre y de la cultura hispánicas con la materia prima indígena y entre una naturaleza espléndida y bravía, iba a ser el actor principal el hombre ejemplar que inspira este trabajo.

Para ello fué preciso que un hombre bueno y honrado; pero trabajado por el peso de las tradiciones, no pudiera con la grandeza que el destino le brindó, porque no todos los hombres están hechos para abrir capítulos de historia, ni los Atlas se dan de común en la humanidad. Otro hubo de sostener el peso de la responsabilidad con la que no pudo Comonfort, y los ciudadanos armados iban bajo su impulso a vencer a un Ejército profesional en una guerra de principios como otra no se dió en América hispánica; y Europa iba a ver a un pueblo recién nacido apenas, representativo de toda la dignidad de un Continente, levantarse al lado de su rector sereno, para convencerla de que el imperialismo europeo no tenía ya campo en América.

México acababa su era preconstitucional, sus últimos vestigios coloniales concluyen en lo político, su diferenciación absoluta con el Viejo Mundo se afirma, sus dolores de adolescencia terminan, va a entrar en su juventud, dueño de sí mismo, va a desangrarse mucho en aras de su propio ser y de la contrastación de la América hispánica con la Europa matriz; caerá después en una felicidad materialista que integrará su nacionalidad, y todavía, en pleno siglo xx, se levantará de nuevo a luchar por problemas distintos de los que resolvió en esta *Década heroica* que nos viene ocupando, que es proyección de un carácter y de una minoría: Benito Juárez y los hombres superiores que lo rodearon, inspiraron y completaron.



DEBILIDAD Y ENTEREZA

Don Ignacio Comonfort representa en la historia de México uno de esos casos extraordinarios y lamentables de hombres que estuvieron a punto de ser grandes y sólo hicieron daño por debilidad; honrado, de relativa cultura, patriota hasta saber después morir por la patria como para rescatar su error; inteligente, como lo demuestran algunas de las justísimas observaciones que hacía a la Constitución decretada en 5 de febrero de 1857, sobre todo en cuanto a su mecanismo gubernamental, si hubiera tenido un poco nada más de carácter, rodeado de hombres tales como los que lo acompañaban, él hubiera sido el Reformador mexicano. Una vez más se demostró que para dirigir a los pueblos en trances difíciles, suele ser más eficaz la voluntad que todas las demás prendas de un gobernante.

Para Comonfort, trabajado por su educación religiosa, por su familia, por el ambiente de moderantismo al que siempre se inclinó, el juramento de una Constitución

101.0002.070

que condenaban todos los conservadores, fué una tragedia íntima, tan respetable como tan peligrosa. En vez de tener el valor de retirarse, desde luego, entregando el poder a su legítimo sustituto el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, habla con Juárez y lo invita a prevaricar cambiando de rumbo a la política liberal y desconociendo la Constitución de acuerdo con un pobre pretoriano sin prestigio; el *incommovible* le contesta: «Que tengas felicidades en tu nuevo camino, yo no te acompaño». Juárez no se precipitó, sabía que iba a desencadenarse algo, podía haber violentado las cosas denunciando a Comonfort para asumir él el poder, no lo hizo; el gran indio nunca salió a buscar las dificultades, siempre las esperó y ese fué uno de los secretos de sus éxitos (1).

(1) Dice D. Justo Sierra en la monumental obra *México. Su evolución social* (México. Ballezá, 1900): «El Presidente Comonfort era incapaz de gobernar con una Constitución que era toda límites al poder ejecutivo; sin fe ninguna en la ley que había jurado, ansiando poder ceder y transigir en la reformista para calmar la angustia social, sin confianza en el ejército, sin un peso en las arcas; y así creyó preciso cortar de golpe aquella situación y desandar al día siguiente del triunfo de la revolución de Ayutla el camino recorrido; de este enorme error nació el más sugestivo suicidio político de que hay mención en los anales mexicanos.»

El 19 de diciembre de 1857, Zuluaga, con fuerzas armadas, entró en México, y Comonfort declaró derogada la Constitución flamante, convocando un nuevo Congreso; Juárez es detenido al dirigirse solo al Palacio Nacional para asumir el poder, que ya era su sitio legal. En su prisión tratan de convencerlo y él opone el «imposible» de la legalidad. Comonfort, ya desencantado de su error, abandona la capital, y el 11 de enero de 1858, Juárez, Presidente sustituto de México, sale de la prisión y se dirige a Querétaro; el 19 instala en Guanajuato, con pequeños auxilios de fuerza el Gobierno legítimo de la República; empezaba a ser el

Juárez en cambio, al decir de D. Emilio Rabasa (*La Constitución y la Dictadura*. Madrid, 1917. Sociedad Española de Librería): «No paró mientes en los errores de la Constitución, que imposibilitaban la buena organización del gobierno; no trataba de gobernar, sino de revolucionar, no iba a someterse a una ley que para él y los reformistas era moderada e incompleta, sino a integrar la reforma apenas delineada; a satisfacer el espíritu renovador, regenerador de la minoría progresista, a quien tocaba toda la gloria de las conquistas ya alcanzadas... Juzgar de los detalles de la ley como base de gobierno, habría sido una puerilidad en momentos en que era imposible organizar y se necesitaba destruir. La Constitución para Juárez no podía ser más que título de legitimidad para fundar su mando y bandera para reunir parciales y guiar huestes, para todo lo demás era inútil; la

«Presidente trashumante», como burlándolo lo llamaban sus adversarios; pero de allí en adelante, donde él estuvo estuvieron, primero, las instituciones, y después, la soberanía misma de la patria; sus aciertos y sus errores jamás llevaron otra finalidad que asegurar el triunfo de aquéllas y el respeto de ésta, y hasta cuando pareció olvidar tan supremo criterio, tuvo razón. En su primer manifiesto, ya afirma que ocupa «tan difícil puesto, no por el favor de las facciones, sino por imperio de un precepto constitucional».

La guerra civil más lógica, más seria, más definitiva de cuantas sufrió México en

invocaba como principio, la presentaba como objeto de lucha.» Los ideales constitucionales, avanzados, desproporcionados a la capacidad de la mayoría nacional, como dice el maestro Sierra: «Constituían por su carácter, por su altura, por el anhelo que encendían en el espíritu, por el esfuerzo que imponían para alcanzarlos, no sé que conjunto misterioso, religioso, divino, encontrado con admirable instinto para oponer a una bandera religiosa otra; frente a unos dogmas santos, otros, santos también; frente a una fe, la fe nueva; frente a la necesidad de las almas de buscar el cielo conducidas por la luz de la Iglesia, la necesidad de los hombres de realizar el progreso y conquistar el porvenir.»

Y esas fueron las psicologías relativas de Comonfort, el gobernante administrador y el débil, y Juárez, el revolucionario realista y el fuerte.

el siglo XIX, estaba desencadenada; la Constitución liberal desconocida por una parte, con el golpe de Estado inutilizando al honrado Comonfort, con el desprestigiado general Zuluaga imponiéndose, con Pío IX bendiciendo la insurrección; Juárez, al otro bando, recogiendo la ley, enarbolando su cumplimiento como bandera; la mayor parte del Ejército profesional, con «Religión y Fueros»; guerrilleros populares e instintivos acercándose a Juárez. ¡Por primera vez en la historia nacional la majestad de la ley se levantaba audaz frente a una revolución que aparecía triunfante!

No es ésta una historia y no puedo seguir la epopeya gloriosa de esta magnífica lucha, el Presidente «trashumante» va a emprender el calvario; donde él vaya con su «Guayín» de mulas van la ley y la bandera liberal; el primer combate serio en Salamanca, se traduce en la completa derrota de su causa; al saberlo, dice impasible: «Le han quitado sólo una pluma a nuestro gallo.» Con sus Ministros, Ocampo, Prieto, Ruiz y Guzmán, está en Guadalajara, donde el motín contra el derrotado se enciende. Don Guillermo Prieto detalla cómo llegó él a Palacio, ya ocupado por los rebeldes; cómo Juárez, al saberse cercado, avanzó hasta la puerta del salón en donde presidía reunido a su Gobierno, y al decirle que iban a ejecutar, «el señor Juárez, que estaba en la puerta, se asió al pestillo, al sonar la voz de *apunten*, hizo atrás su cabeza y esperó»; Prieto con su palabra lo salvó,

entusiasmando a los soldados, y Juárez, con su sobriedad habitual, escribió en su diario: «El día 13 se sublevó Landa con la Guardia del Palacio, fui hecho prisionero y el 15 salí en libertad».

Perseguido a poco, propone a sus Ministros que lo abandonen para salir él con las fuerzas leales a encontrar al enemigo.

Se embarca en el Pacífico, pasando por Panamá, y el 4 de abril de 1858, llega a Veracruz la Heroica, que cobijaría un heroísmo con la entereza del representante de la ley y los suyos. Miserias, persecución, ridiculizaciones de los hombres uniformados contra los «devitas», penas familiares, nada quitaba majestad al consagrado; contaba con su fe y sabía inspirarla a los demás.

Con claridad planteó desde entonces el partido conservador la conveniencia de apoyarse en Europa para contrariar la influencia norteamericana, que siempre había estado con los liberales, y que, en honor de la verdad, llegó a tener manifestaciones nocivas. Juárez, sin embargo, nunca llegó a los extremos a los que habría de llegar el partido adverso. Destino es éste de todos los pueblos que tienen vecinos poderosos y riquezas codiciables; poco hay que explicar de ello a los españoles, para quienes escribo principalmente estas páginas, ya que ellos, desde que España dejó de ser la imperial por excelencia, han de vivir en ésta o en la otra esfera de las influencias europeas que la circundan. Así Europa y los Estados Uni-

dos a un tiempo recibían directa o indirectamente sugerencias para intervenir en México. Ya en diciembre de 1858 se habla en España de una intervención, y por primera vez es Prim adalid de nuestro derecho; el Presidente Buchanan también amenazaba veladamente. México parecía la presa destinada a los unos y a los otros; ambos partidos se culpaban como traidores.

Entre tanto, para que Juárez tuviera aún más coronas de martirio, su familia era perseguida y se ocultaba en fincas de campo su abnegada esposa con tiernos hijos, resolviéndose a atravesar, a veces a pie, la serranía de Oaxaca con sus pequeñuelos, para unirse al esposo y padre, que con nada se quebranta, que todo lo acepta, menos desistir de su camino legal y reformador.

México había entrado en plena era reformatoria; o era la reacción para asegurar a una sociedad teocratizada y militarizada, una vida de paz hermética y gremial, o era el liberalismo clásico para individualizar la función política, separar la Iglesia del Estado, dar laicidad a la vida social, elasticidad y circulación a la riqueza. Ambos partidos, dicho sea de verdad, no veían claras las posibles complicaciones internacionales. La Doctrina de Monroe no había tomado todavía las interpretaciones imperialistas y unilaterales que harían del panamericanismo posterior palo de gendarme para la América hispánica; Napoleón III no soñaba todavía en la aventura que sería para

él, como la de España lo fué para el Grande, la iniciación de su caída.

Un Ejército profesional, sostenido por el dinero del Clero, aparte del presupuesto nacional, bien menguado y deshecho, mandado por generales de escuela, con la bendición del Sumo Pontífice, clases privilegiadas con él, un equivocado entregándole la situación, para apartarse a poco espantado de su obra; de la otra parte, un núcleo mínimo de hombres extraordinarios, manejados por un carácter único en nuestra historia y grupo de hombres medios que se improvisan jefes de masas más o menos ignaras. Era la lucha entre la entereza de una minoría y la fuerza de una organización, entre todo el pasado y el ansia renovadora. Ni obra perfecta, ni completa, ni absolutamente imparcial podrá salir del triunfo de uno u otro bando; pero del lado de la ley hay algo que por primera vez aparece en la historia caótica del México preconstitucional, un Magistrado irreductible, un voluntarioso, ni brillante, ni sabio, ni estratega, ni tribuno, sencillamente todo un hombre público, todo un funcionario, un mexicano ciento por ciento, un liberal arraigado y convencido: Juárez iba a ser adalid de un principio y de una filosofía; si triunfaba, México iba a escribir en el capítulo virgen del triunfo de lo institucional y de la fuerza puesta al servicio de principios, algo revelador, ejemplificador para todos los pueblos nuevos de América, sus hermanos. Nada menos que eso debió México al carác-

ter de Juárez en la primera epopeya de su historia presidencial.

Después de la guerra de la independencia, que fué una revolución entre españoles de uno y otro mundo, ninguna otra guerra de principios y de esencia había conmovido a México; la obra por la que iba a luchar Juárez era, al decir exacto de don Justo Sierra (1), «una obra de selección, de minoría; se trataba de la obra de los confesores de la nueva fe, y como todo concilio llamado a definir dogmas, sea eclesiástico o laico, no venía su obra de la conciencia del pueblo, sino que la conciencia del pueblo al formarse ha ido lentamente hacia esos dogmas. Esos derechos ofrecidos, sin embargo, constituían en primer lugar nuestra carta de ciudadanía en el grupo de los pueblos civilizados, y en segundo, aun cuando fueran simples ideas, no correspondientes al hecho social, las ideas son fuerzas que modifican los hechos y los informan, y el tino consiste precisamente en colocarse en la línea de ascensión de un pueblo e infundirle la conciencia del ideal que debe realizar». Juárez supo entenderlo así, y por eso «moralmente es una entidad que forma vértice en la oscura pirámide de nuestras luchas civiles».

Don Emilio Rabasa («La Constitución y la Dictadura»), dice exactamente:

«Cuando la obra del Constituyente se terminó, tenía enemigos por todas partes y ca-

(1) Obra citada.

si ningún partidario. El grupo progresista que la había arrancado al voto del Congreso, la sostenía con amor, por lo que en favor de las libertades había logrado escribir en ella; pero la veía incompleta por las concesiones que él tuvo que hacer para alcanzarlas. Los moderados la habían votado con repugnancia; el Presidente la tenía por incapaz de servir para un buen gobierno y la juzgaba contraria al sentimiento de la nación. Para los pueblos cansados de promesas, de congresos constituyentes y de constituciones sin aplicación, ¿qué podía significar la nueva? Toda la historia de las instituciones nacionales, vivida por la generación del 57, se levantaba en su memoria para inclinarlos a recibir aquella promesa de regeneración por lo menos con indiferencia y escepticismo.

Una Constitución sin prestigio era inútil; su destino era ir a aumentar el montón de constituciones hacinadas en los archivos del Congreso; para prestigiarla habría sido necesaria envejecerla en la observancia estricta, basando en ella la pacificación del país y el establecimiento del orden; mas esto era precisamente lo que no había de lograrse. Parecía, pues, imposible la solución de aquel círculo vicioso, cuando los hechos encaminados a destruir la nueva ley vinieron a darle el prestigio y la fuerza que de otra suerte no hubiera alcanzado.

El plan de Tacubaya, iniciado por Zuloaga con la división de su mando, y aceptado de antemano por Comonfort, desconoció la

Constitución y confirió a éste de nuevo la dictadura, mientras se convocaba un noveno Congreso Constituyente para formar la quinta ley fundamental. Tránsfuga del partido conservador, Zuloaga traicionaba al partido liberal, en cuyas filas combatiera, para traicionar pocos días después al mismo Comonfort y ponerse él mismo a la cabeza del Gobierno y servir a las miras de los conservadores. La coalición de los Estados recogió la Constitución, teniendo a Juárez como sucesor legal del Presidente, y entonces comenzó la lucha de los partidos extremos en una revolución, no ya para derribar a un hombre, como la de Ayutla, sino para hacer prevalecer principios y dominar o destruir los obstáculos que a ellos se opusieran.

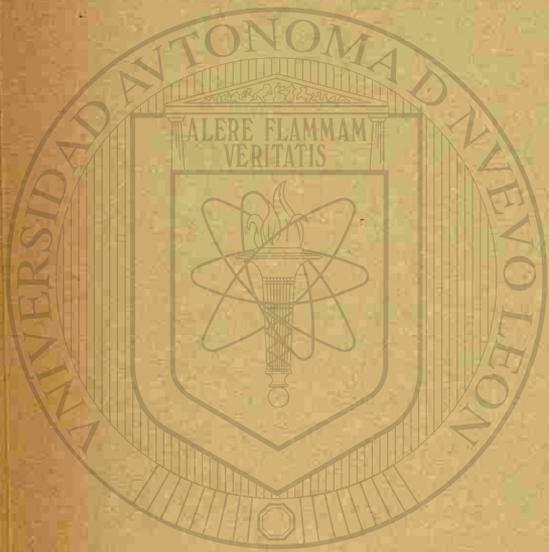
Esta guerra interior era una necesidad fatal, porque resumía todos los problemas creados por las fuerzas tradicionalistas, de una parte, y el desenvolvimiento social por la otra... Comonfort, segundo jefe de la revolución y espíritu el menos revolucionario que pueda darse, quizás hubiera podido abreviar la guerra civil sosteniendo la Constitución del 57; pero no la habría evitado. Juárez, con todas las condiciones de gran demoleedor y de gran revolucionario, no sólo sostuvo la lucha, sino que la extremó avanzando en sus leyes sobre la Constitución todos los principios del credo liberal, para hacer de una vez toda la reforma y dejar que en esa sola lucha pasaran sobre la nación todos los dolores que no por diferirse habrían de aminorarse.

Esta revolución de tres años, fué no sólo impersonal y de principios, sino popular y obra del mismo pueblo, del cual salieron los soldados para las filas y los generales para el mando; las ideas, partiendo al principio de las clases superiores de la sociedad, descendieron por lo menos hasta un nivel que no habían alcanzado ni con mucho las mil revoluciones precedentes. Triunfante la fracción constitucionalista con todos sus principios íntegros, por la negativa de Juárez a toda transacción, hubo de renovarse la lucha con motivo de la invasión francesa que se apoyaba en el partido conservador; entonces la idea de libertad se fundió con la idea de la patria, que es mucho más accesible al pueblo. La representación material de la sumisión de la patria hecha en la persona de un monarca extranjero, de nombre exótico y de fisonomía extraña, traía a las capas inferiores del pueblo la concepción clara de la traición unida al partido conservador y la de la independencia nacional hermanada con el partido avanzado.

La lucha reformista no concluyó sino con el triunfo de la República en 1867. En realidad había durado nueve años. Juárez fué durante ese período el Presidente emanado de la Constitución, y la Constitución había sido la causa de la lucha y la bandera del partido liberal. Cuando Juárez volvió a la capital de la República, vencido sin condiciones el partido conservador, derribado el Imperio y aniquilada para siempre la idea monarquista, la Constitución era un

ídolo, porque era un emblema; traía la pureza de lo inviolado, la santidad que le daban todos los martirios, la virtud de los sacrificios que la habían consagrado, y sobre todo, la majestad y la fiera de la victoria.

La Constitución estaba salvada y no correría la suerte de las anteriores. Su prestigio era inmenso; pero no se había aplicado todavía. Se la amaba como símbolo; pero como ley era desconocida de todos.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VI

LA GUERRA «DE REFORMA»

Desde Veracruz, Juárez y Miramón—joven y dotado General que ha sustituido a Zuluaga—, desde los campos de batalla, van a entablar el duelo a muerte y lanzan sendos manifiestos, éste tomando como bandera la defensa del clero, del ejército y clases privilegiadas al grito de «Religión y Fueros»; aquél sosteniendo el credo liberal con el de «Libertad o Muerte». Juárez comenzaba por asegurar que no bastaba con resolver el problema teóricamente en la Constitución de 1857, sino que era urgente ir al seno de la sociedad y transformarla; luego exponía cuál debía ser la *Reforma social* y por qué medios trataba su partido de consumarla: Independencia entre la Iglesia y el Estado, supresión inmediata de las Ordenes religiosas de sexo masculino y limitación de las de mujeres, supresión de todo género de corporaciones similares, cofradías, hermandades, etc., y de los noviciados para monjas, respetando sólo los votos ya otorgados; nacionalización de los

bienes del clero secular y regular; supresión de todo diezmo o impuesto de la Iglesia, libertad religiosa, secularización de todo el estado civil y otras medidas secundarias.

Pronto se narra todo lo que Juárez y los suyos se proponían y realizaron; pero causa pavor considerar lo que significaba tal paso de audacia, de adelanto a los tiempos, de superación al medio, en un país que propiamente no había salido de la vida medieval y en el que si la religión en su culto era vanidad o costumbre en general para las clases altas e incipiente media, era idolatría rabiosa, sustitutiva de la aborígen, para la enorme masa indígena, y por lo mismo fanatismo agriamente hostil a la menor reforma.

Si vemos el panorama posterior europeo y pensamos en que México resolvió estos problemas en el orden legal desde mediados del siglo XIX y tuvo una minoría de hombres iluminados y austeros que en su «Década heroica» lo afrontaron todo en aras de esa transformación, no podemos menos que decir que México, con todos sus errores y lamentables exageraciones de aplicación posteriores, tuvo una intuición no igualada, una entereza incomparable para poder dar este paso anticipándose extraordinariamente a la misma Europa y no teniendo igual su lucha consiguiente en todo el Continente americano.

De julio de 1859 en adelante, se dieron todas las leyes que cumplían el programa

delineado, que forman el contenido de lo que en la historia mexicana se llama *la Reforma*.

Y es ocasión de dar respuesta a todos esos teorizantes, que cometiendo una de tantas ingratitudes colectivas, se levantan frente al liberalismo del siglo XIX para decir que nunca se preocupó del contenido social y económico de los derechos políticos que conquistó para el hombre salvándolo de la servidumbre y elevándolo a la ciudadanía, porque sin hablar del error o acierto de los procedimientos, sin detenernos en las consecuencias, sin duda rectificables a la fecha, la Reforma Juarista de México hizo nada menos que levantar la masa de la riqueza acumulada por las «manos muertas», lanzarla a la dispersión individual creando así la posibilidad de las clases medias; y dar igualdad jurídica a los hombres, estableciendo la posibilidad del libre pensamiento en lo religioso y en lo laico; si esto no es dar contenido social y económico a la vida de una sociedad, no sabemos lo que será. Los verdaderos liberales no queremos con ello ni justificar persecuciones religiosas, ya que la Religión es algo respetabilísimo si puramente practicada, y sin duda necesaria, ni negar las rectificaciones que el progreso social imponga; pero es absurdo negar al liberalismo en general y al encabezado por Juárez en México en particular, que significó una etapa en la marcha de la humanidad, sin la cual no hubieran podido llegar las nuevas, pues sobre las libertades políti-

cas, sobre la equiparación teórica de la ciudadanía, se ha tenido que fundar la ambición económica colectiva y niveladora de clases, que hoy en uno u otro grado se manifiesta.

Esta Reforma y la defensa de la soberanía nacional contra la Intervención y el Imperio, son los dos acontecimientos fundamentales de la consolidación nacional de México y Juárez es el símbolo y el rector de esas dos contiendas.

La guerra, cruelesísima cual no otra, arrollaba en tanto vidas e intereses. Miramón y Márquez, de aptitudes notables como militares y con oficialidad de carrera, obtienen sin cesar victorias contra los improvisados «chínacos» liberales. Miramón llega a la Presidencia por el Partido conservador en su plena juventud. El sanguinario Márquez, al derrotar en las puertas de México al liberal Degollado, hace ejecuciones infames: Juárez, derrotado, promulga toda la obra de la Reforma y su Ministro Ocampo, dirigiéndose a los sacerdotes, dice: «Serán bien recibidos y aun pecuniariamente socorridos si los necesitan, en todo el territorio que ocupan las fuerzas constitucionales, todos cuantos dóciles a los preceptos del Divino Maestro, respeten para el César sin interpretaciones violentas, lo que es del César».

Miramón, entre tanto, se organiza militarmente y sitia a Veracruz, atacándolo por mar con barcos que formaban una pobre escuadrilla, que fué inutilizada por barcos

norteamericanos por juzgar ese ataque acto de piratería, y en ayuda indiscutible a Juárez, que era el Gobierno reconocido por el vecino del Norte.

La suerte comenzó a brillar para los liberales; y al mismo tiempo que Juárez completaba el programa liberal con la Libertad de Cultos, un humilde comerciante del Norte, improvisado militar, para quien la gloria tejía aún mejores laureles, Ignacio Zaragoza, derrota al veterano General Leonardo Márquez, y otro jefe, «tinterillo», hombre de curia, González Ortega, consuma el triunfo definitivo de la causa en Calpulalpam y entra en la capital el 25 de diciembre de 1860.

Juárez completaba en Veracruz la obra jurídica y teórica de la Reforma, mientras los militares improvisados la hacían factible por medio de las armas. Había roto relaciones con el Vaticano, porque concluido el poder temporal de la Iglesia, en lo espiritual, ella no aceptaba la legislación patria; y había fortalecido sus relaciones con los Estados Unidos, incurriendo en algún error no consumado por fortuna, del que después hemos de hablar.

Los trabajos por una intervención europea, en los que tanto se distinguió el Embajador español Pacheco, que fué expulsado por Juárez por esta justificada razón, lo mismo que por una intervención norteamericana, propuesta claramente en 1859, no fueron las menores cuitas de Juárez.

No resistiremos a transcribir una paté-

tica descripción del momento en que Juárez y su gobierno tuvieron noticia del triunfo definitivo de las armas liberales y de la legalidad: «Cantaban en el Teatro de Veracruz «El Puritani», Juárez de frac, ocupaba un palco con su señora e hijas. Era una noche de predestinación. Veíanse en los demás palcos rostros pálidos y largas melenas; cuerpos de mujer atormentados por el trópico. Y todo el mundo suspenso, agitado por la música; y justamente en el momento en que el público aplaudía el popular dúo de las banderas, llega apresuradamente al palco presidencial un hombre cubierto de polvo, vestido de *charro* y que parecía venir de camino. Era un correo extraordinario: se llamaba José María Machuca, natural de Tehuacán, que en veintiocho horas había recorrido sin descansar los 500 kilómetros de mal camino, que había más o menos entre el Cuartel general de González Ortega y el puerto. Este correo entregó un pliego al Presidente. La función quedó interrumpida por la entrada violenta de aquel hombre. El público, los cantantes y la orquesta guardaban silencio profundo y llena de ansiedad. ¿Qué pasaba? ¿Qué significaba aquello? ¿Era próspera o adversa noticia? Nadie lo sabía; pero todos presentían algo de muchísima importancia. Juárez—que se había puesto de pie—, abrió el pliego, leyó tranquilamente sus pocas líneas y después se acercó a la barandilla del palco. El público, anhelante, se puso también en pie, guardando silencio. Juárez, con voz pausa-

da y ligeramente conmovida, leyó la comunicación en que se le participaba la completa derrota de Miramón. Lo que pasó después no puede ser descrito, Juárez y Gutiérrez Zamora (el jefe local), se dieron estrecho abrazo. Resonó un formidable «viva» que encontró inmediato eco en toda la ciudad. La orquesta tocó diana (aire mexicano que es el aplauso de la música), los cantantes quisieron entonar la Marsellesa; pero el público sólo atendía a Juárez y Gutiérrez Zamora...»

Juárez entró en la capital el 11 de enero de 1861, ya con el frac negro que sería su uniforme presidencial, hierático, afable: pero siempre serio, y redacta un manifiesto que dice: «Mexicanos: Al restablecer el Gobierno legítimo en la antigua capital de la Nación, os saludo por la restauración de la paz y por los óptimos frutos de las victorias que lograron vuestras huestes valerosas... Sacrificios inmensos han santificado la libertad en esta Nación. Sed tan grandes en la paz como lo fuisteis en la guerra. ¿Que sea más profundo que nunca el respeto a la legalidad y la Reforma! En cuanto a mí, dentro de muy breve tiempo entregaré el mando al elegido del pueblo, que sólo mantuve como depósito confiado a mi responsabilidad por la Constitución. Dos cosas colmarán mis deseos: la primera, el espectáculo de vuestra felicidad, y la segunda, merecer de vosotros para legarlo a mis hijos, el título de buen ciudadano».

Juárez sabía por una parte que tomar la

capital de México no era lograr la paz, por la otra que a él y solo a él podía corresponder la árdua tarea de seguir luchando; estaba derrotada la reacción; pero en modo alguno extinguida, y Juárez, hombre al fin, sentía sin duda que ninguno podía discutirle la supremacía del poder, tan admirablemente conquistada en su mando provisional. Sin embargo, ya la constante tragedia del civil, que necesita de los militares para dar realidad a su programa, rondaba su vida, ya «el Presidente del frac y la corbata blanca» era motejado por quienes creen que el brazo vive sin el espíritu y ya los *espadones* le preparaban su oposición, de la que sólo lo salvaría la nueva tormenta que se cernía sobre la República, que haría a todos reconocer que el capitán del buque a la hora del peligro, sólo lo podía ser el que rindiera bien la primera jornada improvisando con su fe, elementos de lucha, rodeándose de hombres superiores a él en inteligencia y en estrategia, exponiéndose a todos los anatemas y saliendo limpio, firme y altivo de entre todas las ruinas derrumbadas por el porvenir enfrentado al pasado. Juárez no iba a ser tan solo *el líder* de un partido y el consumidor de una filosofía política, había de ser el salvador de una soberanía y el consolidador de una nacionalidad, el símbolo de América soberana, el destructor de las aventuras imperialistas contra ella.

Respecto a los efectos reales verificados por la guerra de Reforma en el pueblo me-

xicano, dice con razón don Justo Sierra (1): «La verdad es que tres años de lucha espantosa habían verificado una transformación nacional. Furtivamente un pueblo informe y apenas consciente levantaba los ojos a ideales nuevos, y los principios de libertad, igualdad, solidaridad, encendían en muchos corazones un nuevo espíritu religioso, el culto de otros dioses... Lo que era una minoría al día siguiente de la Intervención norteamericana (1847), era mayoría en el país la víspera de la Intervención francesa». «Juárez llegó, y agradable o desagradable (lo compara con el joven General victorioso en Calpulalpam, González Ortega), poético o prosaico, aquel indio de pómido y de bronce, traía la realidad nacional en sus manos, con él era preciso pasar de la ilusión a la verdad.»

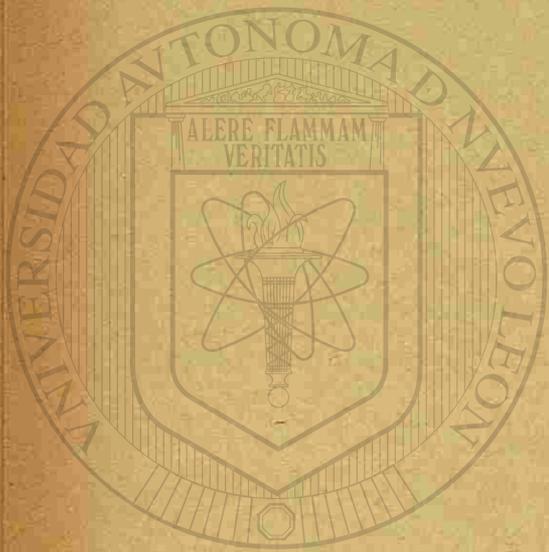
En ocasión de insistir sobre lo que Juárez fué en este período: fué propiamente un dictador democrático, tomó la Constitución como bandera para demoler y reconstruir sobre la vida social misma, no como la tabla de un jurista, sino como la bandera que daba legitimidad a una revolución, ya que los adversarios le dieron la ocasión magnífica de hacerlo así; cuidó siempre de las formas legales y cuanto hizo estuvo apoyado unánimemente por los que lo siguieron, que resultaron ser los más fuertes y poderosos en la realidad de la vida nacional.

(1) Obra citada.

El éxito consagró el uso hábil y audaz que hizo de un poder sin precedente y preparó la confianza nacional para la investidura soberana y comprometedora que le iba a caber en la defensa de la nacionalidad y de su independencia.

Nunca seguramente en América, un republico encontró esta rara coincidencia entre la legalidad y el poder omnímodo, y desde luego, jamás un revolucionario radical tuvo la suerte de que los adversarios le dieran la incontrastable arma de la legalidad para superar una obra tímidamente reformadora, como la que había iniciado el Congreso Constituyente de 1856, y menos aún que esa obra reformadora se confundiera y unificara con la misma idea de patria, porque los vencidos, mal aconsejados por su despecho, recurrieran a bayonetas extranjeras para detener la reforma social mediante la más absurda e intrusa de las fórmulas. La suerte de Juárez fué, sin duda, grande, puesto que así pusieron los acontecimientos la ley y la soberanía nacional al servicio de su idealismo de revolucionario liberal; pero no bastaba con tener esa suerte, era preciso contar con la fortaleza de soportar semejantes duelos de todo lo nuevo e informe contra todo lo secular y orgánico, era preciso saber disciplinar a los improvisados, saber escoger a los colaboradores, saber conceder y negar, castigar y premiar; y para ello, Juárez contó con la inquebrantable fe, que fué la fuerza suprema entre las suyas y con un grupo de admirables co-

laboradores, entre los que existían—no nos cansaremos de repetirlo—, aisladas capacidades muy superiores a la suya en muchos aspectos; pero de las que fué el totalizador y el espíritu iluminado en la esperanza y eficiente en las realizaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

VII

ENTRE DOS TEMPESTADES

Ni la paz se había consumado, ni Juárez podía dejar el poder; tampoco debía dejarlo, la sola presentación de su candidatura, era su triunfo en la mezquina relatividad de la democracia nacional, luego de su victoria y ante el peligro aún permanente, es electo Presidente constitucional; y no pasa un día sin ataques militares y trastornos de todo género; el término de la guerra «de tres años» va a ser sólo un día de poco sol entre dos tormentas.

Faltaron a Juárez ya algunos de sus más eminentes colaboradores originales, como Ocampo, el gran maestro de la Reforma, y González Ortega, su más prestigiado General, y comenzó a dibujarse la oposición organizada.

En el orden internacional, las cosas no podían presentar peor aspecto: la expulsión de diversos diplomáticos acreditados, los trabajos del Partido Conservador en el extranjero, con Almonte en París, Murphy en Londres e Hidalgo en España, que fran-

camente solicitaban, una intervención, que ya Zuluaga había insinuado desde la misma Presidencia, la hábil dirección de esta tendencia por Gutiérrez Estrada, las intrigas de los Ministros francés e inglés, apenas si era contrarrestado por el formal reconocimiento hecho por los Estados Unidos.

Juárez restableció el Congreso y prosiguió su obra reformadora y audaz, secularizando los hospitales e instituciones de beneficencia, prohibiendo la exhibición callejera del viático y limitando los conventos de monjas.

Entre tanto, los conservadores cometen el inaudito crimen de ejecutar a don Melchor Ocampo, el máximo inspirador de Juárez en la obra de Reforma, el llamado apóstol o filósofo de la misma, que vivía retirado en una finca de campo, crimen que trae como consecuencia acciones militares adversas para los liberales, en las que mueren los Generales Degollado y Valle, también ejecutados.

La exacerbación de la lucha, la situación internacional complicadísima, la insuficiencia administrativa de todos órdenes, comenzando por la del mismo Juárez, que era hombre de resistencia para trances definitivos, mucho más que administrador para sobrellevar los pasos normales de una burocracia, todo conspiraba a preparar una nueva tragedia nacional, que iba a superar con mucho a la pasada, cuando no sólo todavía no estaba curado el país de los quebrantos

de aquélla, sino que seguía con más o menos intensidad sometido a un estado de guerra efectiva.

El pretexto para el estallido del trueno fué un decreto sobre suspensión de pagos de deuda extranjera, que Juárez se vió obligado a dictar por la precaria situación fiscal, perfectamente explicable y real, sin desconocer ni mucho menos la deuda en sí, insignificante relativamente, ya que se cifraba en poco más de ochenta millones de pesos mexicanos, de los que se debían tan sólo tres a Francia—que había de ser la protagonista de la intervención—, setenta a Inglaterra y diez a España. Estas naciones pidieron explicaciones, y no satisfechas, rompieron relaciones. Los Estados Unidos ofrecieron hacerse cargo del suspenso pago mediante condiciones que Juárez no pudo aceptar porque eran peligrosas para la soberanía nacional.

Claro que la coalición acaso sincera por parte de Inglaterra y de España, llevaba en su seno el intento de Napolón III de poner un dique latino a la expansión norteamericana, intento que como muchas de las ideas del sobrino del gran Napoleón, tenía un germen de grandeza; pero un estúpido error de procedimiento y que fué luego manchado enteramente, cuando su hermano uterino Morny envolvió en la bandera francesa el negocio consistente en recoger los bonos anulados de un empréstito irregular, intentando que el Imperio de Maximiliano los

revalorizara. Quién sabe si buscando el original propósito y habiéndose acercado por vía de alianza y en forma de colonización, por ejemplo, dentro de la absoluta soberanía nacional, Juárez lo hubiera escuchado, ya que no hay que culpar al caudillo liberal y a su partido de un afán *yankófilo*, ni mucho menos, sino que las circunstancias lo llevaron siempre a estar cerca de la única potencia, que con todos los egoismos que se quiera y a pesar de los agravios que nos llevaba inferidos a través de los tiempos, estuvo con nosotros y con el respeto y defensa de nuestra soberanía y de nuestra renovación, en estas dos duras contingencias de nuestra consolidación nacional.

Es ley lógica e implacable la de que todos los héroes y caudillos comienzan a ser dejados de lado por sus pueblos desde el momento en que desaparecen las circunstancias excepcionales que los elevaron sobre el límite ordinario, por eso deben morir a tiempo; el temperamento personal de Juárez por otra parte, sin ser agrio no era señalado por el afán de atraer, su virtud administrativa lo hacía implacable en ciertas ocasiones, y así fué como empezaba en el año de 61 a tener ya muchas deserciones de su admirable cuadro de hombres superiores y a ser objeto de ruda oposición; los prestigios militares, además, deslumbran más que los civiles; la victoria del soldado, aun cuando la inspire, la prepare y la hagan posible el ideal y la organización que lleve el

civil, es más evidente, más palmaria y más brillante.

Juárez era un actor hecho para el drama de la salvación de su pueblo, demasiado para la burocracia, y como no era brillante, ni sabio, ni espectacular, ni atractivo siquiera, sólo cuando la noche del dolor llegaba, cuando el polvo de la lucha lo envolvía, cuando era preciso alguien que creyera sobre todo y por encima de todo en una causa *per se*, porque debía vencer, porque era preciso que venciera, podía tener popularidad.

Y su destino trajo de nuevo esa hora, más amarga, más cruel, más difícil, que la que acaba de salvar; Juárez tenía más experiencia, pero estaba más solo; de sus colaboradores unos habían sido sacrificados, otros se le habían apartado; pero él era el hombre nuclear por excelencia, y si en la lucha de la Reforma y en la *Guerra de Tres años* había enarbolado la bandera de un credo y de un Partido, ahora iba a levantar la enseña misma de la Patria, a luchar por su unidad y por su independencia; así habrían de volver todos a él y hasta muchos conservadores, valerosos jefes militares y dignos civiles, que si estuvieron frente al líder de un partido, no podían estar contra el defensor de su nacionalidad.

El brevísimo descanso había cesado, había sido un oasis nada más; México, el primer pueblo hispanoamericano que había afrontado la Reforma laica de su sociedad, iba a ser el único que tuviera que defender para todo su Continente el derecho inviola-

ble de su soberanía frente a Europa. Juárez, EL REFORMADOR MEXICANO, iba a conquistarse el derecho de ser llamado por la historia EL BENEMERITO DE LAS AMERICAS.

Las pasiones, despertadas siempre alrededor de las luchas civiles de los pueblos y que se ensañan en los hombres representativos, se han cebado en Juárez bajo muchos aspectos; y refiriéndose a este período preparatorio de la guerra de segunda independencia mexicana, ha habido quienes han asegurado que la provocó por su difícil situación y luego por sus imprudencias y violencias en el trato con los países interventores en la Convención Tripartita.

Para salvar a Juárez de tal imputación la historia tiene testigos tan caracterizados como Prim y Emilio Ollivier y la realidad afirma que agotó todas las posibilidades pacifistas y que Napoleón y los conservadores tenían preconcebido y resuelto el plan intervencionista desde mucho antes de que surgiera el pretexto que se alegó para llevar adelante una intentona, cuya falta de fundamento avalan las actitudes respectivas de Inglaterra y España frente a la de Francia.

Es insensato suponer que Juárez y los suyos en el lamentable estado en que se encontraba la nación después de la Guerra de Tres años inventaran una nueva, mucho más cruel y peligrosa, jugándose la misma independencia nacional sólo por afirmarse ellos y su partido en el poder.

Pero siendo tan inconsistente la calumnia

se le ha buscado otro apoyo: «Los Estados Unidos se ha dicho, unidos al Partido Liberal y a Juárez, interesados en que Europa no interviniera en América, dieron valor a los liberales mexicanos, seguros de su apoyo.» Punto es éste que en otros capítulos nos ocupa; pero queremos aquí asentar algunos testimonios irrefutables de la ligereza de tal afirmación.

Las cartas de Juárez a su hijo político Santacilia, publicadas por los cuidados del doctor Puig como Ministro de Educación pública, son definitivas y sinceras sobre el particular. Decía el Presidente en 1865: «Nosotros, con nuestra tenaz resistencia y con el tiempo, aburriremos a los franceses y los obligaremos a abandonar la inicua empresa de suyugarnos, *sin necesidad de auxilio extraño, y ésta es la mayor gloria que deseo para mi Patria. Con que el Norte destruya la esclavitud y no reconozca el imperio de Maximiliano nos basta... No hay más arbitrios por lo visto que seguir la lucha con lo que tenemos, con lo que podamos y hasta donde podamos.* Este es nuestro deber: el tiempo y la constancia nos ayudarán. Adelante y no hay que desmayar».

«Hace mucho tiempo que tengo la más firme convicción de que todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre, no debe esperar ni conviene que espere que otros gobiernos u otras naciones hagan por él. Auxilios negativos son los únicos que puede darnos esa nación (los Estados Unidos).

Tales como el que no reconozca el Imperio de Maximiliano y que no nos fusile por la espalda... Siempre es un buen auxilio no tener por enemigo a un pueblo vecino y con esto nos basta.»

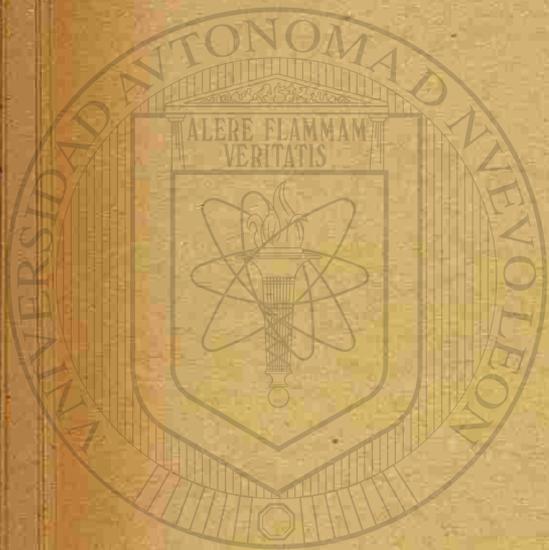
«Yo nunca me he hecho ilusiones respecto de auxilio abierto que pueda darnos esa nación. Yo sé que los ricos y los poderosos ni sienten ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres.»

Aquéellos se temen y respetan entre sí y no son capaces de romper lanzas por las querellas de los débiles ni por las injusticias que sobre ellos se ejerzan... Podrá suceder que alguna vez los poderosos se convengan en levantar la mano sobre un pueblo pobre, oprimido, pero eso lo harán por su interés y conveniencia. Eso será una eventualidad que nunca debe servir de esperanza segura al débil... *Nosotros seguiremos siempre la defensa, como si nos bastáramos a nosotros mismos...* Tengo la convicción de que de ese Gobierno no hemos de recibir ningún auxilio ni en fuerzas ni en dinero.»

El señor Puig comenta estas y otras frases de Juárez diciendo con exactitud: «Si en las cartas inéditas de Juárez, que ahora publicamos, no estuvieran sino las frases señaladas en este capítulo, por sólo ellas y por la luz meridiana que arrojan sobre la actitud firmemente nacionalista del gran representante de México, en los instantes más solemnes de su historia, serían estos documentos de un valor real inapreciable.»

Nosotros volveremos sobre tan interesan-

te punto en el capítulo XIII, pero basta con lo expuesto para afirmar categóricamente que Juárez y los suyos al aceptar el duelo desigual con Francia y los Imperialistas, ni buscaron una ocasión para fortalecer su poder, ni menos contaron con la ayuda de los Estados Unidos en forma positiva y definitiva, como base de su gallarda resolución; sino que se empeñaron por duro deber sostenido por sagrados sentimientos, en la defensa de la nacionalidad.



VIII

LA CONVENCION TRIPARTITA

El 31 de octubre de 1861 se firma en Londres la convención llamada «tripartita» entre España, Inglaterra y Francia, que tras de establecer el motivo meramente financiero que la gobernaba reducía su acción cuidadosamente, diciendo: «Las Altas partes contratantes se comprometen a no buscar para sí, al emplear los métodos coercitivos previstos por la presente Convención, ninguna concesión de territorio, ni ventaja alguna particular y a no ejercer en los asuntos interiores de México ninguna influencia que pueda afectar al derecho de la nación Mexicana de elegir y constituir libremente su forma de gobierno.»

En Francia, Thiers, Picard y muchos otros se levantaron contra el intento intervencionista y en España, el para nosotros benemérito General don Juan Prim, que a poco reconquistaría para su patria el afecto de México, se opuso también proponiendo como Senador que en la respuesta al Mensaje de la Corona y al referirse al caso se dijera:

«El Senado ha visto con pena que las diferencias habidas con Méjico subsisten todavía. Estas diferencias hubieran podido tener una solución pacífica, Señora, si el Gobierno de V. M. hubiera estado animado de un espíritu más conciliador y justiciero. El Senado entiende que el origen de estas desavenencias es poco decoroso para la nación española, y por lo mismo ve con sentimiento los aprestos de guerra que hace vuestro gobierno, pues la fuerza de las armas no nos dará la razón que no tenemos.» Al fundar frente al gobierno esta su enérgica protesta contra el acto que se preparaba contra México, el insigne estadista tuvo encendidas frases: «Ha dicho el Sr. Ministro de Estado, decía, que de nadie podía esperarse menos que del Conde de Reus, el venir a suscitar esta discusión y no he podido comprender esta extrañeza. El Conde de Reus es un hombre justo, probo, de dignidad, de honra, que estima el decoro de la nación española como cualquier español, y por consiguiente cuando el Conde de Reus cree que la verdadera honra, el decoro, la dignidad de la nación española están amenazados, viene aquí a defenderlos...» «Y no se me diga que yo, General, vengo aquí a patrocinar una cuestión de paz; yo hablo aquí como senador. El día que se me llamara a un consejo de guerra para tratar de una cuestión militar con una nación, por fuerte que fuera, hablaría como militar.» «El Sr. Ministro de Estado dice que las ofensas que hemos recibido de México son

de tal magnitud que lastiman el decoro y la dignidad nacional. Para mí es tan claro como la luz del mediodía que esas ofensas no existen y que la nación mejicana ha hecho todo cuanto ha podido para dar cumplida satisfacción a España.» «El Sr. Ministro de Estado encuentra mal en el gobierno mejicano, una medida que ignoro cómo Su Señoría, en su probidad e hidalguía ha podido desaprobado, cuando Su Señoría en igual caso la hubiera adoptado también. Me refiero a la de no haber querido admitir la nota del Ministro de S. M. en Méjico, hasta que hiciera éste retirar las fuerzas que tenía en Veracruz. Pues qué, Señores, ¿se entra en conversación familiar con uno que viene armado de punta en blanco? En ningún caso en que el gobierno español tuviera una cuestión cualquiera con naciones extrañas, ¿admitiría confidencial ni incidentalmente a ningún embajador que tuviese una escuadra en Cádiz o en Barcelona? Lo primero que haría, porque así cumpliría a su decoro, sería decir a ese Embajador que la mandara retirar y que entonces se hablaría.»

Respecto al fondo del caso, el ilustre soldado demostró que México ponía todo lo que era dable para proteger intereses y vidas de españoles y que no se podía exigir a ningún país que hiciera por extranjeros más que lo que hacía por sus nacionales; que si el país estaba agitado por guerras civiles, si había actos de violencia y de desorden y el peculio del Estado estaba en

quebra, esto no era premeditada ofensa contra España, sino desgracia nacional.

Si mucho honró al gran liberal español esta defensa preventiva que hizo en el caso de México y previamente a la Convención tripartita, no honró menos al gobierno de Isabel II, haber tenido fe y seguridad en que su claro soldado, a pesar de aquella impresión que como político expuso, obraría leal y debidamente puesto al mando de la expedición, como se le puso con los más amplios poderes; lo cual revela que así como Francia tenía un prejuicio intervencionista indudable e Inglaterra se desatendía del fondo del asunto, quedando a la expectativa, España a la postre no aceptó ser cómplice de una intriga internacional que fuera a arrebatar su soberanía a una nación de su prole, por más que hubo tendencias contrarias a esta rectitud, que por fortuna cedieron.

En Inglaterra también se suscitaron celos con respecto a la actitud de Napoleón, pues eran bien transparentes las maniobras de todos los personajes del partido conservador mexicano y de Morny y otros interesados mercenarios en asuntos mexicanos.

El gobierno mexicano realizó los posibles intentos que dentro de la realidad de su situación y del decoro eran precisos, y fracasados se aprestó a la lucha.

El preclaro historiador mexicano Vigil, dice con razón: «La misma reacción tembló y vaciló ante la enormidad del atentado, indicio seguro del frágil apoyo que po-

día prestar a la causa intervencionista» (1). Sin embargo, desde tal momento hasta principios de diciembre de 1861, en que llegó la escuadra española a Veracruz, siguieron los conservadores armados en constante lucha, si bien con algunas notorias defecciones de jefes que entre sus íntimas convicciones partidistas y la idea de patria optaron por ésta, como el General Negrete y el Comandante Vélez, de respetable memoria.

Juárez, ante la inminencia de la guerra, explica al país los intentos para evitarla y concluye: «Si tan rectas intenciones fueren despreciadas, si se intentase humillar a México, desmembrar su territorio, intervenir en su administración o política interior, o tal vez extinguir su nacionalidad, yo apelo a vuestro patriotismo, y os excito a que, deponiendo los odios y enemistades a que ha dado origen la diversidad de nuestras opiniones y sacrificando vuestros recursos y vuestra sangre, os unais en derredor del Gobierno y en defensa de la causa más sagrada para los hombres y para los pueblos: la defensa de nuestra patria».

Ya está la escuadra española en Veracruz y como primera llegada, al jefe español le toca el mando de la expedición tripartita, es don Juan Prim, casado con una mexicana, el mismo que, como Senador, se opuso a la Convención, pero que como sol-

(1) *México a través de los siglos*. Varios, Barcelona.

dado viene a respetar las órdenes de su Reina. Los mexicanos desalojan la plaza, que es ocupada el 17 de diciembre de 1861 por los españoles; en enero siguiente llegan las otras dos escuadras, la francesa y la inglesa. La Gravière manda a la francesa y con el Ministro Saligny será el representante de Francia; Sir Wyke manda la inglesa; entre buques de guerra y transportes hay 23 unidades españolas, 11 francesas y siete inglesas, con tropa, respectivamente, formada por 6.000 hombres, 2.400 y 800.

Napoleón ya tenía escogido hasta candidato para la usurpación, era Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco José y Gobernador de Lombardo-Veneto, residente en Miramar, cerca de Trieste, casado con la princesa belga Carlota, y Jurien de la Gravière traía entre sus instrucciones la de apoyar sin provocar, la aceptación por el pueblo mexicano de la forma monárquica y designación de ese Príncipe; así decían dichas instrucciones secretas: «Si acaso, como pudiera suceder la *parte sana* de la población buscara apoyo para constituir un gobierno que diese garantías, habría que dárselo»; la *parte sana* para los que gobiernan es siempre aquella que está con ellos; las instrucciones españolas, habida cuenta también de la mayor talla de su jefe expedicionario, eran muy amplias y vagas, dependía todo del proceder del General Prim y las inglesas, francamente ordenaban atenerse al pacto cuyo artículo segundo hemos transcrito, pero sin

franca oposición a contraria actitud de otro aliado.

Prim, desde el primer momento fué adverso al intervencionismo y a él y a la leal colaboración de Sir Wyke se debió al manifiesto colectivo de 10 de enero de 1862 que se sustentaba en la no intervención, sin mengua de la energía que era propia a los jefes de una expedición como aquella; Dubois de Saligny, el Ministro francés, disgustó a los representantes aliados porque resueltamente puso dificultades a esa honrada declaración y dejó ver su propósito usurpador.

En Veracruz y su región había colerines, fiebre amarilla esporádica y paludismo. Juárez, que acepta una tregua para parlamentar con los propósitos referentes a cobro de deuda y nada más que a eso, cumpliendo con el rudimentario deber de evitar la guerra, si era posible, noblemente ofrece a los aliados que penetren al país hasta la iniciación de las altas planicies, con el compromiso de volver a ocupar su primitiva situación si se rompían las hostilidades. Estos «Preliminares de la Soledad», que reconocían implícitamente la completa legitimidad del Gobierno de Juárez, fueron piedra de toque para ver la intención de cada una de las potencias tripartitas.

Según correspondencia del General Prim a su Gobierno, Francia francamente trataba de imponer un monarca y designaba la persona; Inglaterra lo toleraba sin tener candidato y los negocios del medio herma-

na del Emperador de los franceses se traslucían, siendo indudable para Prim que los mexicanos, antes que reconocer la deuda que éste quería revalidar «preferirían todas las consecuencias de una guerra desigual a la ignominia de acceder a tan injusta pretensión». Prim puso el 17 de enero de 1862 una carta al Emperador de Francia, que es para nosotros los mexicanos una de las bases del monumento de devoción que tenemos para el gran soldado. «Vuestra Majestad, le decía, rige los destinos de una gran nación, rica en hombres entendidos y valerosos, rica en recursos y llena de entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de S. M. Harto fácil será a V. M. conducir al Príncipe Maximiliano a la capital y coronarlo Rey; pero este Rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están emigrados, dispersos y vencidos».

El conservador Almonte llegaba entretanto y de acuerdo con elementos valiosos de Francia y España, pretendió influir sobre Prim, quien, en unión del jefe inglés, lo rechazó duramente.

Por fin el Gobierno mexicano, de acuerdo con la Convención de Londres, en su artículo citado y con los Preliminares de la Soledad, pide que sean devueltos a la emigración los conservadores rebeldes Almonte, Haro Tamariz y el Padre Miranda, que estaban amparados por el Ejército francés;

pero los franceses se niegan y tiene lugar tormentosa sesión entre las tres representaciones, sesión cuya acta es un monumento de honor para Prim y para España e Inglaterra, y que dió su tipo real, su carácter efectivo, al propósito francés, que de la *Convención Tripartita para fines pecuniarios* y en principio legítimos, hizo el crimen internacional de la *Intervención francesa y la imposición de un imperio en México* (1).

(1) La enorme autoridad de Emilio Ollivier, eminente liberal francés, Ministro de Napoleón III después de la expedición de México, en su ya citada obra *L'Empire Liberal*, apoya todos los puntos de vista que hemos expuesto, y así podemos citar algunos fragmentos de sus juicios:

«Maquiavelo ha dicho: «Es peligroso fiarse de las promesas de los emigrados, es en ellos extremado el deseo de volver a su patria y creen naturalmente muchas cosas falsas y añaden otras que ellos creen o afectan creer, llenos de vanas esperanzas. Un Príncipe debe ser muy circunspecto al comprometerse a una empresa cualquiera con ellos, lo más comúnmente recogerá de ella daño o vergüenza.» «Vamos a asistir—continúa—a una confirmación de la sentencia del florentino.»

«Hidalgo, diplomático distinguido, afecto a las ideas monárquicas y ligado con el respetable Gutiérrez Estrada, que las defendía en Europa desde 1840, había, siendo Secretario de Legación, visto a la Emperatriz en Biarritz en 1857. Como le hablase de las dificultades entre España y México,

«Hace tiempo, dijo ella, que es preciso establecer un trono en México». Esta palabra no cayó en tierra estéril, Hidalgo se la repitió a Almonte y éste, sintiéndose estimulado, después del desastre de Miramón, emprendió la empresa de buscar la ravanca con ayuda de la intervención extranjera.»

«La emperatriz facilitó a Almonte entrevistas con el Emperador, al cual inspiró tanto más confianza cuanto que lo que le decía estaba ratificado por los informes de Saligny, cuya misión eran pintar un México tal cual los emigrados lo exhibían en París.» «Almonte repetía que la sociedad mexicana era monárquica por las costumbres, sentimientos, tradiciones, ideas, leyes, religión, sentimientos y educación... Para captar mejor al Emperador, Almonte había exhumado uno de los escritos de Ham sobre el Canal de Nicaragua y el proyecto de un Estado Central Latino cortando las Américas en dos y elevando una barrera contra los Estados Unidos del Norte... Para constituir este Imperio Latino, claro que hubieran sido necesarios *latinos*, que, salvo en Italia, no los hay y menos habían de existir en una población compuesta en su enorme mayoría de indígenas y mestizos.»

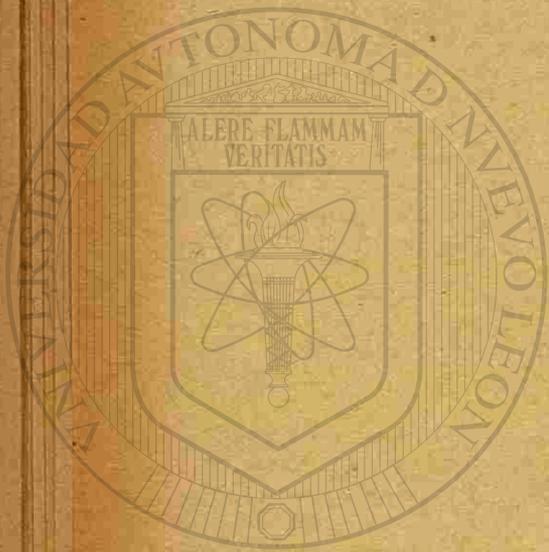
«Yo busco vanamente un *gran pensamiento* en el conjunto de incoherencias que implicaba una expedición con el fin de crear un imperio de antiguo régimen en el centro del continente americano. Cualquiera cosa que sucediese esto era imposible y lo imposible en política es siempre enano, no puede ser jamás grande... No, no eran de tomarse en cuenta ninguno de los sueños de los emigrados mexicanos, ellos se engañaban y engañaban.»

«Pero el Emperador, engañado por los informes furibundos de agentes apasionados, rehusó las ex-

plicaciones del agente de Juárez, La Fuente. Contra toda justicia y todo buen sentido, se obstinó en imputar a Juárez las maldades de sus adversarios, no quiso recordar que sólo Dios es capaz de crear el orden en el caos y que al día siguiente de una tempestad siempre hay mar gruesa. Y llegó a considerar al Presidente mexicano, que hubiera respetado si hubiera bien conocido, como un perjurio, como un monstruo atroz que motivaba anarquía, y lo creyó tan sinceramente como otros lo creían a él un Tiberio por habérselo oído decir así a Víctor Hugo.»

«La idea de establecer una monarquía en México no le espantó y aceptó ayudarla; pero como no hay monarquía sin monarca, ¿tenéis uno?, preguntó, e Hidalgo, Gutiérrez y Almonte indicaron a Maximiliano. Esta apelación a un Príncipe austriaco era vieja idea en los monárquicos mexicanos.»

«Ríos Rosas, en el Congreso Español el 13 de enero de 1863, apoyando esta misma tesis de cómo estaba preconcebida la idea de intervenir para fines perfectamente íntimos en la vida nacional de México, a pesar del texto de la Convención tripartita, decía: «La idea de una intervención es la matriz del tratado, se encuentra en el corazón del mismo si no en la superficie. Aun cuando se promete encerrarse en los límites de la razón y de la voluntad nacional, esas no son sino las hipocrecias necesarias en todas las intervenciones.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

IX

PRIM O LA RECONQUISTA ESPIRITUAL DE MEXICO

Venía ya don Juan Prim a México con la doble aureola de su actitud al debatirse el discurso de la Corona en el Senado y su oposición sentimental en un hogar, cuya compañera, la señora Agüero, era de origen mexicano.

Nuestro ilustre maestro don Justo Sierra decía: «El audaz caballero desembarcó en Veracruz, adivinó de golpe el inmenso error cometido y volviéndose con desenfado a sus compañeros de expedición y a sus patronos de Europa, dijo sin vacilar: «Esta no es una tierra de conquista, es un país de derecho; aquí hay un pueblo.» Y envainó la espada.

Don Juan Prim no combatía contra los pueblos. El héroe militar bien aquilatado ya, se reveló aquí hombre de Estado: eso era. Nada resulta más curioso, más intencionado, más sugestivo, que la conducta de Prim al abrirse el año 1862. No es que a veces no sintiese fugitivos impulsos de ira y

lanzase fanfarronadas bélicas que parecen ingénitas en el coraje español; eran paréntesis en una serie de actos llenos de buen sentido y de prudencia consumada.»

«Con su conducta en México dió Prim un ejemplo de honradez caballeresca internacional de los que no estaba acostumbrado a ver el Mundo. Una España nueva se nos revelaba y venía hacia nosotros; la España del porvenir. ¿Por qué don Juan Prim no tiene todavía un bronce en nuestros paseos públicos, cuando es de bronce por lo impedecida la gratitud de nuestra patria hacia él?»

Y dice el escritor y diplomático don Jenaro Estarada (1): «Por rareza en los anales mexicanos se podrá encontrar una igual acción en el extranjero hacia nuestra patria. Pero al revisar la acción de Prim no debemos considerarla solamente, con romántico juicio, como un simple rasgo de su espíritu caballeresco capaz de sublimar 'ocuras por su espíritu de justicia. Sí, es esto mismo; pero además es la revelación de un juicio liberal puro, avanzado en muchos años a su propia época... Prim el impetuoso, el arrojado, el que nunca midió los peligros, se transformó en México en el hombre sereno, iluminado, que supo ver de cerca el juego péfido de una política europea

(1) «Don Juan Prim y su labor diplomática en México.» México, 1928. Secretaría de Relaciones Exteriores.

y supo distinguir con claridad el futuro de un pueblo en donde la monarquía era una quimera proscrita para siempre... Y sin pensarlo mucho embarcó sus tropas y fué a presentarse a su país, dispuesto a sufrir todas las consecuencias de su noble y valiente actitud.»

Prim y el delegado inglés ya desde enero hablan de «la ignominia de hacer efectivos los bonos Jecker» y de que «no puedo resignarme a que la influencia de nuestra noble y generosa Inglaterra y la sangre de nuestros soldados se emplearan en precipitar la ruina total de este desgraciado país, sosteniendo tan escandalosa reclamación.»

Prim, a medida que avanzó en sus contactos con el país, se fué enardeciendo con su justicia, llegó a escribir a su jefe de Gobierno que «trabajaría porque conserven los mexicanos sus instituciones republicanas», audacia de un soldado servidor de la monarquía, que sólo pudo ser inspirada por un vehemente sentido liberal y justiciero, dentro de un corazón honrado.

Apenas se puso en contacto Prim con el enviado de Juárez—el Ministro Doblado—se sintió partidario del pueblo mexicano, y esto fué progresando de tal modo en su ánimo, que, como lo demuestra el citado diplomático señor Estrada, llegó a creer necesario oponerse por las armas al intento francés y a escribir sin que temblara su heroico puño: «Todo hace suponer que será cuestión de fuerza y que los franceses no retrocederán ante ninguna violencia. Si tal su-

cede, las tropas españolas permaneciendo aquí, se verían en la dura alternativa de oponer la fuerza a la fuerza.»

Prim comenzó por imponer la llamada «Alocución a los mexicanos por los Plenipotenciarios de las tres potencias», en la que se lee la siguiente categórica declaración: «Os engañan los que os hagan creer que detrás de tan justas reclamaciones vienen envueltos planes de conquista, de restauraciones y de intervención en vuestra política y administración»; luego, en unión de los ingleses Wyke y Dunlop, se opuso a que el ultimatum francés mencionara siquiera el asunto de los Bonos Jecker. Ese ultimatum por fin se redactó diciendo: «A la República y sólo a ella corresponde juzgar cuáles son las instituciones que más se acomoden a su bienestar y a los progresos de la civilización del siglo XIX». Juárez contestó unificando el sentido de la Reforma mexicana con el de la independencia nacional y confiando en que las potencias respetarían ambos.

Francia se desenmascara en la histórica sesión de abril, donde llega a la ignominia uno de sus representantes interpelado por Prim sobre la procedencia de volver a sus bases primitivas si rompían con el Gobierno, al decir Saligny que el Preliminar de la Soledad no era nada y que «mi firma vale tanto como el papel en que está escrita» (1).

(1) Olliver. Obra citada. «Estos preliminares de la Soledad, gritó Saligny (describe la sesión habida

Se preguntaba Prim en su luminosa defensa ante el Senado español a su vuelta de México, dónde estaban los monárquicos mexicanos cuando por el Pacto de la Sole-

entre los diplomáticas tripartitas), no tienen más valor que el papel en que están escritos... «Esta negativa definitiva de Prim de apoyar un atentado contra la libertad de un pueblo débil, es una de las buenas acciones de su vida...» Describe luego el autorizado autor todas las perfidias de la política de los diplomáticos franceses, y refiriéndose a las falsedades con las que el General Lorencez justifica ante su gobierno el primer ataque a los mexicanos, dice: «Es con rubor como yo transcribo el anterior documento. Muchas duplicidades se acumularon en este período de la expedición; este mensaje los pasa a todos. No tiene una palabra que no sea un insulto al sentido común, a la verdad y a la lealtad. El decreto de Juárez aceptando la guerra habla tan poco violado los preliminares de la Soledad, que nosotros continuábamos permaneciendo en la Zona templada aprovechándonos de esas estipulaciones... Aparecimos así como habiendo firmado el pacto de la Soledad con la intención de no respetarlo y a fin de introducirnos fraudulentamente en la zona sana que nuestros soldados enfermos no hubieran podido alcanzar por la fuerza. Nuestras tropas supieron la decisión de su General de romper los fuegos el Viernes Santo (19 de abril), a las tres de la tarde. Su rectitud nacional no ratificó tal orden, muy sorprendidos temieron que esta falta de palabra atrajese sobre nosotros la maldición de Dios.»

dad avanzó al interior la columna tripartita. «Ni se movieron ellos, decía; ni sus gritos se oyeron mientras nuestras banderas flotaban en los puntos indicados, ni se vieron ni se oyeron tampoco cuando estuvimos en Córdoba, Orizaba y Tehuacán. Ciertamente que si los partidarios del Rey absoluto en España en 1823, cuando Angulema vino en nombre de la Santa Alianza a derribar la Constitución, hubieran hecho lo mismo, Francia no tendría tan negra página en su historia; pero entonces había en España muchas gentes que todavía cantaban: «¡Vivan las cadenas! ¡Muera la Nación!»

Pinta Prim al dar cuenta a su patria de la noble justicia que hizo con la nuestra, cómo se le ofrecían cuatro soluciones ante la actitud intervencionista de Francia: «Entregarme, irme con ellos, echarme a un lado y pedir nuevas instrucciones; cerrar el paso a los franceses o reembarcarme dejando a los franceses únicos responsables de sus actos. ¿Cuál de esas soluciones era más conveniente y ventajosa a la personalidad del General Prim? Indudablemente la primera... había con ella de marchar peleando y siempre triunfando hasta llegar al alcázar de Moctezuma y plantar allí el glorioso estandarte de Castilla. En aquella capital reposan los nobles restos de Cortés; en ella está el estandarte que aquel Capitán llevó a la conquista; aquellos venerables trofeos habrían vuelto a España conquistados por mí, y esto sólo hubiera inmortalizado mi

nombre... La Reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado, el Emperador me hubiera honrado con la Legión de Honor; hubiera sido Duque de México y Marqués de otra parte...

Pero esto no se podía realizar sin menoscabo de la fe, sin mengua de la lealtad, del decoro, de la dignidad, de la independencia de la Reina, del Gobierno y de la patria mía...

Y bravamente profetizaba el gallardo estadista soldado: «Yo no dudo que los franceses entrarán algún día en la capital de México: entrarán; su amor propio quedará satisfecha, costará mucha sangre, fatigas y tesoros; pero no crearán nada sólido, nada estable, nada digno del gran pueblo que representan... Esta es la historia de los Reyes impuestos a los pueblos por soldados extranjeros (ha citado varios casos), que la tenga presente el Archiduque Maximiliano. Los mexicanos tuvieron un hombre valeroso que hizo grandes esfuerzos por su independencia y aquel hombre fué adorado; mientras se llamó Iturbide, fué visto como un gran ciudadano; pero quiso hacerse Emperador y lo consiguió momentáneamente... *murió al poco tiempo en el cadalso*. Los franceses en México no tendrán más terreno que el que pisen; su autoridad no llegará al espacio en que resuenen sus clarines... Yo aseguro que no lograrán que los mexicanos quieran al Príncipe Maximiliano por Rey de México...»

El mismo Prim dijo ante el Senado: «El

señor Vicealmirante francés creía de buena fe que los mexicanos no nos querían. En eso tenía algo de razón; no nos han comenzado a querer hasta que se convencieron de que España no iba a oprimirlos y de que era leal con los compromisos que había aceptado.» Y esa es la verdad histórica y lo que hemos querido hacer resaltar en este capítulo, ya que este libro está escrito para circular, sobre todo en España. La generación inmediata posterior a la guerra civil de nuestra independencia, estaba desarticulada de España, vivían los hijos de los ejecutados y muertos en la defensa nacional reciente; Prim reconquistó a México espiritualmente para España; nada más simbólico que este encuentro del derecho de una antigua colonia española, representada por un indio hispanizado por su cultura y su cristianismo, con un caballero español, simbólico relicario de todas las virtudes de su raza y de su civilización, nada como el encuentro de estos dos liberales, cada uno dentro de la relatividad de su medio, que al primer choque se entendieron sin concierto alguno, el mexicano juzgando con razón que no agredía a España defendiendo al nuevo México, reformado e independiente; el español, sintiendo que no dejaba de servir a su patria y al contrario, respetando, él, servidor de su monarquía, la lealtad legendaria del hijo mayor de su prole mestiza. Prim no fué a la aventura, precisamente por respeto a aquellos trofeos simbólicos de los

que hablaba añorando su posesión, porque los restos de Cortés estaba en México, porque allí se guardaba el estandarte de la conquista; porque Cortés se hubiera levantado de su tumba para defender las cunas que sembró mejor que las tumbas que había dejado; porque ese estandarte fué pañal en el que se envolvió nuestra nacionalidad nueva y mestiza; porque una guerra entre España y México era un parricidio, guerra que por dinero jamás debía hacerse, por honor ultrajado no había lugar a ella y por conquista era un crimen.

Juárez, el inquebrantable, y Prim, el caballeroso, formaron así con sus conciencias cívicas la base indestructible de una nueva era en las relaciones de España y México, y cuando simbolizamos en el primero el derecho de nuestra patria, hemos de simbolizar en el segundo la lealtad de España.

No es por demás insistir en nuestros juicios sobre Prim, agregando la autoridad del señor Estrada, a lo que afirmamos, quien en la citada obra de carácter oficial y perfectamente documentado, dice: «Con la lentitud propia de la debilidad militar que en sus principios tuvo la invasión, los hechos fueron desarrollándose hasta que el 8 de enero llegó el General Prim a Veracruz, muy pocos días después de los jefes de las fuerzas francesas e inglesas. Inmediatamente empezaron las dificultades por la revelación de la intriga francesa. Ya el 14 de enero, en nota dirigida por Prim al Secretario de Estado, se rebelaba contra el absurdo del Al-

mirante Jurien de la Gravière, que osó hablar de la picardía de los bonos Jecker, considerándolos admisibles entre las reclamaciones que iban a presentar las potencias aliadas... El Almirante napoleónico no se anduvo por las ramas y mostró todo el juego de su gobierno, manifestando que éste no sólo prefería el sistema monárquico en México, sino que le había dado órdenes positivas para intervenir con toda la influencia de Francia en el establecimiento de una monarquía y que el candidato designado por su Emperador era el Archiduque Maximiliano de Austria... Y aquí principia a mostrarse en toda la fuerza de su espíritu el carácter honrado, digno y noble y de la más pura moralidad, de don Juan Prim. Nada le arredró entonces para desenmascarar la conspiración y ponerse del lado de la justicia, por más que con esta conducta violentara la situación política y las conveniencias privadas de su gobierno. Habló alto y claro: declaró, sin titubear un momento, su inconformidad y desaprobación hacia la parcialidad y deslealtad de convertir en política partidarista lo que había sido convenido de otro modo entre las potencias enganchadas en la aventura.»

«Su caballerosidad, ya legendaria, se muestra en las negociaciones anteriores al Convenio de la Soledad, pues habiendo comunicado el Ministro de Relaciones de México a los agentes aliados que el Rancho de la Purga sólo ofrecía incomodidades para la entrevista, lo que no sucedía en el Campa-

mento de la Soledad, el Conde de Reus informaba haber aceptado la invitación a este lugar, «por no dejarme ganar en galantería». Las pláticas con Doblado hicieron crecer en el ánimo de Prim su visión del problema mexicano. Ni por un momento creyó que ésta era una tierra de régimen monárquico, ni que el partido conservador era el llamado a gobernar la República. Ni por un momento influyeron en su ánimo la propaganda partidarista, ni las asechanzas del Gobierno de Napoleón. La insistente dialéctica de los agentes franceses no logró torcer en él la realidad de la situación. Ni el recuerdo de la tradicional forma de gobierno de su país, que él había respirado toda su vida y por cuyos representantes se había batido tantas veces en los campos de batalla, pudieron cambiar en un punto su opinión. Hablando de los reaccionarios mexicanos, informaba al Secretario de Estado: «Su actitud no es la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes», agregando: «No podemos dudar de que el número de los partidaristas del sistema monárquico es insignificante y que no son hombres dotados de la energía y decisión que a veces dan el triunfo a las minorías.»

«Don Juan Prim, una vez cumplido su deber de dar a conocer a los aliados de su Gobierno la injusticia de la causa que explotaban; expuestos sus puntos de vista a su propio Gobierno y particularmente a los políticos de su país; convencido profunda-

mente de que, de continuar adelante no hubiera podido salvar a su patria de la sentencia de la posteridad, embarcó sus tropas, salió del país y volvió con la estupenda serenidad en que a veces se resolvía su carácter impetuoso, a explicar una vez más su conducta y a esperar, con su peculiar decisión, el fallo que se diera a tan atrevida empresa de diplomático.»

«Prim no era un hombre de su época. Alentó como planta rara en una atmósfera anacrónica. Su visión del derecho de las naciones no era de aquellos momentos. De tradicional tenía su caballerosidad, su lealtad, su ímpetu batallador. De avanzado tenía la mente analítica, la justicia sin componendas, el espíritu de la democracia, las ansias de la libertad. México lo recuerda con agradecimiento y lo señala como el más claro vínculo de su amistad con España.»

X

SE INICIA LA INTERVENCION

Prim y el jefe inglés se alejaron con sus tropas, y aquél escribió las históricas palabras de: «Yo dejo a los franceses la responsabilidad de este acto sobre el cual muy pronto caerá el fallo de la historia en América y Europa... La Historia juzgará entre ellos y nosotros.»

Y Francia quedó sola; ella, la educadora de los libres, iba a sombrear con sus banderas un delito y a traer atado a sus cañones a un pobre Príncipe; pero no era la Francia liberal, era aquella para quien Napoleón «el pequeño» preparaba ya el desastre, contra la que protestaban grandes franceses desde su Parlamento y su Prensa, y Víctor Hugo desde el destierro, alentando a Juárez como poco después lo haría el gran Castelar diciendo: «Para Napoleón el Grande, España; para el Tercero, México.»

Juárez se irguió lleno de majestad y lanzó su bello manifiesto recogiendo el reto, que acaba con estas palabras: «Espero que pre-

feriréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y oprobio de perder la independencia, de consentir en que extraños vengan a arrebatarnos vuestras instituciones y a intervenir en vuestro régimen interno. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestro propio esfuerzo, y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria, sino también los principios de respeto e inviolabilidad de la soberanía de las Naciones americanas». Y Zaragoza, el humilde, que en pocos días vencería frente a Puebla a un grupo de veteranos de Crimea y Solferino con sus desarrapadas y desnudas milicias improvisadas, decía con razón: «Vamos a poner la primera piedra del edificio que librára a Francia del vasallaje al que la han sujetado las bayonetas de un déspota.»

Ese era el triple espíritu de Juárez y los suyos, se sentían ante todo los defensores de la nacionalidad, luego de la autonomía americana frente a Europa, y más allá aún, los comilitones del gran partido avanzado de Francia opuesto ya al Imperio, pues fue de notar desde su iniciación, y de ello ha sido saturada la historia mexicana, que México siempre entendió que la aventura del «Sueño de un Imperio», era un acto de la política de Napoleón III, no una agresión nacional francesa.

Prim y Wyke ya se encontraron en Veracruz al General francés Lorencéz, con nuevos elementos militares, y el Coronel

Félix Díaz, que los acompañaba como un acto de consideración del Gobierno republicano, tuvo el honor a su regreso de quemar los primeros cartuchos contra los invasores.

El General francés expedicionario lanzaba la usual fanfarronada profesional, y el 26 de abril escribía a su Ministro: «Tenemos tal superioridad sobre los mexicanos, que le manifiesto desde ahora al Emperador que a la cabeza de sus seil mil soldados soy dueño de México.»

Avanza engreído el jefe francés con siete mil hombres aguerridos, veteranos de Italia, de Oriente y Africa, y frente a los pobres muros de Puebla, es batido por guerrilleros milicianos, a los que mandaba el sencillo Zaragoza, dejando 500 hombres sobre el campo y muchos prisioneros, no sin que antes se extrañara el jefe francés de que no parecieran las tropas mexicanas que los reaccionarios le habían ofrecido. La batalla del 5 de mayo de 1862, no es en sí un acontecimiento militarmente digno de los fastos guerreros; pero como simbolismo, acaso no cuente América hispánica con otro igual. Una potencia europea, maestra en la guerra y en la política, había creído que a un pueblo niño, lleno de problemas, de dificultades, y que daba los primeros pasos en su constitución y desarrollo nacional, bastaría el imperio de su tradición guerrera y el peso de su historia para aplastarlo por medio de un paseo militar. Sus diplomáticos, violentos y frívolos en el caso, tropezarón primero con el muro de granito de un

jefe de Estado que tomaba muy en serio su papel y era propicio a las tragedias, no a las comedias de la diplomacia al uso, con dos aliados que sintieron respeto por ese estadista y por su pueblo, uno de ellos por irresistible afinidad que traía seculares antecedentes, otro por inveterada educación en la libertad propia de un inglés; su General se encontró con soldados tan mal equipados como se quiera; pero que llevaban al delirio su patriotismo, con jefes hechos en una guerra inmediatamente anterior, conocedores del medio; que tras de batirlos, trataron a sus prisioneros de modo tal, que hubieron ellos de rendirse a la gallardía de sus adversarios, y alguno cuenta en sus memorias:

«Esperamos ser asesinados por una herida, y al conocer a Generales como Zaragoza, Díaz y otros, al leer sus órdenes amenazando con la pena capital al que maltratará a los prisioneros franceses y ordenando que se devolvieran hasta nuestras condecoraciones, sancionando con igual pena a los que no lo hicieran así, comprendimos que tratábamos con compañeros de carrera y con caballeros hijos de la raza española.»

El asombrado jefe francés cambió de tono en los informes a su Gobierno, aseguró que la expedición era un desastre, que en México no había monárquicos y que «Juárez es un nativo terriblemente fuerte, lleno de soberbia y de voluntad».

Napoleón III no cesa; lo que era escolta de desembarque para ostentar fuerza, se

transforma en una fuerte expedición militar, y el General Forey, que la manda, recibe un pliego de instrucciones entre las que se lee lo siguiente: «No faltarán gentes que os pregunten por qué vamos a gastar hombres y dinero y a sentar un Príncipe de Austria en un trono. En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a Europa, puesto que alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no lo tenemos en que se apodere del Golfo de México, domine desde allí las Antillas y América del Sur y sea la única dispersadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, y por consiguiente de América Central y del paso entre ambos mares, no habría en lo de adelante más potencia en América que la de los Estados Unidos. Si, por el contrario, México conquista la independencia y mantiene la integridad de su territorio; si por las armas de Francia se constituye un Gobierno estable, habremos puesto el dique indispensable a las invasiones de los Estados Unidos, habremos mantenido la independencia de nuestras colonias en las Antillas y de las de la ingrata España, habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de América y esa influencia irradiará al Norte y al Mediodía, creará inmensos mercados a nuestro comercio y procurará materias indispensables a nuestra industria.»

¡Un elevado pensamiento — como arriba

lo decíamos — desarrollado por medios contradictorios! Médico a palos de indudables males, que pudo Francia, de acuerdo con España, acudir solícita a remediar, buscando su legítimo provecho, en forma muy distinta y teniendo en cuenta que los pueblos se gobiernan ante todo por su propia voluntad y siempre por alguna otra cosa, además de los puntos de vista comerciales, porque son conjunto de espíritus y no sólo colección de estómagos.

Los Estados Unidos, en cambio, de quienes tanto tenía México que sentir y tanto que desconfiar, supieron tomar una actitud solidaria americana y estar con la opinión nacional, por eso resultó lógico que en esta faz de la historia los liberales estuvieran cerca de ellos.

En Francia, Favre, Thiers, Quinet, Picard y otros eminentes liberales, censuraban acremente la expedición, ya muy importante en fuerzas y elementos; el primero decía: «México no es más que un punto desde el que se espera torpemente dominar un hemisferio. En 1781, nuestra pequeña expedición de Lafayette y Rochambeau, dejó tras de sí un continente libre; en 1862, esta poderosa expedición dejará todo un Continente esclavo, o a lo menos, sometido»; y censurando el ignominioso proceder de Saligny y Gravière, rompiendo y violando los Preliminares de Soledad, exclamaba indignado: «Debo decir, en nombre de Francia, que los sentimientos caballeroscos esenciales a su carácter, se concilian po-

co con semejantes actos; no es por el talento de eludir Tratados por lo que Francia se ha distinguido en la historia»; para los traidores mexicanos tenía las siguientes candentes apreciaciones: «¿Y qué pensar, señores, os pregunto, de la conducta y de la moralidad de quienes vienen así a desencadenar sobre su propio país la plaga de la guerra extranjera? ¿Cómo? ¡Nuestra Francia ha podido cobijar con su bandera acción semejante! Todavía hay una mayoría francesa que saluda respetuosa al cobrizo Presidente, que está dispuesto a hundirse entre las ruinas de su patria...» Y Víctor Hugo, desde su destierro, decía: «Hermano Juárez, los franceses libres te saludamos emocionados...»

Tras épicas jornadas en las que el Ejército francés, ya poderoso y con auxiliares nacionales en cierto número, obtiene éxitos militares, y los republicanos caen como dignísimos de su alta causa y enardecen con su modo de morir y de aceptar las derrotas el espíritu nacional; Juárez, que ha dicho al Congreso: «Nada podrá el invasor a la postre contra nuestras instituciones, nada contra el indomable brío de nuestros soldados», anuncia que el Gobierno se traslada a San Luis de Potosí; y así lo hizo sin faltar a un rito ni a una fórmula constitucional; en medio del pueblo de la capital, lloroso y casi de rodillas, Juárez fué a la nueva peregrinación, la tempestad lo arrastraba; pero no lo abatía; besó la bandera nacional y partió de frente al destino. La his-

toria llamó «dos immaculados» al grupo de directores de la defensa nacional que lo acompañaban.

El Ejército francés, ya fuerte en 30.000 franceses y unos veinte mil imperialistas mexicanos, iba a posesionarse de la Capital y a intentar el dominio del país.

XI

SUEÑO DE IMPERIO

Un día de junio de 1863, entró Forey en México; su primer gesto fué compararse a Cortés diciendo a sus soldados: «Nuestras Águilas victoriosas van a entrar a la capital de Moctezuma y Guatimotzin; pero en vez de destruir, como Cortés, vais a edificar; en lugar de reducir un pueblo a la esclavitud, vais a libertarle; no venís atraídos por el oro para subyugar a este pueblo inofensivo...» ¡La sombra constante de la obra imperecedera de España y de la actitud correlativa de Prim, persiguió a Napoleón y a todos sus servidores de esta aventura lo mismo en los parlamentos de Europa que en los campos de México, como persigue el remordimiento al delito!

En Europa se habían llevado entre tanto a cabo toda clase de gestiones y farsas de falsas demostraciones de opinión nacional, hasta lograr que una de las señaladas víctimas de Napoleón III, Maximiliano de Austria, luego de renunciar a sus eventuales derechos al trono de su patria, aceptara el

toria llamó «dos immaculados» al grupo de directores de la defensa nacional que lo acompañaban.

El Ejército francés, ya fuerte en 30.000 franceses y unos veinte mil imperialistas mexicanos, iba a posesionarse de la Capital y a intentar el dominio del país.

XI

SUEÑO DE IMPERIO

Un día de junio de 1863, entró Forey en México; su primer gesto fué compararse a Cortés diciendo a sus soldados: «Nuestras Águilas victoriosas van a entrar a la capital de Moctezuma y Guatimotzin; pero en vez de destruir, como Cortés, vais a edificar; en lugar de reducir un pueblo a la esclavitud, vais a libertarle; no venís atraídos por el oro para subyugar a este pueblo inofensivo...» ¡La sombra constante de la obra imperecedera de España y de la actitud correlativa de Prim, persiguió a Napoleón y a todos sus servidores de esta aventura lo mismo en los parlamentos de Europa que en los campos de México, como persigue el remordimiento al delito!

En Europa se habían llevado entre tanto a cabo toda clase de gestiones y farsas de falsas demostraciones de opinión nacional, hasta lograr que una de las señaladas víctimas de Napoleón III, Maximiliano de Austria, luego de renunciar a sus eventuales derechos al trono de su patria, aceptara el

que entre franceses e imperialistas le lababan en México. Nunca el engaño, la diplomacia y la aureola de un jefe de Estado poderoso se pusieron más al servicio de una intriga, ni nunca una explicable ambición personal caminó más derecho al sacrificio; aquel desventurado príncipe, que no carecía de facultades, que era gallardo y simpático, liberal en cuanto era dable, y pacífico, iba a caer merced a unos y otros dentro de una lava ardiente y se iba a constituir en la encarnación de un delito y en la significación de un peligro, que habrían de exigir ineludiblemente su ejemplar castigo personal.

Al entrar Forey en México, los conservadores imperialistas, que ya traían muchos desengaños, sufrieron el espantoso de ver que el jefe militar francés aceptaba lo esencial de la Reforma de Juárez; luego constituyó una Junta gubernativa que llevó a la Junta de Notables la ponencia, que ésta aceptó, declarando que México adoptaba la monarquía entronizando a un príncipe católico que sería «Emperador de México», corona que se ofrecía a Maximiliano, Archiduque de Austria, y a sus descendientes, y que, «en el caso de que por circunstancias imposibles de preveer, no llegase a tomar posesión del trono... la nación mexicana se remite a la benevolencia de Su Majestad Napoleón III, para que indique otro príncipe católico...» El 3 de octubre, recibía Maximiliano a la Comisión que en Miramar le ofrecía el trono, y él, *contando con*

que lo aceptara la mayoría nacional, aceptaba el cargo. Entre tanto, los miembros de la Comisión, hecha Regencia, pasaban por el trance de que el mando francés les resultaba ideológicamente Juarista y reformador, y Almonte recibía del propio Napoleón la siguiente admonición: «Ciertamente, mientras que el Ejército francés esté en México, no permitiré que se establezca una reacción ciega, que comprometería el porvenir de ese bello país, deshonorando nuestra bandera a los ojos de Europa.»

Forey y los jefes franceses empezaban a sentir un positivo respeto por Juárez y sus Generales; al rendirse Puebla de modo espartano, Forey dijo a los jefes vencidos: «Su proceder, señores Generales, es un acto altamente honroso para México.» Arrangoiz, imperialista, dice sobre este episodio: «Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con algunos fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Estrasburgo y Metz poco más tarde se rindieron a los treinta y ocho días, la primera, y a los setenta y dos, la segunda, y que en Metz era igual la fuerza sitiada a la del sitiador, debe considerarse la defensa de Puebla como una de las más bizarras y notables hazañas militares de nuestros días, en la cual un general improvisado y no de carrera (González Ortega), dió un ejemplo que no han imitado los Generales Bazaine y otros, que han mandado plazas fuertes en la guerra francoprusiana, ya que Ortega, sin aceptar condiciones, destruyó e inutili-

zó todas las armas y cañones y no pidió clemencia.»

Bazaine, al llegar, arreció aún más su oposición contra los reaccionarios. ¡Sufrieron los malos mexicanos el sino de todos los traidores: «¡Porque el traidor no complace siendo la traición cumplida!»

Juárez, en tanto, llega a San Luis de Potosí, y fulmina contra «esa facción de traidores y cobardes mil veces vencidos en luchas interiores; fanáticos crueles, que lejos del peligro, decretan la proscripción y la muerte de los patriotas leales». Pero, como dice Virgil: «En 1863 era sombría la situación de México. Envueltos los Estados Unidos en la guerra civil, nada hacía esperar de ellos el apoyo que les imponía la necesidad de mantener la Doctrina Monroe; las simpatías de las Repúblicas Sud-Americanas, ardientemente menifestadas por la Prensa, los parlamentos y los mismos gobiernos, no podían traducirse en resultados positivos...» México estaba sólo en la liza, abandonado a su propia energía.

Juárez tiene el gesto nobilísimo de nombrar su Ministro de Guerra al equivocado Comonfort, que le pide un rifle para morir como soldado frente al invasor y que a poco recoge la corona del martirio.

El gran rector consolida su núcleo; todo lo regía, todo lo apretaba, su recia dictadura defensiva lo elevaba sobre todas las espadas y por encima de todas las capacidades lo engrandecía su voluntad inquebrantable; era la primera vez que un hombre civil iba

en América a dirigir la empresa de una defensa nacional desde su silla de magistrado.

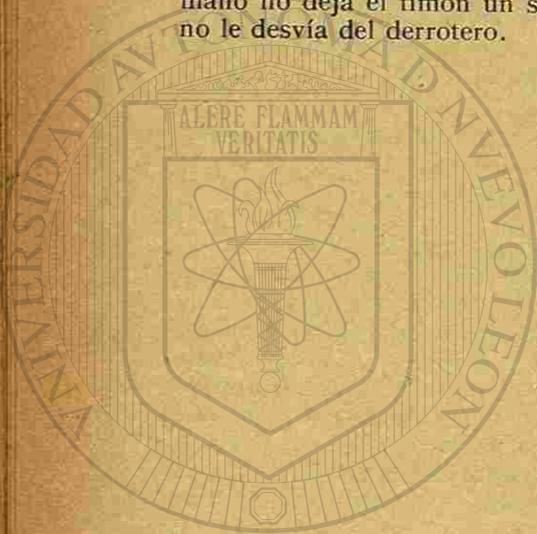
Maximiliano, entre tanto, recibía una mañana de primavera de 1864, en su idílico palacio de Miramar, a las comisiones que iban a engañarlo y acepta la consumación del engaño diciéndoles, mediante lectura de un documento redactado en español: «Un maduro examen de las actas de adhesión, me dan la confianza de que la inmensa mayoría del país ha ratificado el voto de los *Notables*, por lo que puedo considerarme como elegido por el pueblo mexicano, cuyo trono acepto con el consentimiento del Augusto jefe de mi familia.»

Seguidamente, los pobres señalados para el ya inevitable sacrificio, se embarcaron en la fragata de guerra austríaca «La Novara», que antes de cuatro años volvería a tomar ruta para recoger los restos del iluso, símbolo de la frase que grabó el Dante en la puerta de su infierno, contra todas las aventuras coronadas sobre América: «Dejad toda esperanza.»

Llegaron «los emperadores» a Veracruz el 28 de mayo de 1864. ¡Empezaba el sueño de Imperio! ¡Los emperadores franceses, según la frase de Eugenia, tenían ya «su guerra»! ¡El gran pensamiento del Imperio!

Juárez parece entretanto ser perseguido por un hado infausto, recibe golpe tras golpe, lo aniquila desastre tras desastre; camina siempre más lejos hacia el Norte, dis-

minuye su coro de «inmaculados»; pero su mano no deja el timón un solo día y su fe no le desvía del derrotero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XII

FRENTE A FRENTE

Ya el rubio Maximiliano, el iluso, y el cobrizo Juárez, el fuerte, están simbólicamente enfrentados. Ya en teoría, dentro del mismo territorio, y para regir a un mismo pueblo, hay un Estado Imperial intruso y un Republicano independiente. Francia, efectivamente representada por un Mariscal y 40.000 soldados, ayudada por unos 30.000 imperialistas nacionales, por el Clero, por los notables, trata de imponer al primero; los guerrilleros veteranizados en la Guerra de Reforma o ahora improvisados, y algunos jefes conservadores patriotas, dirigen fuertes grupos armados que van cuajando en ejércitos y que irán en aumento hasta superar a los imperialistas, y una selecta minoría de hombres superiores, defienden a la patria soberana; los Estados Unidos se destrozan en terrible guerra civil, y la América hispánica hace votos románticos y exaltados por la causa de la República. Por encima de todo flotan la inconsciencia de Maximiliano, el descendiente de Carlos V, y

la firmeza del indio, el hijo de la entraña nuricia, el hombre del terrible realismo en la acción y la iluminada esperanza en el empuje.

«Maximiliano—dice don Justo Sierra—, era en toda la acepción del término un aventurero, un hombre nacido para la aventura, al que no arredaban las empresas temerarias, si al fin de ellas vislumbraba un resultado en consonancia con su ambición; era un segundón como la mayor parte de los aventureros, que soñaba con desempeñar un papel principal. Lo buscó en Austria, en el mundo de las ideas, y por eso era liberal como su suegro (el Rey de Bélgica). México era lo desconocido, la arcilla intacta..., se sintió con inspiración, con valor, con el divino don de gobernar; pero iba a una novela que el destino iba a transformar en tragedia, porque él no era ni político, ni administrador, ni soldado; era un soñador, un artista, un poeta; su sentido práctico era Carlota, él sólo veía el golpe teatral y la decoración, siempre pensó en el escenario... Era liberal y aun francmasón... Así declaró frente a las exigencias del Papa Pío IX, que tenía el derecho de Patronato como los Reyes de España, que aun cuando la Religión Católica era la del Estado, se tolerarían todos los cultos, y respecto a las leyes de nacionalización, sólo recomendó al Consejo de Estado, revisar los casos de ilegal aplicación...» En otros términos, consolidó la Reforma», cuando había sido llamado para destruirla, agreguemos.

¡Tal era el abismo de contradicciones y la debilidad esencial del iluso que iba a enfrentarse a aquella realidad granítica que era Juárez!

Hablando de la firmeza incontrastable de Juárez, dice el señor Puig en su citado estudio: «Algo de poco valor y de menos seriedad como crítica histórica sería que tratáramos de probar la inquebrantable fe de Juárez y su seguridad en el triunfo para México..., buscando esas pruebas en palabras de documentos oficiales... Pero algo muy distinto es llegar a ese resultado por encontrar pruebas de su actitud mental constante en cartas de perfecta intimidad para los familiares». Y, en efecto, tomando al acaso cartas de tan interesante colección, podemos ver cuál era el leal estado de ánimo del voluntarioso defensor de México:

«Ya comprenderá usted—dice a un familiar en 5 de enero de 1865—, que la dominación de esta República es empresa muy superior a las fuerzas del Austriaco. El tiempo y nuestra canstancia lo derrotarán al fin.»

Comunica al revés de importancia y hace este comentario:

«Si tal hecho fuese cierto, tendremos una desgracia más que lamentar; pero el enemigo no habrá por ello completado su conquista.»

El 3 de agosto de 1865, lo rodean ya los franceses en su retiro del Chihuahua, en el extremo Norte del país, y sólo comenta: «Los franceses ya están a cuarenta leguas

de esta ciudad... Pronto me retiraré... Este chubasco será pasajero y no significa un triunfo definitivo del enemigo.»

El 5 de enero del 66, festivamente dice: «Si hace dos años que contaban con dinero abundante y con un ejército florido, numeroso y bien armado, con el prestigio que da la novedad y con las simpatías y cooperación del partido clerical y de todos los traidores, hubieran sabido utilizar esos elementos, tal vez desde entonces hubieran posesionándose de este país; pero ahora podremos decirles lo que el gachupín al pollo que se tragó vivo y que gritaba al pasar por el gañote: tarde piachi, amigo pollo. Ahora la cosa es diferente, no sólo porque perdieron las mejores oportunidades y ha disminuído la fuerza física y moral..., y ya sabe usted que, como decía el otro, el que no espera vencer, ya está vencido. Vamos andando y el tiempo sancionará pronto esa verdad en este país.»

Juárez, para que se amargara aún más su terrible situación, tropieza con la ley, él, el fanático de la legalidad; cumple su período presidencial y debe, o convocar a elecciones o retirarse para que por ministerio de la ley lo suceda el Presidente de la Suprema Corte, que lo es el vencedor en la Reforma, el héroe de la epopéyica caída de Puebla, González Ortega; se plantea el problema, ve que hay un núcleo de sus hombres que rodea al sustituto, nervioso ya hasta la enfermedad, por su inquietud ambiciosa; y se resuelve a uno de sus mayores sacrifi-

cios, consume una de sus tragedias íntimas más terribles; en el poder le esperan la derrota casi segura, el sacrificio evidente, la penuria constante; su palacio es el desvenecado coche de viaje, su Corte los «inmaculados» ya divididos, su ejército una meneguada escolta y muchos generales desconfiados y repartidos en la extensión territorial; la ambición que puede tener es la de vencer al Imperio o morir en la demanda; si se aparta del poder puede descansar, puede eludir la mayor responsabilidad que conoció mexicano nacido. Siente que abandonar aquella nave en medio de la tempestad es mandarla al abismo de la derrota; estima lo que son militares en el poder, las rivalidades que entre todos ellos suscitaría un compañero improvisado Presidente, y se resuelve a afrontar el juicio de la Historia: acepta el golpe de Estado, se afirma en la Presidencia hecha dictadura. ¡Nunca una más justa ejercida! Era el «Dictator» de los Romanos; nunca una más peligrosa, nunca una mejor creada sólo para defender a la patria en peligro y para usufructuar ese martirio.

Así, mientras el uno, el príncipe, en Miramar recibe entre halagos falsos el miraje de ensueño de un Imperio paradisíaco y tropical, Juárez acepta el imperio dictatorial de un trágico combate en pleno campo de batalla, con perfecto conocimiento del peligro, con estimación cierta de la posible recompensa: la inmortalidad histórica o la derrota, la muerte y el desastre, arrastran-

do las de la Patria. Son dos psicologías frente a frente.

Respecto al llamado «Golpe de Estado», heroicamente llevado a cabo por Juárez, sólo en bien nacional, hasta el más duro de sus detractores contemporáneos, don Francisco Bulnes («El Verdadero Juárez»), ha tenido que decir: «Siendo imposible que Juárez se rigiese por la letra de la ley, era indispensable que él hiciera por su espíritu, y conforme a él, Juárez, pues, no dió golpe de Estado, obró correctamente.»

Basta leer la Constitución de 1857 y comparar sus textos con la situación para fundar la justicia y la legalidad con que obró Juárez, aun creyendo que sea del caso hacer una exégesis jurídica en situaciones como ésta. Ni el Presidente de la Suprema Corte de Justicia estaba en funciones de tal, ni había posibilidad de que el Presidente sustituto convocara a elecciones, ni tenían excepción aplicable al caso las omnímodas facultades que a Juárez se habían concedido desde diciembre de 1861.

La preocupación del caudillo se traduce en sus cartas:

«Aquí (dice a su yerno) también se preocupan las gentes con lo que sucederá después de noviembre; yo estoy en un potrío, porque todos hacen depender de mi resolución la suerte futura del país. Ya debe usted suponer cómo estará mi cabeza.»

Después de estar dudando mucho, según se ve por esta misma correspondencia, en noviembre escribe a su propio yerno:

«Remito a usted el periódico oficial en el que verá las medidas que he dictado respecto de la Presidencia y del General G. Ortega. Naturalmente, esas resoluciones me deben traer disgustos y persecuciones; pero no me importa, porque al dictarlas he creído cumplir y prestar un nuevo servicio a la patria. Creo que la Nación aprobará mi determinación y que no será motivo para que se encienda la guerra civil... El país y la suerte me ayudarán siquiera por la buena intención que me guía.»

Mientras Juárez, todo fuerza, todo resolución, se resolvía así a ser víctima de sí mismo en aras del triunfo de una causa y con la sola problemática recompensa del triunfo, sumergiéndose entre tanto en el abismo de lo dudoso, Maximiliano, todo inconsecuencia y frivolidad, disgustaba profundamente al partido conservador, pues, su espíritu, educado en otra escuela, lo hacía caer del lado de la obra de la Reforma y de la supremacía laica frente al clero; pedía un Concordato para que se reconociera la tradicional regalía del Estado, y él mismo contestaba ciertas quejas de los Obispos en una carta que es la mejor defensa de la obra liberal, acabando por decretar la tolerancia de cultos, todo con la simpatía de Bazaine, el Mariscal francés, que sea porque sus ideas eran esas, sea porque la tirantez de Maximiliano con sus mexicanos, ayudaba la propia política que hacía con miras acaso personales o para tener a

merced de la Intervención a todos los imperialistas y al Emperador.

Pero Maximiliano hace más, sueña con conquistarse a Generales liberales republicanos como Díaz, y hasta escribe al propio don Benito, antes de desembarcar, a cuya carta, Juárez, contesta así: «A Maximiliano de Hapsburgo, desde Monterrey, el 28 de mayo de 1864. Muy respetable señor: Me dirige usted particularmente su carta del 22 del pasado, fechada a bordo de la fragata «Novara», y mi calidad de cortés y político me impone la obligación de contestarla, aunque muy de prisa y sin una redacción meditada, porque ya debe usted suponer que el delicado e importante cargo de Presidente de la República absorbe todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche. Se trata de poner en peligro nuestra nacionalidad, y yo, que por mis principios y mis juramentos, soy el llamado a mantener la integridad nacional, la soberanía y la independencia, tengo que trabajar activamente, multiplicando mis esfuerzos, para corresponder al depósito sagrado que la Nación, en el ejercicio de sus facultades, me ha confiado; sin embargo, me propongo, aunque ligeramente, contestar los puntos más importantes de su citada carta.

Me dice usted que, abandonando la sucesión a un trono de Europa, abandonando a su familia, sus amigos y sus bienes y, lo más caro para el hombre, su patria, se ha venido usted y su esposa, doña Carlota, a tierras lejanas y desconocidas, sólo por co-

rresponder al llamamiento espontáneo que le hace un pueblo que cifra en usted la felicidad de su porvenir. Admiro positivamente por una parte toda su generosidad, y, por la otra parte, ha sido verdaderamente grande mi sorpresa al encontrar en su carta la frase: *llamamiento espontáneo*, porque yo ya había visto antes que, cuando los traidores de mi patria se presentaron en comisión por sí mismos en Miramar, ofreciendo a usted la corona de México, con varias cartas de nueve o diez poblaciones de la Nación, usted no vió en todo eso más que una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente.

Contestó usted a todo esto exigiendo una voluntad libremente manifestada por la Nación, y como resultado del sufragio universal: eso era exigir una imposibilidad; pero era una exigencia propia de un hombre honrado. ¿Cómo no he de admirarme viéndole venir al territorio mexicano, sin que se haya adelantado nada respecto a las condiciones impuestas; cómo no he de admirarme viéndole aceptar ahora las ofertas de los perjuros y aceptar su lenguaje, condecorar y poner a su servicio a hombres como Márquez y Herrán, y rodearse de toda esa parte dañada de la sociedad mexicana?

Yo he sufrido, francamente, una decepción; yo creía a usted una de esas organizaciones puras que la ambición no alcanza a corromper.

Me invita usted a que vaya a México,

ciudad a donde usted se dirige, a fin de que celebremos allí una conferencia en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos a todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito, y empeñando, como seguridad, su fe pública y su palabra y honor. Imposible me es, señor, atender a su llamamiento: mis ocupaciones nacionales no me lo permiten; pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación mexicana y del hombre que representa hoy la causa de una de las partes firmantes del tratado de la Soledad.

Me dice usted que de la conferencia que tegamos, en el caso de que yo la acepte, no duda que resultará la paz y con ella la felicidad del pueblo mexicano, y que el Imperio contará en adelante, colocándome en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo. Es cierto, señor, que la historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus promesas; que han faltado a su propio partido, a sus antecedentes y a todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en esas traiciones el traidor ha sido guiado por una torpe ambición de mando y un vil deseo de satisfacer sus propias pasiones y aun sus mismos vicios; *pero el encargado actual-*

mente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá—si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba—cumpliendo con su juramento, correspondiendo a las esperanzas de la nación que preside y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.

Tengo la necesidad de concluir por falta de tiempo, y agregaré sólo una observación. Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; *pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará.*

Soy de usted s. s., Benito Juárez.»

Esta carta es un poema cívico que debiera constar en mármoles y bronces; el recio indígena le dice al hijo de los Césares de Europa, que su tiempo no puede perderse en conversaciones con un instrumento de Napoleón, que ha sido perjuro a sus primeros propósitos, que parecían horados; que oírlo es traicionar a la patria y que al servicio de ella y de su independencia morirá si es preciso, emplazándolo ante el supremo tribunal del porvenir. Difícil es que Maximiliano haya entendido materialmente esa carta y menos que sus servidores mexicanos se la hayan traducido fielmente; pero sólo con que conociera la frase de Prim recordando cómo Iturbide había perecido, por ser tal la suerte de los Reyes artificiales o im-

puestos y con que entendiera la misiva austera y grave del gran repúblico, tenía para medir el abismo hacia el cual lo llevaba su marcha entre flores y bambalinas preparadas, desde Veracruz a México.

Europa no conocía estos desafíos, los mismos de las Revoluciones inglesa y francesa no habían sido así. Algunos espíritus escogidos ya iban comprendiendo lo que iba a ser aquella lucha y quién era Juárez; otros, es lógico que lo tomaran tan a risa como pudo tomar Goliat la honda en manos de David.

XIII

HACIA EL FIN

Juárez marcha, marcha hacia afuera, de San Luis a Saltillo, de Saltillo a Monterrey, de Monterrey a Presidio del Norte. Vidaurri, el fuerte jefe norteño, lo desconoce y traiciona; muchas veces está a punto de morir; pero sabe que triunfará, lo ayuda su causa; se organizan ya mejor las milicias republicanas; lo ayudan también los errores de Maximiliano, de los reaccionarios y de los jefes franceses. En el campo republicano, Juárez es sólo él el director, su tenaz voluntad lo barre todo; en el imperialista hay un caos de contradicciones, de envidias, de suspicacias y de cambios de orientaciones, es «una casa sin cimientos ni puntales».

La profecía de Prim se cumple al pie de la letra; los franceses son los dueños del suelo que pisan; pero las guerrillas les pican la retaguardia, los sorprenden en las noches, se les aparecen entre las ciudades, les incendian los bosques, les envenenan las aguas y la enorme ganadería equina me-

puestos y con que entendiera la misiva austera y grave del gran repúblico, tenía para medir el abismo hacia el cual lo llevaba su marcha entre flores y bambalinas preparadas, desde Veracruz a México.

Europa no conocía estos desafíos, los mismos de las Revoluciones inglesa y francesa no habían sido así. Algunos espíritus escogidos ya iban comprendiendo lo que iba a ser aquella lucha y quién era Juárez; otros, es lógico que lo tomaran tan a risa como pudo tomar Goliat la honda en manos de David.

XIII

HACIA EL FIN

Juárez marcha, marcha hacia afuera, de San Luis a Saltillo, de Saltillo a Monterrey, de Monterrey a Presidio del Norte. Vidaurri, el fuerte jefe norteño, lo desconoce y traiciona; muchas veces está a punto de morir; pero sabe que triunfará, lo ayuda su causa; se organizan ya mejor las milicias republicanas; lo ayudan también los errores de Maximiliano, de los reaccionarios y de los jefes franceses. En el campo republicano, Juárez es sólo él el director, su tenaz voluntad lo barre todo; en el imperialista hay un caos de contradicciones, de envidias, de suspicacias y de cambios de orientaciones, es «una casa sin cimientos ni puntales».

La profecía de Prim se cumple al pie de la letra; los franceses son los dueños del suelo que pisan; pero las guerrillas les pican la retaguardia, los sorprenden en las noches, se les aparecen entre las ciudades, les incendian los bosques, les envenenan las aguas y la enorme ganadería equina me-

xicana, los nerviosos caballos producto del arábigo español, transformado por el ambiente, son los mejores auxiliares de aquellos lanceros y *lazadores*, que por todas partes los acosan y cierran. Porfirio Díaz, desde Oriente; Corona y Rosales, desde Occidente; Escobedo, Zuazúa, Treviño y Naranjo, desde el Norte (cuando ya el preclaro Zaragoza ha pasado al paraíso de los valientes, luego de vencer el primero a la Intervención), Regulés, en el Sur, van dando forma regular a la enorme ola nacional de la defensa armada.

Morny, en tanto, quiere forzar a su hermano a que active la pacificación del nuevo Imperio; un gran Banco nacional, las minas de Sonora y los famosos Bonos, esperan de esa pacificación su auge; pero entre tanto, en el Senado francés, Favre, Pelletan, Picard, Simón, logran numerosos votos para pedir que se abandone la empresa, y los Estados Unidos agudizan su oposición a la misma y sus simpatías para Juárez.

El patricio, entre tanto, camina con sus «inmaculados», preside sus consejos, y añora su hogar destrozado; sabe de sus pobres esposa e hijos pasando estrecheces en los Estados Unidos, pierde un hijo; sufre las terribles disidencias que le produce su necesario golpe de Estado, prorrogando el período presidencial; muere otro de sus hijos; todos los clavos de su martirio se van entrando para elevarlo más y más en una cruz, que será luego pedestal de victoria e inmortalidad.

Y continúa la lucha armada, ya con notorios éxitos republicanos y perfilándose personalidades militares de positivo mérito, como Porfirio Díaz, Ramón Corona y Mariano Escobedo.

Los imperiales, que no quieren creer en tanta firmeza de Juárez, lo trabajan por todos los medios, tratan de captarse a sus generales, y Maximiliano, engañado o engañador, lanza el 2 de octubre de 1865 un manifiesto dando por hecho que Juárez ha abandonado la partida, y salido del país, concluyendo que al desaparecer aquél, a cuya firmeza rinde respetos, sólo han quedado bandidos frente a sus propios partidarios.

Con tal precedente, sanciona Maximiliano el espantoso decreto de 3 de octubre de 1866, condenando a muerte con la simple identificación a todos los mexicanos republicanos apresados con las armas en la mano; decreto que Bazaine confirma, ordenando que no se hagan prisioneros. Maximiliano, al ser juzgado y aparecer tal decreto como uno de los principales cargos contra él, culpó al Mariscal de haberlo obligado a sancionarlo. Lo curioso es que el Conde de Keratry, tratando de justificar a Maximiliano, asegura que el pobre aventurero coronado creía con esas medidas seleccionar para su partido a los más elevados liberales y aun lograr que Juárez aceptara la jefatura de la Justicia Nacional.

Maximiliano, que ya era un símbolo de ultraje, una encarnación y un peligro para la patria mexicana, aún rescatada de su

aventura, por eso debía pagar con la vida su intentona; con ese decreto realizó la seguridad de su ejecución al caer en manos de la justicia nacional. Entre los mexicanos que tenemos el honor de descender de los que defendieron a su patria, muchos hay que contamos víctimas, ya no sólo caídas en la guerra de segunda independencia, sino ejecutadas por esa bárbara disposición.

El erario imperial estaba en bancarota, y para la organización, que quería irse previniendo para cuando se retiraran los franceses, había mil dificultades por los celos de los primates y de los jefes militares y por los matices tan diversos de los políticos que influían contradictoriamente sobre el pseudo-emperador.

El año de 1886 se abre ya cargado de tormentas para el Imperio. Los Estados Unidos acaban su guerra y expresan a Francia su disgusto por la Intervención, «que consideran como una amenaza para nuestras propias instituciones republicanas». Sería estúpido negar la influencia de esta actitud norteamericana en la precipitación de los acontecimientos, tanto como sería injustísimo atribuir sólo a ella el abandono de la empresa por Napoleón y la caída del imperio. Napoleón ya estaba bien amenazado interior y exteriormente en Europa; nunca pensó en que su ejército quedara permanente en México y ya eran años los perdidos, millares las víctimas, enormes los gastos, nulos los frutos e incierto el porvenir. Por otra parte, si los republicanos regidos por

Juárez no hubieran sabido defenderse, hubiera sido inútil todo apoyo moral de los Estados Unidos. Juárez tuvo buen cuidado de no aceptar ni tratar siquiera de colaboraciones armadas que llegó a perfilar Grant, llamado «el invencible», buscando una solución al problema del destino de sus caballerías después de la Guerra de Secesión; aquél sabía bien que los pueblos que por sí mismos no se conquistan su libertad, ni la merecen ni la conservan. Si durante la guerra de Reforma, Juárez cometió el gravísimo error de proponer un tratado como el llamado MacLane Ocampo, en esta nueva faz del peligro nacional nunca quebrantó su acierto en la política con los Estados Unidos, aceptó su actitud amistosa, como era lógico; pero nada les ofreció ni facilitó que encaminara en todo o en parte a sustituir la intervención europea por la yanqui, ya que si en esto caben medidas, para México era más repugnante ésta que aquélla.

El sabio historiador don Carlos Pereyra («Breve Historia de América». Aguilar, Madrid, 1939), que no es, por cierto, uno de los glorificadores incondicionales de Juárez, dice con razón a este respecto: «Los Estados Unidos veían con disgusto la tentativa de Napoleón; pero siendo sinceros, no podían suponer peligros trascendentales para lo único que les interesaba, que era su hegemonía continental. Esta no estaba seriamente amenazada por una potencia europea que carecía de elementos para perpe-

tuar una acción dominante. Pensar que los Estados Unidos se preocupasen por la independencia nacional de México, y por ella hubiesen luchado entonces, envuelve un desconocimiento absoluto de todos los datos de la cuestión. La Unión Federal norteamericana quedó reconstruída en abril de 1865, y los franceses no salieron de México sino hasta marzo de 1867. Durante este tiempo, la diplomacia de Washington obró activamente; pero siempre con precauciones para no complicar la situación.»

No escribimos la historia de la epopeya de la defensa nacional de México durante estos cinco años de prueba, y no podemos entrar en el análisis de cómo se fué estructurando un Estado a pesar de las soluciones de continuidad que formaban las plazas y regiones ocupadas por los imperialistas, Estado que llegó a tener las dimensiones de la misma nación; de cómo ese Estado tuvo, además de Ejecutivo, función legislativa, diplomacia hábil, justicia y finanzas; de cómo se fueron encuadrando en Ejércitos regulares masas armadas y volanderas hasta ir formando los Cuerpos de Ejército del Norte, Sur, Oriente y Occidente. Juárez fué la celdilla y el núcleo de esa consolidación, mientras de que el sueño de imperio iba rodando al abismo, a pesar de tener Corte, títulos, condecoraciones, saraos, ejército profesional, letrados brillantes, capital hermosa, residencias idílicas.

México tuvo la gloria de ser el país americano en el que se realizó la definitiva y ca-

tegórica experiencia de la imposibilidad para un Ejército invasor de aplicar instituciones falsas y artificiales a una nación que quiere defenderse; en esto el caso de México fué la repetición del de España en Europa.

El 16 de febrero de 1865, tras de muchos antecedentes confidenciales u ostensibles, el Ministro francés notificó al Gobierno imperial el propósito definitivo de retirar el ejército expedicionario, fuerte entonces, de cerca de 50.000 hombres, y cesar toda ocupación. «Esta ocupación (decía el Coronel Margueritte, padre de los famosos escritores y gloriosamente caído después en la derrota de Francia el 70), que nos ha costado tantas vidas, tanto desgaste, tanto desprestigio mundial y en la cual hemos ido a dar con una raza que como estoica para morir deja muy atrás a los mismos orientales» (1).

Los franceses empiezan a retirarse hacia la costa, y Juárez avanza hacia el centro, del Paso del Norte a Chihuahua, de Chihuahua a Zacatecas, sin cejar un día, ni dudar un segundo.

(1) Casi todos los militares invasores que han escrito sobre el particular hicieron justicia a México. Así el Príncipe Bibesco, decía («Au Mexique 1862, Combats, etc.»): «La sola necesidad de defenderse ha revelado a esa nación el vigor asombroso de que era capaz. Nosotros le hemos enseñado a expensas nuestras el arte de hacer la guerra, ella ha sabido sacar de su patidiotismo y de la na-

En Europa, en tanto, la guerra austro-prusiana es con razón preocupación gravísima para Napoleón; se preparaba ya el gran desastre y «las banderas francesas ennegrecidas con la pólvora mexicana, iban de la tragedia de aquí a la de allá».

Maximiliano, ya sin brújula, no sabía qué hacer, mientras la ocupación dura, es rey de burlas y no sabe si gobierna él o gobierna Bazaine; forma un círculo político avanzado y llega hasta pensar en que su monarquía sea transición para volver con él mismo a la República, trabaja en el ánimo público la idea de que la solución Juarista pueda ser la intervención yanqui; pero se ve que no puede nada en esta senda por la actitud rectilínea de este hombre, y apremiado por Bazaine, que le exige la abdicación para salvar a Francia de una mayor responsabilidad, e imposibilitadas las maniobras para formar un ejército mercenario extranjero que sustituya al que se va, se agarra al fin a la reacción absoluta, pareciendo que ya sólo busca un modo decoroso de acabar, cuando se arrepiente por ésta o la otra razón de seguir el camino de la reti-

turalidad admirable de su jefe Juárez, esta gran virtud, la perseverancia en la lucha. Sus jóvenes Generales improvisados, sus legisladores brillantes y sus soldados sobrios e impasibles para la muerte, han sido conducidos por uno de los ejemplares más raros de hombres de Estado, el gran indígena que nunca dudó de su causa.»

rada en el que llegó hasta Orizaba; lo cercan entonces los reactores militares y civiles y con ellos toma el camino de Querétaro hacia su fin, tan inevitable como cruel.

Entretanto la pobre esposa de Maximiliano, que se dice le impidió que abdicara cuando Bazaine se lo insinuaba por encargo de Napoleón, diciéndole que un descendiente de Carlos V caía con su trono, sale para Europa, se entrevista con Napoleón, y al ver la actitud de éste, va al Papa y en pleno Vaticano pierda la razón al percibir sin duda el irremediable fin de su aventura.

El partido retrógrado, ya no el conservador, clava a Maximiliano en el trono vacilante y lo hace ir a la deriva hacia la catarrata.

El Ejército francés se retira por fin en la primavera del año de 1867, dejando una proporción que espanta de pérdidas y desastres. Con razón dice Vigil: «La traición recibe así el golpe de gracia de la misma mano que había armado y besado en un momento de demencia. Pocos ejemplos se presentan de una venganza histórica más completa y más justa.»

Los jóvenes caudillos militares de la República, Corona, Escobedo, Porfirio Díaz, Guadarrama y tantos otros, avanzan en círculo sobre el centro del país formando una aurora de blusas rojas con sus guerrillas de «Chinacos». Y el Presidente del frac y la corbata blanca avanza en su negro coche de camino y con sus «inmaculados».

Napoleón, sin duda apretado por su conciencia, aún hizo presión sobre Maximiliano para que abdicara; se asegura que el mismo Juárez dió instrucciones de que si el pseudo-emperador huía, se le dejara bajar a la costa. Bazaine hizo por escrito la honrosa confesión de la fuerza nacional de México, asegurando que como soldado podía declarar que ni un ejército permanente de cien mil franceses podría mantener el Imperio en México. En una reunión habida en 14 de enero se planteó si debía o no defenderse el Imperio; todavía Bazaine expuso su punto de vista negativo por escrito, pero la crema de la reacción resolvió lo contrario.

El 3 de febrero el Mariscal, que haría tristemente célebre su nombre en la guerra francoprusiana, se despedía de México teniendo el cinismo de asegurar que «jamás Francia había querido imponer al país una forma de Gobierno...»

Maximiliano todavía pide consejo y Teodosio Lares, jefe de su Gobierno, le aconseja que abdique, pero ofreciendo a Juárez tales condiciones que hacían imposible el trato siquiera. Y así tiró su carta Maximiliano, que ya la había escogido al firmar el Decreto de 3 de octubre de 1865, declarando bandidos a los republicanos armados.

Bazaine todavía se retiró lentamente, a muy cortas jornadas, sea para indicar que no huía su poderoso ejército, que iba bien humillado y bien quebrantado, sea para instar a Maximiliano a arrepentirse y darle ocasión a acompañarlo.

Maximiliano entró entonces en plena demencia; una vez más se cumplió el aforismo y Dios enloqueció a quien quería perder. Con una mano escribe al ínclito Porfirio Díaz, el más brillante de los generales formados por la Reforma y la Defensa Nacional, el Bayardo mexicano de aquellos días, invitándolo a traicionar su causa, con la otra, teniendo a su lado al valiente y leal Miramón, se entrega al rencoroso sanguinario Márquez. La autoridad de don José Mía Vigil (1) afirma aún más que trata, por correo, con el nefasto Santa-Anna mediante su representante Meza, para que aquel viejo bribón, cargado de años y de responsabilidades, pudiera recoger la herencia, abdicando Maximiliano.

Los traidores dudan ya de Maximiliano y lo repudian; invitan a Miramón a derrocarlo, pero éste—que durante el término de su carrera había de realizar tantos actos gallardos para atenuar sus errores políticos—se niega noblemente y se prepara a morir como hombre y caballero.

Juárez está de nuevo en San Luis de Potosí; Maximiliano, ya con la vacilación del que va a hundirse, se encierra en Querétaro con 10.000 hombres de las tres armas, bien pertrechados y con defensas magníficas y deja en la capital a Leonardo Márquez, nombrado Lugarteniente Imperial.

(1) Obra ya citada, «México a través de los siglos».

Porfirio Díaz asaltó y toma a Puebla el 2 de abril, abre así el Valle de México a la avalancha republicana; va sobre México, pero distrae tiempo y tropas para evitar que Márquez auxilie a Querétaro, y unido a los Lanceros de Occidente, que manda Guadarrama, bate a aquél y lo hace encerrarse en la capital.

Querétaro resiste sesenta días; en varias batallas parciales hay éxitos de sitiados y sitiadores; pero es indefectible la caída del Imperio en sus dos plazas cercadas; es el país el sitiador. «Miramón escribe páginas de honor para su equivocada vida, pues pudiendo escaparse no lo hace y busca caer con su Emperador y morir a su lado.

Se ha discutido sobre si Querétaro en el último momento cayó por asalto, por orden de Maximiliano o por traición de un jefe secundario; es un detalle para la Historia que no merma nada para la causa ni puede deshonrar más que al inculpado; el desastre era inevitable, haya sido la caída por entrega de Maximiliano, por traición de López o por el asalto parcial de un puesto.

A poco caía la plaza de México. El triunfo militar estaba consumado; pero la lucha de Juárez entraba acaso en el más difícil capítulo de su responsabilidad personalísima.

XIV

SABER USAR DE LA VICTORIA

Si difícil es vencer, más difícil es a las veces saber usar de la victoria. Al gran republicanismo mexicano que salvó a la patria y a su benemérito jefe, no han podido negárseles ni su devoción, ni su fe, ni su valor, ni su capacidad; por eso se les ha acusado principalmente de haber exagerado la aceptación del apoyo norteamericano frente al peligro europeo y de haber sido crueles a la hora del triunfo. Del primer cargo ya nos hemos ocupado, vamos a ocuparnos del segundo, que, en su principal manifestación, implica directamente a Juárez y sus facultades constitucionales de indultar.

Había leyes vigentes, que en aras de la defensa nacional establecían el castigo máximo contra los invasores extranjeros y sus auxiliares, su aplicación hubiera permitido en horas las ejecuciones de los jefes vencidos y, sobre todo, la del extranjero cabeza de la aventura.

Lejos de ello, se abre un juicio con todas

Porfirio Díaz asaltó y toma a Puebla el 2 de abril, abre así el Valle de México a la avalancha republicana; va sobre México, pero distrae tiempo y tropas para evitar que Márquez auxilie a Querétaro, y unido a los Lanceros de Occidente, que manda Guadarrama, bate a aquél y lo hace encerrarse en la capital.

Querétaro resiste sesenta días; en varias batallas parciales hay éxitos de sitiados y sitiadores; pero es indefectible la caída del Imperio en sus dos plazas cercadas; es el país el sitiador. «Miramón escribe páginas de honor para su equivocada vida, pues pudiendo escaparse no lo hace y busca caer con su Emperador y morir a su lado.

Se ha discutido sobre si Querétaro en el último momento cayó por asalto, por orden de Maximiliano o por traición de un jefe secundario; es un detalle para la Historia que no merma nada para la causa ni puede deshonrar más que al inculpado; el desastre era inevitable, haya sido la caída por entrega de Maximiliano, por traición de López o por el asalto parcial de un puesto.

A poco caía la plaza de México. El triunfo militar estaba consumado; pero la lucha de Juárez entraba acaso en el más difícil capítulo de su responsabilidad personalísima.

XIV

SABER USAR DE LA VICTORIA

Si difícil es vencer, más difícil es a las veces saber usar de la victoria. Al gran republicanismo mexicano que salvó a la patria y a su benemérito jefe, no han podido negárseles ni su devoción, ni su fe, ni su valor, ni su capacidad; por eso se les ha acusado principalmente de haber exagerado la aceptación del apoyo norteamericano frente al peligro europeo y de haber sido crueles a la hora del triunfo. Del primer cargo ya nos hemos ocupado, vamos a ocuparnos del segundo, que, en su principal manifestación, implica directamente a Juárez y sus facultades constitucionales de indultar.

Había leyes vigentes, que en aras de la defensa nacional establecían el castigo máximo contra los invasores extranjeros y sus auxiliares, su aplicación hubiera permitido en horas las ejecuciones de los jefes vencidos y, sobre todo, la del extranjero cabeza de la aventura.

Lejos de ello, se abre un juicio con todas

sus ritualidades, ante el Consejo de Guerra, y sólo para Maximiliano y sus generales Miramón y Mejía, se pide la pena de muerte; al primero lo defiende con la mayor lealtad el jefe liberal don Mariano Riva Palacio, literato estimado en España, donde murió representando a México. Son condenados, y se mueven toda clase de influencias para salvar a Maximiliano. La leyenda cuenta que la Princesa de Salm-Salm, arrojada ante el señor Juárez, estuvo a punto de lograr el perdón, y que Lerdo de Tejada, que asistía oculto a la entrevista, dijo a aquél: «Ahora o nunca, señor Presidente», lo que le hizo mantenerse firme; leyenda nada más: ni Juárez era hombre que requiriera inspiraciones en actos de justicia y de energía, ni su sabio Ministro demostró nunca superarlo en ella, que bastante le faltó cuando lo sucedió en la Presidencia.

Maximiliano era la encarnación de la aventura imperialista, por ambición se había prestado a ella entregando el prestigio secular de su sangre cesárea para tratar de deslumbrar a un pueblo niño, que apenas daba los primeros pasos en su constitución política; aceptó que mexicanos errados o vengativos trajeran bayonetas extranjeras para imponerle a un pueblo sobre sangre de mexicanos y ruina de su suelo, desoló al país en una lucha terrible de cinco años, aplicó una ley inicua declarando y ejecutando como bandidos a todos los mexicanos que se defendían contra la Intervención,

con lo que llenó de luto muchos hogares nacionales. Maximiliano era bandera en sí o en sus descendientes, para que cualquier mercenario audaz la levantara y emprendiera la aventura otra vez o para que nuevos descarriados mexicanos sintieran la triste tentación ya intentada.

El cadalso de Querétaro fué lógico y preciso, inevitable cuanto triste, como lo son todos los sacrificios humanos. Maximiliano murió dignamente, cediendo el lugar de honor a quien lo merecía, a su gran general Miramón, tan leal que no quiso romper para sí solo el cerco de Querétaro, cuando pudo alguna vez hacerlo; que no aceptó auxilios que lo hubieran salvado sólo a él por gratitudes de compañerismo con jefes liberales, y que era un gallardo tipo del soldado profesional, si bien equivocado y nocivo para su patria; el indio Mejía, callado y fiel, murió también como había vivido, solidario con su Emperador. Cuando el príncipe puso en el centro a Miramón, diciéndole: «Este es el lugar de los valientes», rindió un homenaje a todos los desventurados mexicanos que por miles habían muerto defendiendo su ambición descabellada.

Víctor Hugo, Castelar, Garibaldi y otras voces de pares de Juárez en los simbolismos humanos de grandeza, lo invitan al perdón; muchas entidades europeas lo amenazan; Juárez no cede. «México expuso todo su ser por la agresión que encabezó Maximiliano. ¿No va a exponerlo por ejercer su Justicia?», decía a un familiar suyo que

era conducto de una de tantas sugerencias del peligro en que iba a incurrirse debido a posibles represalias europeas.

Fuera de los tres ejecutados en Querétaro, apenas hubo ejecuciones; notoria fué la de Vidaurri, el jefe fronterizo, que cometió una de las más señaladas traiciones; pero a pesar de lo enorme del delito, fueron contados los castigos personales o de confiscación de bienes, y al poco tiempo se reintegraron hasta a sus ejercicios profesionales y a la paz de sus hogares, conocidos imperialistas.

Juárez no intervino nunca directamente en una acción militar; jamás en una persecución personal; su plano era mucho más elevado, su energía implacable no era crueldad, era firmeza, era mística cívica y nacional, patriotismo integral. La vida propia, la riqueza, la tranquilidad, los factores materiales de engrandecimiento de la misma nación, todo era para él insignificante frente a la consumación de un principio orgánico nacional, como la Constitución, la Reforma o la Independencia; del mismo modo la vida de un gran culpable, que era todo el símbolo del mayor delito internacional cometido contra la patria, porque no era tan siquiera una guerra franca, sino que se decía un auxilio al país, era para él algo absolutamente indigno de ser tenido en cuenta, era indispensable fijar el derecho de la nación y el castigo de quien lo había desconocido. Juárez hubiera tenido al alcance de la justicia nacional al Mariscal Bazaine o al

mismo Napoleón, y no habría dudado un momento en someterlos a ella y en cumplir su fallo, aun cuando hubiera contado con la certeza de la agresión de tan gran nación como Francia.

Juárez, por lo demás, sabía cuál era su responsabilidad y fué cruelmente agredido; por eso lanzó su «Manifiesto justificativo de los castigos nacionales de Querétaro», diciendo: «Caiga el pueblo mexicano de rodillas ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con el triunfo... Maximiliano de Hapsburgo, sólo por geografía, conocía nuestra patria. A este extranjero ni bienes ni males le debíamos. Cuando la Polonia se rebela, se acata y se venera la justicia nacional de Rusia con todos sus horrores; y se niega a México la de castigar a los encargados de maniarlo y degollarlo, toda la Europa se pone de rodillas ante el César, aunque viole los más sagrados fueros de los hombres; pero el primer Magistrado de una República de América, si castiga a un Príncipe extranjero por atentar contra la vida nacional de todo un pueblo, a quien degüella, debe ser tenido como excomulgado y vitando, allá en Europa, por la gobernante parentela real o imperial del delincuente... Llegó el momento de poner de manifiesto que la justicia social que México ha ejercido respecto de los reos de Querétaro, no es la de aquellas que tienen dos medidas, una sola es la aplicación; la que Dios ha señalado a los poderes constituidos de México... ¡Compatriotas! La defensa de

vuestro primer Magistrado es la de México; y la de México es la del Mundo de Washington, Hidalgo, Arteaga, Bolívar, San Martín y los mil héroes que dieron patria e independencia a los americanos.»

Nunca Juárez habló con esa vehemencia, en la que devuelve los ultrajes que recibía y con un americanismo dolorido se levanta frente a Europa e invita a América a solidarizarse en su defensa, porque es la de una justicia imprescindible para que se fije su independencia definitiva, para que se cumpla respecto a toda ella, la magnífica frase de Prim «no es México un país de conquista, allí hay un pueblo».

Por eso Juárez y el partido liberal y los republicanos y la masa nacional, que los aprobó, usaron bien de la victoria y el caldoso de Querétaro, triste como todos ellos, fué absolutamente necesario (1).

(1) Dice don Justo Sierra (obra citada): «Juzgado conforme a una ley anterior aun a su misma aceptación de la Corona, debía Maximiliano legalmente morir. Juárez negó el indulto, hizo bien y fué justo. Es terriblemente triste decir esto cuando se trata de un hombre que se creyó llamado a regenerar a México y de los valientes que lo acompañaron al calvario. La paz futura de México, su absoluta independencia de la tutela diplomática, su entrada en la plena mayoría de edad internacional, la imposibilidad de atenuar el rigor de la ley, sino se descabezaba para siempre el partido infidente, obligaron a Juárez a ser, no inhumano,

sino inflexible, como a pesar de su bondad se vió obligado a serlo Maximiliano con las víctimas de su Decreto de 3 de octubre de 1865.»

Historiadores competentes y elevados han equiparado la ley de la República de 25 de mayo de 1862 con el decreto de Maximiliano de 3 de octubre de 1865; ambas, crueles armas de guerra, indudablemente; pero que un país dicte contra invasores e infidentes una ley draconiana, es en todos los terrenos más fundado y menos censurable en el de la moral pura, que el que un invasor que usa ejército extranjero, nacionales y aliados a él, trate como bandoleros o filibusteros a los nacionales que se defienden contra la usurpación.

Emilio Ollivier, en su citada obra, dice: «Juárez no tardó en pronunciarse sobre la suerte de los prisioneros. El Ministro de la Guerra prescribió a Escobedo llevar a Maximiliano, Miramón y Mejía ante un Consejo de Guerra, su carta—aparte alguna dureza de estilo—, expresa la absoluta verdad sobre la empresa mexicana: «El Archiduque se ha prestado durante cinco años a una obra de iniquidad y de traición. El ha pretendido con la ayuda de un ejército extranjero destruir la Constitución y las leyes de un pueblo libre, sin otro título que algunos votos sin valor; ha hecho pesar sobre la República todas las calamidades. No contento con hacer una guerra de filibustero, ha llamado a mercenarios austríacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban con nosotros en guerra; ha promulgado un decreto asesino contra los defensores de la independencia; ha hecho proceder a ejecuciones sangrientas, ordenando el saqueo e incendio de poblaciones enteras. Después de la marcha del ejército extranjero, ha continuado por la violencia y la de-

vastación su falso título, del que no se ha despojado sino violentado por la derrota. El Gobierno de la República podría, en virtud de la ley de 25 de enero de 1862, ordenar los fusilamientos por la simple identificación de los culpables detenidos en flagrante delito. Sin embargo, él los manda ante un Consejo de Guerra, donde podrán libre y públicamente presentar sus justificaciones».

Hablando de la actitud de Juárez y su gobierno respecto a la gracia de indulto bajo la palabra de Maximiliano de no volver a intervenir en México, dice: «Ellos estaban convencidos de que el indulto prolongaría la guerra civil, no obstante la palabra de honor, Maximiliano no resistiría a las excitaciones renovadas de su partido y recomenzaría una intervención fatal. Otra vez se había indultado a Iturbide; pero había vuelto y había sido preciso fusilarlo. No sería el archiduque más discreto, hablaría, escribiría, sería el foco y centro permanente de intrigas; la clemencia no se imputaría a generosidad, sino a debilidad; era contrario a la justicia enviar a la paz de Miramar a quien sin derecho había ensangrentado el país durante tantos años. Aun queriéndolo el gobierno, no había medio material de salvar a Maximiliano; si se hubiera intentado, el grito de traición hubiera estallado en todas partes y el gobierno hubiera sido derrocado y sustituido por personajes más violentos... Porfirio Díaz, el jefe más moderado, escribía a Juárez: «Si se indulta al Emperador, yo no seré dueño de mi ejército». Forest decía a Dano: «En todos los campamentos los oficiales piden imperiosamente la cabeza de Maximiliano y de todos los adheridos al Imperio, grandes o pequeños». Y el gran escritor y político francés, amante como el que más de su

patria y colaborador de Napoleón III, concluye honradamente: «En el estado de tensión al que esta atroz guerra civil había llevado los ánimos, fusilar o ser fusilado era un accidente natural de la existencia que no producía ningún horror. De aquí que hombres de un carácter humano, superiores al odio y a la cólera, se creyeron obligados a resistir a la piedad y se mostraron ferozmente inflexibles».

Maximiliano murió como correspondía a su abuelo y a su educación, y ya para ir al patíbulo telegrafió a Juárez: «Yo desearía que se concediera la vida a Miguel Miramón y a don Tomás Mejía, que ya han sufrido anteayer todos los dolores y amarguras de la muerte y que sea yo la única víctima, como lo he pedido desde el momento de ser hecho prisionero».

Cuenta el mismo autor de cómo el General Mejía, que había salvado una vez al General Escobedo, recibió de éste insinuaciones sobre su posible salvación. «Mejía contestó que no aceptaba si no se salvaban junto con él Maximiliano y Miramón.» «Esto es imposible», contestó Escobedo. «Entonces, dijo el General indígena, que se me fusile con el Emperador.»

Este y otros detalles de los que hacen decorosa siempre la muerte de los que mueren por ideas, sean las que fueren, llenarían muchas páginas: Miramón y sus tenientes murieron en un país en donde todos han sabido morir por buenas o por malas causas, y respondieron al ambiente y a la grandeza de aquella tragedia al pagar con su vida la necesaria ejemplaridad que significó su castigo, guardando el decoro que les correspondía.

El mismo autor; que para dar mejor autoridad

a estas observaciones venimos citando, acaba la parte relativa de su comentario diciendo:

«El orden republicano estaba restablecido y de la aventura imperialista no quedaba sino una desgraciada princesa hundida en las sombras de la demencia y un pobre cuerpo acribillado de balas, devuelto a la patria de donde partió lleno de juventud. *Jamás el atentado contra el derecho de las nacionalidades ha sido tan viva y terriblemente castigado.*»

XV

TRAS DE LA TEMPESTAD

México, teóricamente constituido, reformado, limpio de ser presa de aventuras y de conquistas europeas, ya que no temido si estimado por todo el mundo como capaz de defenderse, encarnó a todas luces la representación de toda América, especialmente de su hermana étnica y por eso el Congreso de Colombia pudo con justo título declarar «Benemérito de las Américas» a Juárez, al considerar que México, con él a la cabeza, había dado un sentido realista al genio de Bolívar, que ya había dibujado con sus gestas y con su idealismo encendido una alma propia para nuestra familia de pueblos.

Llegó la hora de descansar el arma, Juárez tenía que dejar de ser el hombre de la intensa superación, era tiempo de administrar, de reparar, de cuidar a la patria llena de llagas, colmada de problemas, entorpecida por sedimentos, lógicos después de tres grandes luchas sucesivas, por constituirse, reformarse y libertarse del invasor

y de la usurpación. El caudillaje ha renacido con los milites vencedores, la costumbre de la guerra ha creado espíritus inquietos poco propicios para la vida pacífica y sometida, el nuevo ejército alcanza proporciones que no puede soportar la economía nacional y que son inquietantes para su tranquilidad cívica. Juárez, por otra parte, era el dictador del «Golpe de Estado» y su primer deber era convocar a elecciones.

Se presenta al Congreso restablecido y le dice: «El 31 de mayo de 1863, felicite en este lugar a los elegidos del pueblo, por la decisión con que combatían los buenos hijos de la República, inspirando la segura confianza del triunfo contra una poderosa invasión extranjera. Reunida ahora de nuevo la Representación nacional, puedo felicitaros con mayor motivo por el triunfo completo de la República».

Para Juárez, lo que anunciaba el año 63, era matemático que acaeciera y recogía su profecía a través de cuatro años pasados, de heroísmo, de sacrificio y de esfuerzo, en el que el suyo estuvo a la vanguardia en la intensidad.

Por otra parte, resultaba inevitable que vivo y válido, Juárez fuera el Presidente de México restablecido, por la misma razón por la que Massaryk es el Presidente vitalicio de Checoeslovaquia y Pilsudski ha sido el efectivo de Polonia. México antes de la Reforma y de la Intervención, no tenía una integración consistente, era propiamente una nebulosa con algunos núcleos de cau-

dillaje o cacicazgos locales, que se solían despedazar al moverse y chocar entre sí, perdiéndose así unas veces una parte del territorio ante una invasión yanqui, otras la efectiva soberanía nacional ante resistencias regionales; fué precisa la doble prueba de una lucha entre el pasado y el porvenir, basada en principios, y la más cruel por la segunda independencia, para que se lograra la unidad nacional, ya que del dolor sale el bien: *ex tenebris lux*. Ahora bien el rector máximo de esa incorporación nacional era Juárez, no podía otro hombre gobernar aquella hechura de una voluntad heroica, servida por tantas capacidades que lo rodearon y aconsejaron, era inhumano negarlo en aquel momento.

Cuando Juárez entró en la capital el 15 de julio de 1867, el corazón de la República estalló de entusiasmo y nadie ponía en duda que Juárez y sus hombres debían gobernar a la patria por ellos salvada, la prensa de aquellos días da un reflejo del entusiasmo nacional. Decía «El Globo»: «Salve con toda el alma al fiel depositario de nuestra independencia y de nuestras libertades. ¡Salve al hombre de la ley! ¡Salve a los constantes compañeros de su gloriosa peregrinación!», y el «Monitor Republicano»: «¡Bienvenido seáis, Benito Juárez! Entráis a la capital, no como un conquistador a recibir homenajes de humildad y servilismo, sino como el representante de la Patria, como el abanderado glorioso de la República y de la libertad».

Se esperaba con ansia la convocatoria y entre tanto se perfiló cierta mala voluntad hacia el preclaro General Porfirio Díaz de parte del Gobierno, cuando la popularidad de este jefe era enorme, no sólo por sus hazañas como soldado, sino por su honradez y pulcritud administrativa. También lastimó a la opinión la sincera proposición de Juárez, en forma plebiscitaria, de establecer una segunda cámara y dar veto suspensivo al Ejecutivo, pues él, como en su día Comonfort, sentía la debilidad absoluta del poder ejecutivo en manos de una Cámara única. La oposición empieza con abanderados como el luminoso orador Zamacona, y cuaja en la candidatura del General Porfirio Díaz, llamado «El Bayardo mexicano», a la que ayudan muchos errores que el público asignaba más que a Juárez a los consejos de don Sebastián Lerdo de Tejada, al que llamaban «el cerebro de Juárez».

Triunfa Juárez para la Presidencia por enorme mayoría de electores, y en cuanto a la Vicepresidencia, es designado Lerdo de Tejada.

Sin embargo, ya quedaron en pie inquietudes que iban a estallar pronto; cuentan que por aquellos días, Juárez, que conocía desde niño al General Díaz, pues ambos eran de Oaxaca, lo llamó y le dijo: «No seas impaciente, tú serás Presidente; pero espera...»

Pasa el período presidencial de cuatro años, ya teniendo Juárez frente a sí diversos levantamientos y debiendo usar de sus

pensiones de garantías, todo lo cual recrudeció la oposición, perdiendo el Presidente colaboraciones tan preciadas como la de Vallarta, el gran jurisconsulto y hombre integérrimo, que había de ser de los maestros de Porfirio Díaz. Planteó el Gobierno la construcción del ferrocarril de México a Veracruz, que se construiría en pocos años, reformó la enseñanza, reglamentó el Juicio de Amparo en ley obra del inmaculado Mariscal. Lerdo trabajaba ya ostensiblemente por preparar la sucesión de Juárez para sí, y éste no siempre correspondía en lo administrativo a la firmeza de voluntad que tuvo en las ocasiones heroicas.

Se recrudecieron las sublevaciones militares al comenzar el año de 1870. Un escritor, al juzgar de la situación personal de Juárez en esta época, dice con ponderación justiciera (don Ricardo García Granados. Historia de México): «Los historiadores o escritores cuya admiración por Juárez los induce a ocultar sus errores..., han asegurado que la causa casi exclusiva de los constantes trastornos y revoluciones que se produjeron durante los cinco años que se sucedieron a la caída del imperio, fué el licenciamiento de una gran parte del Ejército, que se hacía necesaria por la falta de recursos y la ambición de jefes y oficiales... No hay lugar a duda que esos jefes descontentos y esos soldados despedidos, eran un elemento perturbador; pero esa no fué la causa principal de la revolución como lo habían de demostrar acontecimientos pos-

teriores. Las causas fundamentales, que aun subsisten en nuestros días, son la falta de homogeneidad de nuestra población, tanto desde el punto de vista étnico, como del intelectual y social, a la cual se agrega el completo desconocimiento de estas condiciones que caracterizan a nuestra legislación...» Era difícil que Juárez y los suyos, por grandes que hayan sido en la era heroica, dejaran de ser arrebatados por vicios intrínsecos y de larguísima si posible curación. Por otra parte, el gran consejero de Juárez, señor Lerdo de Tejada, no tuvo toda la rectitud política debida hacia su jefe, pues a pesar de conservar la cartera de Relaciones Exteriores, hacía franca política propia.

Y así pasa Juárez su período presidencial que acaba en diciembre de 1871, durante el cual sufre la muerte de su Margarita, aquella ejemplar esposa, que fué su único amor y el primer triunfo en la ascensión social del humilde indito.

La oposición se recrudeció al acercarse la elección, y Juárez ya no pudo siquiera lograr su legítima ambición de llevar a la Constitución misma la obra de la Reforma; el «Porfirismo» crecía por instantes y las sesiones del Congreso eran tormentosas; se sucedieron sublevaciones, algunas reprimidas cruelmente por la mano implacable del centinela armado de Juárez, el General Sostenes Rocha, y por fin, los electores dan su fallo obteniendo Juárez 5.877 votos; Díaz, 3.555, y Lerdo, 2.874, por lo que fué el Congreso el que tuvo que dirimir el caso,

no habiendo mayoría absoluta, y que, con la abstención de la oposición, apoyó a Juárez.

Juárez, en tanto que se desencadenaba la oposición en todas formas y Porfirio Díaz ya claramente agitaba la revolución seguido por fuertes elementos, había ido reanudando relaciones con las potencias europeas; a Prim tocó precisamente reanudar las de España en 1871.

Con suerte en general próspera a las armas gubernamentales, se suceden los días; pero era indudable que llegaban todos los crepúsculos para Juárez; con sus años tan vividos, tan trabajados, tan llenos de luchas de todas clases, con tan poca capacidad para desahogar exteriorizando sus dolores e inquietudes, con tanto hermetismo en su vida y en su expresión, pesaba ya mucho su desgaste. Un día sabe que está herido de muerte, una angina de pecho le tiene la vida contada, y tras unas pocas horas de angustia extrema, concluye una noche de julio de 1872 (1).

(1) Hemos advertido que nos ocuparíamos de la historia de México en lo necesario para pintar rasgos de Juárez y dar el cuadro de su vida y su obra; pero ni tan siquiera podemos detenernos a hablar de su administración. Tomemos al acaso frases de diversos historiadores para dar una idea de su acción, una vez obtenido el triunfo de la República: «No es posible asumir poder más grande que el que Juárez se arrogó del 63 al 67, ni usarlo con más vigor ni con más audacia, con más alteza

de miras, ni con éxito más cabal. Fundado en el decreto de 11 de diciembre, que le concedió facultades omnímodas, sin más restricción que encaminarlas a la salvación de la patria, ningún obstáculo encontró en su camino que no fuera allanable: substituyó al Congreso, no sólo para dictar toda clase de leyes, sino en sus funciones de jurado para deponer al Presidente de la Suprema Corte, y fué más allá, substituyó no sólo al Congreso, sino al pueblo, prorrogando sus poderes presidenciales por todo el tiempo que fuese menester; pero se atuvo a la ley en la restricción y que era en verdad la única razón de delegación tamaña: *Salvó a la patria*. (Emilio Rabasa. Obra citada.)

«Al entrar Juárez con el pabellón de la patria immaculado y gracias a su entereza salvado, la República fué ya la Nación; con excepciones ignoradas, todos asistieron al triunfo, todos comprendieron que estaban ante un hecho definitivamente consumado, que había ya conquistas eternas en nuestra historia, que la República, la Reforma y la Patria, resultaban ya desde aquel instante la misma cosa.»

«Todo el formidable prestigio de Juárez, toda la influencia que daba a Lerdo su talento, que se comparaba en aquel entonces al de Bismarck; todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra enormemente nutrida de datos y cifras, todo el crédito y la laboriosidad infatigable de Romero y el temor por la acción militar, cada vez más firme, de Mejía, todo se aplicó a disciplinar y gobernar plenamente una mayoría parlamentaria en bien del país agotado y enfermo.»

«Y así, a pesar de los obstáculos y de la sorda resistencia compuesta del retraimiento de los ricos,

recelosos y desconfiados, y del resentimiento de grupos conspicuos que habían quedado heridos, y del miedo a la Reforma, que veían encarnada en Juárez juzgándola empresa antirreligiosa y no tan sólo anticlerical, a pesar de todo ello, el gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía eficaz para el trabajo, apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer respetar su autoridad y de mantener a todo trance el orden.»

«Bajo otro aspecto, Juárez sintió siempre deber de raza y convicción, sacar a la familia indígena de la abyección moral, de la superstición, de la ignorancia, de la decadencia fisiológica y elevarla a un estado mejor.» (Justo Sierra. Obra citada.)

«En la prosperidad todos los hombres somos más o menos aptos; de aquí que una vez que el Bénérito venció con los suyos y empezó a compararse su simple labor administrativa del 67 al 72 con su heroísmo del 58 al 67, todos empezaron a sentirse a su nivel y por todas partes, desde los gloriosos jóvenes Generales, hasta los leguleyos y los ratas de oficina, le salieron opositores, lográndose ya con dificultad su última reelección. Los ingratos que pudieron amargar sus últimas horas olvidando que los mexicanos le debíamos todo, los que con alfilerazos inquietaron a aquél al que no conmovió ni el mismo rayo del cielo, se postran hoy de rodillas ante su tumba y parodiando el epitafio de Washington, bien puede escribirse en el suyo: «Fué el primero a la hora de los dolores patrios, algunos lo desconocieron cuando ellos cesaron, hoy todos los mexicanos lo declaran el primero entre los que para México nacieron.» (General Bernardo Reyes. En la citada obra «México, su evolución social». El Ejército Nacional, México, 1899. Ballezá.)

Juárez debía morir, era preciso que la historia saldara su cuenta; que la burocracia, la administración y el detalle no rompieran los perfiles augustos del héroe con su lima, pobre, pero acerada; que los errores y las faltas en lo menos no hicieran disminuir la grandeza del conjunto; que sus adversarios mismos se rindieran a la gratitud que, como mexicanos, le debían; aún se había sobrevivido unos años; mejor para él hubiera sido morir «cayendo el buril al pie de la escultura», cuando acababa de labrar la figura definitiva de una nacionalidad antes de él ambigua; lo mismo que Porfirio Díaz, debió morir al comenzar el siglo xx, cuando había integrado esa nacionalidad dentro de la corriente de vida económica y civil, pues como él mismo nos lo decía ya caído: «Mi delito mayor fue cumplir ochenta años en el poder», Juárez debía morir, él no era el administrador que podía emitir el aforismo de Porfirio Díaz, «poca política y mucha administración»; no, él había sido el político por esencia, el místico del civismo y del laicismo heroico, al que sólo le interesaron los dos capitales problemas de su gesta, la Reforma y la Independencia. Mármoles, bronce y capítulos de historia reclamaban a Juárez.

Y tan entero como vivió, haciéndole todavía un bien a la patria con morir, porque desarmó una revolución Porfirista que se presentaba poderosa y extensa, pasó del mezquino reinado de la vida al magnífico imperio de la inmortalidad.

XVI

EL HOMBRE

Juárez era un indio feo, su cara, era de ángulos abiertos; su color, de bronce terroso; su cuerpo, cuadrado y bajo; su pelo, duro y lacio; sólo sus ojos iluminaban con el fuego interno de su espíritu; pero ese mismo fuego no era llama viva, sino constancia y permanencia de brasa.

Era de pocas palabras, y cuando hablaba en público, era rebuscado; cuando escribía, había amaneramiento en su estilo; encogido en el trato social, era solemne, campanudo, hierático y majestuoso cuando ostentaba el poder y ejercía su cargo; era amable en lo privado.

Devoto de las formas, era cortés, atento y cuidadoso de respetarlas siempre, culto en el lenguaje y refinado en las maneras. Fue característico el atuendo que no abandonó nunca en sus funciones y se le llamó «El Presidente del frac y la corbata blanca»; hasta en sus peregrinaciones, cuando la residencia presidencial era su coche de viaje, el que junto con su ropa y útiles de

Juárez debía morir, era preciso que la historia saldara su cuenta; que la burocracia, la administración y el detalle no rompieran los perfiles augustos del héroe con su lima, pobre, pero acerada; que los errores y las faltas en lo menos no hicieran disminuir la grandeza del conjunto; que sus adversarios mismos se rindieran a la gratitud que, como mexicanos, le debían; aún se había sobrevivido unos años; mejor para él hubiera sido morir «cayendo el buril al pie de la escultura», cuando acababa de labrar la figura definitiva de una nacionalidad antes de él ambigua; lo mismo que Porfirio Díaz, debió morir al comenzar el siglo xx, cuando había integrado esa nacionalidad dentro de la corriente de vida económica y civil, pues como él mismo nos lo decía ya caído: «Mi delito mayor fue cumplir ochenta años en el poder», Juárez debía morir, él no era el administrador que podía emitir el aforismo de Porfirio Díaz, «poca política y mucha administración»; no, él había sido el político por esencia, el místico del civismo y del laicismo heroico, al que sólo le interesaron los dos capitales problemas de su gesta, la Reforma y la Independencia. Mármoles, bronce y capítulos de historia reclamaban a Juárez.

Y tan entero como vivió, haciéndole todavía un bien a la patria con morir, porque desarmó una revolución Porfirista que se presentaba poderosa y extensa, pasó del mezquino reinado de la vida al magnífico imperio de la inmortalidad.

XVI

EL HOMBRE

Juárez era un indio feo, su cara, era de ángulos abiertos; su color, de bronce terroso; su cuerpo, cuadrado y bajo; su pelo, duro y lacio; sólo sus ojos iluminaban con el fuego interno de su espíritu; pero ese mismo fuego no era llama viva, sino constancia y permanencia de brasa.

Era de pocas palabras, y cuando hablaba en público, era rebuscado; cuando escribía, había amaneramiento en su estilo; encogido en el trato social, era solemne, campanudo, hierático y majestuoso cuando ostentaba el poder y ejercía su cargo; era amable en lo privado.

Devoto de las formas, era cortés, atento y cuidadoso de respetarlas siempre, culto en el lenguaje y refinado en las maneras. Fue característico el atuendo que no abandonó nunca en sus funciones y se le llamó «El Presidente del frac y la corbata blanca»; hasta en sus peregrinaciones, cuando la residencia presidencial era su coche de viaje, el que junto con su ropa y útiles de

tocador que lo acompañaron en su heroica peregrinación se conservan en el Museo Nacional de México, guardaba la etiqueta y el protocolo. Esta solemnidad era prenda de su raza; en México se dice: «Es solemne como un indio».

Profundamente afectuoso en familia, tenía sin embargo en sus manifestaciones el pudor que suele acompañar a los hombres severos hasta en la intimidad, y con sus amigos jamás fué expresivo.

Caen sus mejores adalides y registra secamente en su diario su sacrificio; él ve natural, lógico y necesario el martirio y es el primero dispuesto a soportarlo.

Cuando Juárez era en Veracruz y en Paso del Norte el puño de todas las espadas, que luchaban por la Reforma o por la Independencia, y el espíritu y el alma de todas las empresas, ya «los hombres de acción» lo criticaban diciendo que *no hacía nada*, y los intelectuales motejándolo de tonto e ignorante, porque no teorizaba ni hablaba. Para los *hombres de a caballo*, el filósofo que alumbra las ideas, el maestro que las enseña, el apóstol que las propaga, el mártir que las ennoblece, el director que las encauza, *no hacen nada*; para ellos sólo el chasquido del rifle hace algo y la virtud reside en la violencia realizada; olvidan que «primero fué el Verbo» y que toda su fuerza sería nada sin una idea y resultaría en nada su victoria si no la sucediera una organización. Para los meros intelectuales, la eficiencia de los hombres realizadores, su sacrificio

de escoger entre lo ideado y lo que tienen que aplicar, su abnegación para encontrar los justos medios sacrificando mucho de lo que esperaban por tal de realizar lo que se puede, las devoradas ansiedades de las responsabilidades, no son idea, ni son espíritu, ni son sabiduría.

Sin Juárez y sus *grandes*, sus «inmaculados», los de la «Década heroica mexicana», la Reforma hubiera sido una serie de motines entre clericales y anticlericales, de entronizamiento de Generales blancos y rojos, sin otro resultado; y el Imperio, o hubiera vencido para llevar la lamentable vida de lo artificial y caer en el caos o vencedores los liberales *de acción* hubieran recaído en una serie de cacicazgos regionales y militares; probablemente hubiera terminado en la Intervención yanqui la contienda en uno o en otro caso.

No, el alma de México en Veracruz fué Juárez símbolo, que comprende a todos los suyos, y en la defensa de la Nación lo fueron también su *guayín* o coche, su plebeya corte, su peregrinación de «Presidente Tráhumante». Casi sin descanso desde el golpe de Estado de Comonfort, hasta el restablecimiento de la República, una tempestad lo arrastró, cada tarde durante muchos años, se le apagaba una esperanza, amanecía cada mañana con una nueva: su mirada, al decir del poeta, no viendo sino sombra en su camino, contemplaba el cielo y allí dos luces, «Reforma e Independencia»; tropezó a menudo con las piedras del camino, falseó

su pie alguna vez; pero llegó a la meta y puso a la República en su definitivo cimiento. ¡Qué mucho que haya querido estar en esa meta al lado de su obra!

Igual que su antecesor en lo heroico, en Esparta, cuando Bazaine le dice: «Si se rinde, le dejo libre la salida del país», le contesta: «Concedo lo mismo a Maximiliano y a usted».

Era integérrimo en su vida privada y en materia de intereses; su conducta a este respecto y la de los suyos en general, fué algo sin precedente ni sucesión en nuestra historia. Un pacto lo verdadero, una mayoría absoluta de toda la riqueza nacional, pasó por las manos de esos hombres con la desamortización y la nacionalización de bienes «de manos muertas» y del clero; disfrutó Juárez de poderes excepcionales como dictador; jamás, nunca, ni para el más lícito negocio, usó de su posición ni distrajo sus actividades. «Vamos a tirar una gran parte de la riqueza nacional por la ventana para que se disperse y la recoja el país (decía en Veracruz a uno de sus colaboradores al dar la Ley de Nacionalización de los bienes del clero), nuestra justificación histórica residirá en que de ella nada se nos pague en las manos.» Al morir, testa, después de catorce años de presidencia con tales poderes y en tales circunstancias, ciento cincuenta mil pesos, de los que sesenta mil procedían del valor adquirido por su casa habitación y un jardín con una habitación de recreo, y sesenta mil de sueldos que se

le debían todavía por toda la época de la Intervención y que se iban abonando poco a poco. Fué en esto y en su vida familiar, de aquellos claros varones que entendieron y practicaron (en el siglo pasado todavía), la doctrina ética de que el hombre público, a cambio de preeminencias y de legítimas ambiciones satisfechas, no debe tener la satisfacción de formar riqueza y que el político, como el soldado, como el sacerdote, deben ser aventureros en la noble acepción de la palabra; es decir, siempre dispuestos a la aventura de su destino con los menores arraigos materiales posibles que los tuvieran.

Juárez no fué sabio como Ocampo, ni sutil y culto como Lerdo, ni luminosamente elocuente como Zamacona, ni lírico como Prieto, ni estratega como Díaz, ni tan siquiera personalmente magnético; era otra cosa que todo esto, y que sirvió para poner todo eso al servicio inquebrantable de un misticismo laico y patrio; era el rector, el coordinador, el voluntarioso. Juárez, sobre todo, sabía querer y persistir; tuvo amor con fe en las dos grandes causas a las que sirvió y tuvo voluntad impassible e inmovible frente a todos los accidentes que lo apartaban de sus esperanzas. Fué, además, aun cuando ello parezca paradójico, el éxito de la colonización española, porque que Bolívar haya sido el genio más hispánico siendo el más americano, se comprende por su sangre criolla; pero si Juárez, el indio, pudo representar el espíritu de soberanía de

nuestra América, fué porque por la cultura y el sentido moral hispánicos, pudo un indio mísero elevarse a director del pueblo mestizo de América por excelencia y sólo merced al sentido igualitario que debemos nada más que a España, pudo ser el primer ciudadano de su patria un indio. Juárez no dejó alguna vez de resentir el resquemor de su raza; él, siempre tan discreto, en el «Manifiesto justificativo de los castigos nacionales», dirigiéndose a Europa, dijo: «Yo de Maximiliano sólo sabía que un enviado de sus antepasados había quemado a uno de mis grandes antecesores indígenas»; pero nunca dejó de ser, como lo dice en frase inimitable Pérez Martínez: «Un zapoteca que vivió en castellano».

Tuvo una lealtad inquebrantable con sus situaciones legales, y cuando hubo de romper la legalidad para servir a la Patria, no buscó subterfugios, asumió la responsabilidad con franqueza y a fondo.

Para el castigo fué implacable, si iba de por medio la salud nacional; piadoso cuando ella no estaba afectada, lleno de tolerancia para los personales agravios.

La historia de todos los pueblos, la de todas las religiones, la de la ciencia misma, que es lo más impersonal, está formada por la proyección de los grandes caracteres individuales y mucho más la de las patrias jóvenes; por eso el colectivismo es antiespiritual y antihistórico. México, de Ayutla a Querétaro, es la proyección del carácter de Juárez. Ningún hombre en México ha

sido más discutido, ninguno ha merecido más desde el aplauso positivo de la glorificación hasta el fanatismo, al negativo de la censura hasta la execración; del libro serio al libelo infamante, de la realidad interpretada a la leyenda forjada, del error agravado a la calumnia elaborada, de todo se ha usado al efecto. Nosotros, hijos de un hogar en el que todavía se velan las manchas de sangre de republicanos liberales caídos al lado de la causa que dirigió Juárez, parciales de algunos de sus colaboradores cuya sangre llevamos, nutridos con las narraciones de un soldado republicano y juarista al que debemos la vida, posiblemente hemos caído muchas veces en la nuestra—pues siempre salimos a la defensa de la gloria de Juárez en la pobre medida que nos fué dable—, en la exageración apologista. Pero si en estas cosas la debilidad humana siempre ha de hacer caer a los que no sabemos ser indiferentes, preferimos estar de ese lado; los pueblos, como las religiones, han de formar un culto cívico porque si no perecen del frío de la crítica, que puede ser delectación de sabios; pero nunca aliento de humanidades, fuente acaso de sabiduría; pero no de amor y de devoción. Si México y América han tanto menester de formar civismo, Juárez, con todo lo que haya podido errar, es de las figuras que mejor pueden servir a tan alta necesidad; y si con exaltarle contribuimos a que la historia se crezca en leyenda, lo hacemos a conciencia de servir así mejor a nuestro

Continente y a nuestra Patria, ya que la verdad en su esencia no ha sido menguada, y sólo la doble corriente de la hostilidad y de la admiración sustentan las glorias y la vértebra de las patrias.

La personalidad de Juárez arrastra—como ya nos ha llevado muchas veces en el curso de esta páginas—, al estudio de la situación étnica del producto de la acción conquistadora en nuestros países. Juárez es un tipo que no podía darse, sino en el área de la colonización española; sólo por la gloriosa igualdad fundamental que España con su sentido ecuménico, católico y esencialmente liberal, dió a aquellas sociedades, pudo un indígena lleno de esencias espirituales hispánicas, elevarse paso a paso como Juárez se elevó, sólo en el seno del mundo hispánico pudo un indio levantar la bandera de una patria que ya estaba en la lista de la cultura occidental y europea; esto era inconcebible, por ejemplo, en los Estados Unidos. Nuestro pensador Vasconcelos, soñando con una «raza cósmica» que brote en América de la unión de todas las otras del mundo en una naturaleza mejor y sin tradiciones de hostilidad entre sí, ha dicho justamente: «Subsiste la huella de sangre vertida: huella maldita que no borran los siglos; pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente. Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de los que viene el indio, se

durmieron hace millares de años para no despertar. En la historia no hay retornos porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va... El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el ya desbrozado de la civilización latina. También el blanco tendrá que deponer su orgullo y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie». «La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir... En el suelo de América hallará término la dispersión de las razas, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo y la superación de todas las estirpes.»

Don Ricardo García Granados («Historia de México»), sostiene que el mestizaje español-indígena ha dado raíz en lo moral y en lo fisiológico a seres que no se diferencian de los europeos más que lo que los europeos se distinguen entre sí, en las posibilidades para educarse y luchar. «La perversidad de carácter observada en muchas partes entre los hombres de raza mezclada, tiene causa sociales y no antropológicas, pues se presenta de preferencia en los países en donde la preocupación o egoísmo del pueblo dominador hacia los dominados tiene un carácter más intenso y donde se excluye

a estos últimos con más rigor de los círculos superiores.»

En el caso de Juárez y otros muchos insignes mestizos de sangre o de espíritu, ha sido confirmada esta tesis, el ambiente igualitario, cuando ha sido lealmente aplicado, ha hecho superar a hombres verdaderamente superiores, que han aprovechado caracteres de las dos razas y de la contrastación civilizadora con el ambiente nuevo de donde proceden. Aun cuando no fuera sino para el estudio de tan interesante tema, la vida de Juárez merece ser analizada.

¿Qué demostración de la fecundidad de la obra civilizadora de España puede existir más grande que el que un indio espiritualizado por la colonización y su cultura haya sido el que salvó para siempre la autonomía hispano-americana de la ambición de aventuras conquistadoras de parte de Europa?

Y cuéntese que Juárez, como en otro día Hidalgo, al luchar por la Independencia, no predicó en azteca ni en maya, no levantó el estandarte sangriento de Huichilopoztli, sino que fué en claro español, con sentido cristiano y en nombre de una nación mestiza de indígena y española, como levantaron ambos a ingentes masas para defender su derecho a ser libres y autónomas.

XVII

LOS HOMBRES DE JUAREZ

Hay dos modos como los hombres se imponen en política: o creciendo entre sus iguales o arrollando a todo lo que sobresale para ser arbustos en llanura. El conjunto de hombres superiores enaltece, como a Napoleón enaltecieron sus grandes mariscales; aconsejada por sabios, aumenta y supera la personalidad propia.

Juárez, ya hemos dicho que era un hombre medio por la inteligencia y la cultura, sin penacho, sin aureola personal. Entre otras dotes asombrosas, tuvo la de saber rodearse, la de estimar y aprovechar para su causa las dotes de hombres superiores; y cuenta que no los hizo ni tan siquiera sus amigos personales; prueba de ello fué que primero Ocampo se le separa, luego otros cuando el «Golpe de Estado», después cuando su reelección se le apartan algunos como Díaz, como González Ortega, como Prieto, Ruiz, Zamacona, que habían llevado con él la intimidad del sacrificio y de la lucha, y algunos la personal de convivir en sus peregrinaciones heroicas.

Sería imposible hacer una enumeración que resultara justa por completa: Ocampo, los Lerdo de Tejada, Díaz, González Ortega, Zaragoza, Degollado, La Llave, Gutiérrez, Zamora, Zamacona, Vallarta, Oga-zón, Escobedo, Corona, Zarco, Arriaga, Auza, Doblado, Prieto, Mariscal, Martínez de Castro, Barreda, Romero, Iglesias y otros muchos, en todos los órdenes de las actividades y en todas las ramas de la capacidad, son nombres gloriosos que no me dejarán mentir.

Juárez tuvo este otro síntoma para que pueda decirse con justicia que no fué sólo un hombre afortunado; fué un director—lo repetiré hasta el cansancio—, en cuyas cátedras hubo muchos más sabios que él; pero a cuya labor él dió unidad, sentido y fuerza.

Los detractores de Juárez, han explotado mucho el hecho de que precisamente de entre esos hombres, una mayoría acabó en una u otra ocasión apartándosele; pero esto tan sólo quiere decir que muchos de ellos, sentían su superioridad concreta y bajo un aspecto parcial, respecto al consagrado como jefe, el cual, además, no era afectivo en sus manifestaciones; nunca tuvo Juárez el don asombroso de Porfirio Díaz para encadenar a los hombres a su destino, que a algunos los llevó al error y al suicidio político; no, aquellos sus colaboradores, una vez que pasaba la tempestad, se ponían a aquilatar lo que cada uno había hecho en el peligro y resultaba que un Díaz se decía: « Si yo he sido el vencedor de Miahut-

lán, de la Carbonera, de Puebla, de San Lorenzo y de México», y González Ortega: «Si yo vencí al Macabeo de los reaccionarios en Calpulalpam y asombré a los franceses al caer Puebla»; Ocampo se habría dicho: «Yo fuí el Reformador, porque yo dí sentido y forma a las Leyes de Reforma», y así por el estilo... ¡Ah!; pero el animador, el encauzador, el resistente, el realizador, el que velaba, el que daba fe a cada cerebro, esperanza a cada corazón y fuerza a cada espada, era el hombre medio, el que tenía lo que escala las cumbres y pasa los abismos, el que se crecía en la derrota, el que usufructuaba para seguir adelante cada triunfo. Los cantos de Prieto, las arengas de Zamacona, el genio estratégico y organizador de Díaz, eran instrumentos de magníficos sonidos en aquella orquesta; pero el concertador era el obscuro de cara y de maneras, el hombre de levita, el opaco, el carácter; que para la vida de los pueblos, como para la de los hombres, suele valer más un gramo de voluntad que una tonelada de genio.

Ocampo, Degollado, Valle, Comonfort, cayeron en la brega como tantos otros y tantos millares de anónimos. «Sacos de estiércol con qué abonar la tierra», que dijo Díaz Mirón; otros se han ido opacando y marchitando por mucho haber servido la causa, algunos han defecionado, otros están roídos de ambición. Un duro general realiza las represiones de la última época de su vida, pocos de los héroes civiles de la

Reforma lo acompañan ya; Napoleón III está destronado; Bazaine, deshonorado; Prim, lleno de ansias y desesperando de liberalizar a su patria, y él, que ha sido el centro de la tempestad entre la que todos navegaron, la roca contra la que se quebraron todas las olas, aún está de pie. Y en la historia también, Juárez no podrá desaparecer mientras de que México y América hispánica sean; todos sus hombres, todos los de la «Década heroica», aparte de unos pocos que después sobrepasaron por sus aciertos o sus errores su simple papel como tenientes de Juárez, podrán ir siendo mordidos por el olvido; Juárez es imposible; su figura es de aquellas que se purifican con la distancia y el tiempo, y no es lo más inmortal de su recuerdo el magnífico monumento que en el viejo Panteón de San Fernando representa a la patria llorando sobre su cuerpo muerto.

No, Juárez no fué nunca un envidioso, conoció bien sin duda su propio valer en relación con sus colaboradores, nunca los aprovechó para su propio medro, siempre, sin piedad ni exaltación, para el bien de los ideales patrios a los que servía, y en este sentido era si se quiere un fanático, el sacrificio mismo de los que le ayudaban le parecía lógico, cuando era inevitable para las finalidades de un programa.

XVIII

ERRORES Y DEFECTOS

Tan insensato es dedicarse a ver en los grandes hombres sus defectos sólo para rebajar ante la historia su personalidad y sin más fin que privar a los pueblos de simbolismos y entrañadura humana, como sistemáticamente pretender que hombre alguno en la dirección de un pueblo haya carecido de todo defecto y no haya incurrido en error. Lo que debe hacerse es presentar el saldo, reconocer lo constructiva y lo defensivo que hayan realizado y las virtudes esenciales que los hagan ser ejemplares; pero después, inclinarse ante su condición humana y no cerrar los ojos ni a sus defectos, ni a sus errores, ni a sus faltas. Ahora, que en nada como en esto hay que considerar el medio, la hora y todas las circunstancias, porque resulta tan cómodo como tan injusto ser profeta *e posteriori*, juzgar de lo que pudo hacerse o dejarse de hacer y no se hizo o se realizó, como resulta absurdo en una época distinta, cuando una sociedad ha caminado mucho o transformado sus con-

Reforma lo acompañan ya; Napoleón III está destronado; Bazaine, deshonorado; Prim, lleno de ansias y desesperando de liberalizar a su patria, y él, que ha sido el centro de la tempestad entre la que todos navegaron, la roca contra la que se quebraron todas las olas, aún está de pie. Y en la historia también, Juárez no podrá desaparecer mientras de que México y América hispánica sean; todos sus hombres, todos los de la «Década heroica», aparte de unos pocos que después sobrepasaron por sus aciertos o sus errores su simple papel como tenientes de Juárez, podrán ir siendo mordidos por el olvido; Juárez es imposible; su figura es de aquellas que se purifican con la distancia y el tiempo, y no es lo más inmortal de su recuerdo el magnífico monumento que en el viejo Panteón de San Fernando representa a la patria llorando sobre su cuerpo muerto.

No, Juárez no fué nunca un envidioso, conoció bien sin duda su propio valer en relación con sus colaboradores, nunca los aprovechó para su propio medro, siempre, sin piedad ni exaltación, para el bien de los ideales patrios a los que servía, y en este sentido era si se quiere un fanático, el sacrificio mismo de los que le ayudaban le parecía lógico, cuando era inevitable para las finalidades de un programa.

XVIII

ERRORES Y DEFECTOS

Tan insensato es dedicarse a ver en los grandes hombres sus defectos sólo para rebajar ante la historia su personalidad y sin más fin que privar a los pueblos de simbolismos y entrañadura humana, como sistemáticamente pretender que hombre alguno en la dirección de un pueblo haya carecido de todo defecto y no haya incurrido en error. Lo que debe hacerse es presentar el saldo, reconocer lo constructiva y lo defensivo que hayan realizado y las virtudes esenciales que los hagan ser ejemplares; pero después, inclinarse ante su condición humana y no cerrar los ojos ni a sus defectos, ni a sus errores, ni a sus faltas. Ahora, que en nada como en esto hay que considerar el medio, la hora y todas las circunstancias, porque resulta tan cómodo como tan injusto ser profeta *e posteriori*, juzgar de lo que pudo hacerse o dejarse de hacer y no se hizo o se realizó, como resulta absurdo en una época distinta, cuando una sociedad ha caminado mucho o transformado sus con-

diciones, ponerse a juzgar de la conducta de un hombre público como si ahora estuviera empeñado en la obra que consumó.

No queremos entrar en el debate relativo al liberalismo en general ni al mexicano de la época de Juárez; tampoco vamos a tratar de la democracia y sus posibles ficciones y de las circunstancias nacionales que permitieran o no su aplicación en México en los días de Juárez. Es desleal enfocar de ese modo la crítica del liberal mexicano por antonomasia. Lo que debemos es juzgar de su obra dentro de su credo, que era reflejo del ambiente renovado en el mundo por las revoluciones inglesa y francesa, y, por el ejemplo norteamericano y estimar sus actitudes en relación con el patriotismo, tal como todavía se entiende, o sea, el propósito de conservar a un país con soberanía propia y encaminarlo a su mayor felicidad colectiva.

Hay dentro de la especie humana hombres, a veces muy valiosos, que si ven una obra de arte se dedican a estudiar lo que tengan de defectuosa, si ven algo luminoso, procuran buscar la sombra que proyecte; si encuentran algo puro, quieren descubrir la parte de vicio que pueda ocultar. Y así no se crea optimismo, ni ejemplaridad, ni se forjan elementos para que las patrias crean en sí mismas y caminen a la superación de su concepto por los más amplios y humanos que ofrezca el porvenir.

Nosotros pertenecemos a la escuela de los esperanzados, de los optimistas, de los ena-

morados de toda fe sincera, de los que creemos en la humanidad y en su perfeccionamiento, y al escribir este ensayo, hemos querido divulgar con unos cuantos rasgos una figura grande y ejemplar, siempre dentro de lo relativo; por eso no hemos querido entrar en posibles polémicas, ni tratado de desfigurarla; pero tampoco queremos dejar de dedicar unas palabras a los errores y defectos de Juárez.

Juárez tenía el defecto original de no ser de figura atrayente, su amabilidad era algo forzada, era comunicativo en lo particular y hermético en todo lo relativo a sus funciones; bajo de cuerpo, ancho de espaldas, de color terroso bronceada, de boca grande, de facciones angulosas, nunca tuvo lo que se llama un buen tipo, ni llegó a la extraordinaria posibilidad de refinarse hasta en lo físico, como, por ejemplo, le sucedió a otro prohombre mexicano, al más evolutivo de los mestizos, a Porfirio Díaz. Este fué, sin duda, uno de sus defectos, o para hablar mejor, de sus insuficiencias.

Luego Juárez no fué sonoro, no era hombre de candilejas ni de escenario, era más bien melancólico y retraído como toda su raza. Esto era también un defecto en nuestro ambiente, grato a lo brillante y elocuente.

Se ha hablado mucho de la sequedad, de la frialdad de Juárez, de su poca cordialidad para la amistad. Este era atributo del hombre que la mayor parte de su vida pública la pasó domando situaciones heroicas,

refrenando ambiciones. Puig Casauranc, ha dicho con razón: «Se corre el peligro de juzgar como insensibilidad lo que no es o quizá no haya sido sino refinada sobriedad de expresión y exquisito sentido de ocultamiento de la emoción. Puede condenarse como falta de impulsos de turbulenta amistad lo que tal vez no fué sino represión de impulsos por tanto sufrimiento, por tanto engaño y tanta decepción; la falta de brillo en la expresión, la parquedad en el gesto, tanto físico como mental» (1).

Juárez, según el propio escritor, se hacía pequeño ante intelectuales como Ocampo y Lerdo y ante generales de prestigio, para que ya que tenían que soportar su autoridad sintiéndolo en algunos aspectos inferior a ellos, su legítimo amor propio se satisficiera con ver a su Presidente acogido a su sabiduría y a su estrategia.

(1) Prólogo del libro citado «Juárez el Impasible». Sierra, abundando en la propia idea, dice: «Juárez tenía plena conciencia de cumplir con el deber por encima de todo y sobre todo, sobre el desastre y la muerte, sobre la piedad para los demás o el sacrificio para sí. No es cierto que fuera un impasible, sufrió mucho y sintió mucho, no se removía su color; pero sí su corazón; aquella resolución era su fuerza, por eso en comparación suya parecen nada los talentos, las palabras, los triunfos militares... A todo ello le sirvió de base la virtud fundamental de la raza a la que pertenecía; pero no insensibilidad, sino parca expresión de ella».

Fué durante su vida muy condenado por haberse prorrogado los poderes presidenciales; sus censores siguen señalando éste como uno de sus errores y su amor al mando como su pasión más censurable. Ya lo hemos dicho, sólo él podía conducir la lucha definitiva, sólo él podía tener unidos los republicanos. González Ortega, ni era hombre para dirigir al país en aquellas circunstancias, ni hubiera podido salvarse de los celos de sus compañeros militares. Juárez debe haber sufrido mucho con romper uno de sus mejores títulos, su legalismo immaculado; pero el resultado fué de tal eficacia y el poder teóricamente usurpado, se ejerció con tal pureza, que si hay un pecado es sobre el papel; pero resultó en gran acierto y eficaz defensa nacional en el fondo.

Juárez amó el poder, es verdad; era perfectamente humano, ya lo hemos arriba dicho, lo que quedó a flote después de las dos grandes jornadas, era en enorme parte su obra, la que podía a su juicio trastornar y empequeñecer cualquier otro; su reelección última fué lamentable; pero es explicable.

Y llegamos a un error lealmente grave en la vida Juárez, al que por desgracia va unido también el nombre del pensador más firme de la Reforma: el Tratado Mac-Lane-Ocampo fué un proyecto, por fortuna, irrealizado por acto ajeno a sus autores, al no aceptarlo el Senado norteamericano, que quién sabe por qué hizo este servicio a la independencia mexicana, seriamente com-

prometida con las concesiones de paso de tropas y mercancías, establecimientos militares, etc., propalados, y que tenían por teatro el Istmo de Tehuantepec y otras regiones. Los admiradores de Juárez, sólo ante este caso tenemos que enmudecer y decir que era hombre, que estaba cercado por Miramón y los suyos en condiciones de absoluta inferioridad y que es preciso disculpar en lo menos a quien tanto acertó en lo más.

Pero los adversarios del liberalismo mexicano y de Juárez, ya lo hemos dicho, generalizan, tomando pie del reconocimiento por parte de los Estados Unidos del Gobierno de Juárez cuando el golpe de Estado de Comonfort, de la ayuda en la bahía de Veracruz cuando fué apresada la escuadrilla de Miramón; de todas las actitudes posteriores, y finalmente, de las notas conminativas que los Estados Unidos dirigieron a Francia, terminada su guerra de secesión. Repetimos que es lógico que un país como los Estados Unidos tenga influencias en los vecinos, así se trate del que con fiereza ostenta un nacionalismo cerrado como México; es lógico que una nación organizada como lo fueron los Estados Unidos, sintieran más simpatía por los partidos progresistas que por los tradicionales, y que ante una aventura europea, se sublevara su espíritu americano, como se sublevó el de todos los países hermanos. Los conservadores han siempre dado a entender que para evitar la influencia norteamericana, sólo

queda la europea y los mexicanos que no somos de su credo; pero que somos hispanófilos, juzgamos también que sólo en cultivar nuestra herencia cultural y espiritual hispánica está nuestra autonomía moral; pero de aquí a entregarnos como colonia a una potencia europea para evitar el peligro yanqui, hay un abismo. Juárez no marchitó la dignidad nacional por sus lógicos contactos con los Estados Unidos. Al más eminente de sus Ministros se debió a raíz del triunfo de la República la negativa a aceptar que una empresa yanqui clavara ferrocarriles en el norte y al mismo se atribuye la frase de «Entre la fuerza y la debilidad, el desierto».

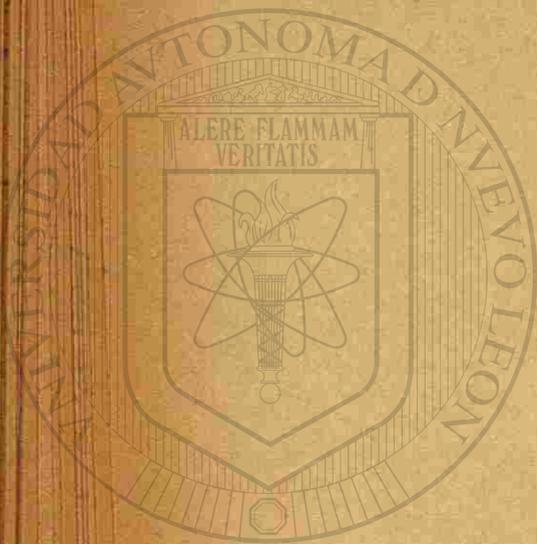
Ollivier, el Ministro liberal de Napoleón (1), decía con razón: «Se unieron a Juárez los mexicanos a causa de su probidad personal y del vigor de sus convicciones; lo siguieron todos los criollos que profesaban las ideas modernas. En cambio el odio de las clases reaccionarias y del clero contra aquel hombrecito incorruptible e invencible y que venía de tan abajo, no tenía límites». En efecto, que a Juárez lo siguieran los indios mexicanos era lógico, por mísera que fuera la condición física y moral de esa masa excluída en realidad de las preocupaciones políticas, era imposible que no sintieran una redención en ver llegar tan alto a un hermano suyo. Ya los mestizos y los criollos era diferente; dígase lo

(1) Obra citada.

que se diga y aun cuando la máxima de América sea que ella en general, pregunta a los hombres a dónde van y no de dónde vienen, el origen humilde tiene un límite hacia abajo allá, como en todas partes, fuera del cual el impulso del hombre para levantarse tiene que ser muchísimo mayor que para el que nace dentro del área normal del desarrollo de las personalidades en cada ambiente. Juárez no es que fuera humilde en su origen, es que era más que humilde, pertenecía a un sector que lindaba con lo ignaro, en su infancia no conocía ni el idioma en el que había de escribirse su gloria. Y esto, que fué parte de su mérito y una vez salvados los primeros pasos fué abolengo de su patriciado plebeyo, para el arranque fué un enorme peso muerto; si Juárez no tiene una hermana en la casa de un hombre de clase media acomodada, que resultó comprensivo y afectuoso para el indito; si Salanueva no es un verdadero hombre del Señor, quién sabe si no hubiera podido salvar el primer escalón, que lo hizo profesional y esposo de una Señorita, con cuyo enlace se elevó socialmente, y quién sabe si su espíritu hubiera tenido fuerza para seguir adelante. Este origen, pues, de Juárez, gloria magnífica una vez que lo superó de lo mínimo a lo máximo, fué una debilidad original, no en el sentido de falta, no en el de resta de virtud o de condición, sino en el sentido de obstáculo que tuvo que superar.

Fué hombre Juárez por lo demás, dema-

siado hombre, demasiado trabajado por los vientos de las más terribles circunstancias nacionales; tuvo pasiones, tuvo faltas, tuvo apetitos, cometió sin duda errores; pero no pueden ellos ser parte bastante a desvirtuar el enorme saldo por el que México lo ha llamado con razón su *Reformador* y su *Defensor* y *América Hispánica su Benemérito*.



XIX

ANECDOTARIO

Nada es más falso en general que las anécdotas sobre las vidas de los prohombres y hay que tomarlas con todo género de salvedades; sin embargo, fijan caracteres y circunstancias a través de la tradición y por eso conviene recogerlas. Repetidas en todos los autores no tienen éstas nada de original; pero las que se atribuyen a la existencia de Juárez no deben faltar en un ensayo sobre ella, por eso las recojo.

Cuéntase que Juárez niño y pastor, cuando ni español hablaba, solía acercarse a la casa cural de su aldea y embelesado escuchaba deletrear a los niños que catequizaba el padre cura, al que a cambio de que le enseñara las letras hacía recados.

Juárez amaba la música; cuando pastoreaba construía flautas con las cañas que cortaba a orillas de la «Laguna Encantada»; más tarde el señor Gobernador del Estado federal de Oaxaca estimulaba la dedicación filarmónica de sus gobernados y el Señor Presidente Juárez, en los días más duros de Veracruz hacía subvencionar la

Opera italiana, escuchando la cual y durante el dúo de las banderas en *Il Puratini*, recibió la noticia del triunfo de las armas liberales sobre la reacción. El indio mexicano es melómano por esencia, sus canciones, melancólicas siempre, son compañeras de su carácter un tanto misántropo.

Un lobo fué la causa incidental de que Juárez emprendiera su primer vuelo y anidara entre el calor de su hermana Josefa y la piedad del fraile Salanueva, para encontrar el amor de Margarita y el derrotero de su destino. Una oveja del tío, que huérfano lo tenía recogido y que no era con él muy cariñoso, fué arrebatada del ganado encomendado a sus cuidados y antes que afrontar su cólera, partió con unos arrieros para Oaxaca a los once años, sin saber apenas hablar español y sin un hatillo siquiera por riqueza.

Una mujer—su hermana, sirviente en la casa del «Gachupin» Maza—y un buen fraile, sacerdote y encuadernador, le dan acogida; el amor de una mujer y la piedad de un humilde son sus báculos, como lo fueron de común para las grandes empresas de los hombres escogidos.

Juárez pone tímido los ojos en la señorita de la casa en la que es criada su hermana; pero para su fortuna el señor Maza es un hombre, no un señorito, y la señorita es una mujer cabal, así puede el indito, feo y bueno, como ella lo juzgó, dar el gran paso de preparar el mestizaje de sus hijos por la sangre.

Cuando es asesinado el héroe de la independencia don Vicente Guerrero, con la indudable complicidad del gobierno central, Juárez, ya diputado local, pide a la Cámara que declare que los restos del caudillo suriano pertenecen al Estado, que el pueblo en donde fué asesinado se llame en adelante «Guerrerotitlán» (tierra de Guerrero) y que se invite a su viuda a inaugurar su monumento sepulcral. Esta es la primera protesta franca de Juárez contra un acto de los tradicionalistas. La Cámara hace suyo el reto y Juárez empieza a ser popular en su Estado.

Al ejercer su carrera de abogado y defender a los indios, sufre algunas veces persecuciones y en su diario comenta su detención acusado de sublevar a los indígenas porque los aconsejaba en su derecho, en las siguientes palabras: «Estos golpes que sufrí y que veía casi diariamente sufrir a todos los desvalidos, que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y me afirmaron en mi propósito de trabapar constantemente para destruir el funesto poder de las clases privilegiadas». Juárez no fué inclinándose al liberalismo por agravios propios, sino por lectura, Constant, Voltaire, Rousseau, fueron sus primeros autores favoritos, y por la triste experiencia que veía en la carne humilde de la que él había salido.

Juárez, desde que deja de vestirse harapos o acomodados de las ropas de su padrino Salanueva y de su protector don Antonio Maza, se viste siempre de negro y de levita comúnmente. No es, ni pretende ser elegante; pero sí le place ser austero en el hábito y distinguido en las formas.

Juárez es Secretario general de Gobierno del Gobernador León y renuncia porque no acepta que se proceda contra los que no quieren pagar el diezmo; se inicia el hombre laico, regalista del Estado.

Don Benito es ya Gobernador del Estado, muere su primogénita, la ley permite por excepción que la familia del Gobernador siga enterrándose en los templos, aun cuando ya hay prohibición general para ello; no se quiere acoger al privilegio.

Juárez, desterrado, pasa por la Habana y tiembla, dice Pérez Martínez, «su propia piel cobriza ante el espectáculo de los negros esclavos en silencio de bestias».

En el destierro en Nueva Orleans, cuenta el impresor Cabañas, Juárez alguna vez no comía y era preciso adivinarlo para socorrerlo con alimentos. En ese mismo destierro el fanático de la libertad del hombre torcía cigarros en la fábrica en que le daban ese trabajo al lado de esclavos negros y al rumor de las lecturas de la Biblia protestante, leída por los más intransigentes clericales que han conocido las religiones y que ha visto América.

Cuando Juárez, tras de haber sido Ministro de Comonfort, vuelve a Oaxaca como

Gobernador interino, pide que no se nombre Comandante Militar. «Me propuse, dice, conservar la paz en el Estado con sólo mi autoridad de Gobernador para presentar una prueba de bulto de cómo no eran necesarias las comandancias militares, cuya extinción había solicitado del Gobierno años atrás, porque la experiencia me había demostrado que eran no sólo inútiles, sino perjudiciales». El inquebrantable civilismo de Juárez, el firme propósito de evitar la constante pugna del poder civil con el militar, se manifestó siempre en su gobernación.

Es electo Juárez Gobernador, ya rigiendo la Constitución; se acostumbraba que el Clero recibiera al electo en la Catedral y se cantara un *Te Deum*; Juárez estaba dispuesto a respetar esa costumbre; pero el cabildo se dejó decir que iba a cerrar la Iglesia antes que recibir a un liberal réprobo. Pudo con su autoridad el Gobernador obligar a la ceremonia; pero prescindió de ella diciendo: «Consideré que no ejerciendo ninguna función eclesiástica ni gobernando a nombre de la Iglesia, sino del pueblo que me eligió, mi autoridad quedaba íntegra y perfecta con sola la protesta que hice del fiel cumplimiento de mi deber ante los representantes del Estado».

Uno de los puntos más debatidos respecto a Juárez es su psicología en materia religiosa; educado por un fraile al que veneraba hasta la devoción, formado en un ambiente muy católico, alumno de Semi-

nario, llegó el momento en que con pena profunda; pero con honradez ejemplar, manifestó a su protector que no lo llamaba el altar. Luego poco a poco su liberalismo y sus luchas políticas lo colocaron, a veces airadamente, frente al Clero católico. Sin embargo su providencialismo aparece cada vez que vibra en sus manifiestos hablando al pueblo, sus familiares son observantes, sus hijas se casan con católicos. Juárez seguramente conserva en esencia su fe, quebrantándose de manera definitiva su devoción para la organización de la Iglesia; pero desde luego nunca trató de herir las conciencias, ni de atacar la libertad de ellas.

Juárez, como lo llevamos dicho, era misericordioso para lo que sólo era debilidad que no hería a la Patria en sí. Don Guillermo Prieto dice: «Me separé de Juárez por su Golpe de Estado, me siguieron Patoni y otros». Lerdo me persiguió cruelmente... Por fin, electo diputado, con esa investidura me fui a México; me entré de rondón en casa de Juárez y le dije: «Aquí estoy; veamos lo que haces conmigo»; me abrazó con ternura y jamás volvió a hablarme del pasado».

El General Vidaurri defecciona en Monterrey cuando llega Juárez en esos mismos momentos, aquél es omnipotente en el Norte, Juárez lleva una escolta; el jefe frontero se adelanta a saludarlo. «¿Cómo está usted don Benito?», Juárez cruza sus brazos y le pregunta: «¿No me podría usted llamar Señor Presidente?» Vidaurri elude

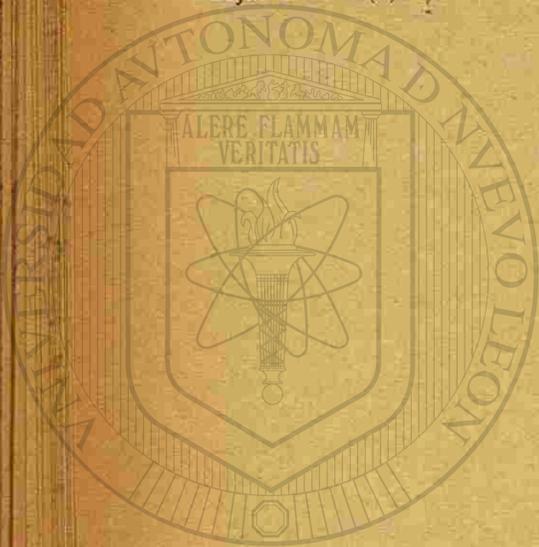
el saludo que fuera reconocimiento de una autoridad que ya no existe para él. Juárez se retira en su coche; los sublevados lo alcanzan dentro de la ciudad y no se atreven a agredirlo; un ayudante espantado dice al cochero: «a escape», «al trote, dice Juárez, el Presidente de la República no puede correr»... Y los rebeldes lo respetan.

El gran orador don Manuel María de Zamacona nos contaba un episodio grotesco y sublime; son los desiertos del Norte, Juárez al caer la tarde en un rancharío preside a su gobierno; se asegura que una columna francesa está muy cerca, de pronto una polvareda en el horizonte, «son los franceses», se oye decir; Juárez se levanta y dice a sus Ministros asombrados «señores, ustedes ya no son Ministros; yo soy la única autoridad aquí; todos los demás son particulares». Y avanza a encontrar al enemigo para ser la única víctima... ¡Se trataba de un ganado solamente!

Un General lleno de méritos y servicios se subleva; es derrotado y lo llevan prisionero ante Juárez «general, le dice, la patria debe a usted mucho; dónde quiere ir a recibir su sueldo?» y lo pone libre.

Trabajado y marchito se siente enfermo, sufre los ataques arteriales y pregunta en un intervalo al doctor «¿es mortal mi enfermedad?» y al saber que sí, lo oculta a su familia, recibe a su Ministro de Relaciones que le necesita comunicar algo urgente, a un general que sale a campaña—ya en este momento no tenía pulso—dice su médico en

sus memorias—y sentado, dice: «Acabó» y dejar de ser (1).



(1) Como curiosidad relacionada con el nombre de Juárez recojo de la prensa mejicana de estos días la siguiente: «Mussolini, el hombre más antitético del liberalismo clásico, hijo de un Garibaldi fervoroso admirador de Juárez, fué bautizado con el nombre completo de «Benito Juárez», el liberal integral de América».

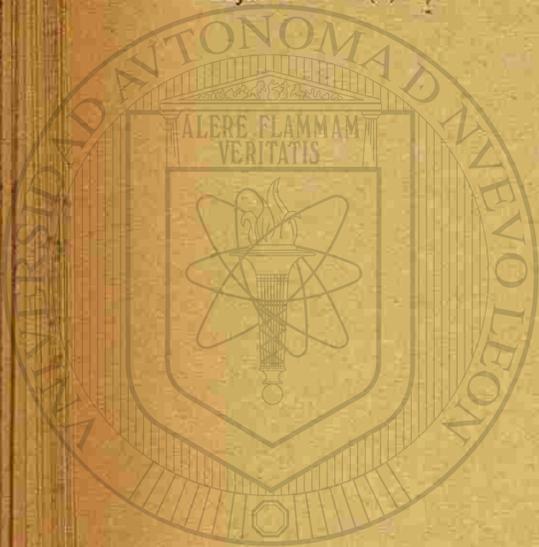
XX

¡AVE JUAREZ!

Una de las cosas de las que huyen más los escritores profesionales, es de que se les recuerden las primicias de su obra; pero quien escribe como habla, sólo como medio para otras finalidades espirituales y sin creer que hoy lo haga mejor que ayer, sino que siempre habrá obrado por un primer impulso lejano de la perfección, no debe temer prendas de pasado y al contrario, es sólo bien el que encontrará en los recuerdos de su primera juventud, cuando ellos vienen a coincidir con idénticas convicciones en los linderos de la vejez. Por eso nos permitimos cerrar este ensayo reproduciendo un discurso pronunciado ante la tumba de Juárez y en nombre de la juventud estudiosa mexicana, por quien era entonces un estudiante de veinte años, que hablaba por primera vez ante el gran público y en presencia del poderoso Dictador Porfirio Díaz.

El hecho de poder repetir hoy, ya no pensamientos, pero hasta frases en este librito de aquél nuestro primer cantó a Juá-

sus memorias—y sentado, dice: «Acabó» y dejar de ser (1).



(1) Como curiosidad relacionada con el nombre de Juárez recojo de la prensa mejicana de estos días la siguiente: «Mussolini, el hombre más anti-tético del liberalismo clásico, hijo de un Garibaldi fervoroso admirador de Juárez, fué bautizado con el nombre completo de «Benito Juárez», el liberal integral de América».

XX

¡AVE JUAREZ!

Una de las cosas de las que huyen más los escritores profesionales, es de que se les recuerden las primicias de su obra; pero quien escribe como habla, sólo como medio para otras finalidades espirituales y sin creer que hoy lo haga mejor que ayer, sino que siempre habrá obrado por un primer impulso lejano de la perfección, no debe temer prendas de pasado y al contrario, es sólo bien el que encontrará en los recuerdos de su primera juventud, cuando ellos vienen a coincidir con idénticas convicciones en los linderos de la vejez. Por eso nos permitimos cerrar este ensayo reproduciendo un discurso pronunciado ante la tumba de Juárez y en nombre de la juventud estudiosa mexicana, por quien era entonces un estudiante de veinte años, que hablaba por primera vez ante el gran público y en presencia del poderoso Dictador Porfirio Díaz.

El hecho de poder repetir hoy, ya no pensamientos, pero hasta frases en este librito de aquél nuestro primer cantó a Juá-

rez, demuestra cuán hondas son nuestras convicciones y qué temprano se formó en nosotros la admiración por el patricio. Ello, sin duda, procedió de que nuestro padre, hijo de un militar de ocasión, agotado al servicio de la causa de la Reforma Liberal, hermano de otros caídos en la defensa de la independencia nacional frente al Imperio, herido el mismo en el cerco de Querétaro, militar de carrera y aficionado a las letras, formó en nosotros un culto que nada ha desarraigado y al contrario, a nuestra vida, a nuestras propias investigaciones y a nuestra experiencia, debemos la fortaleza de una convicción que hoy confirmamos.

¡Perdón para el estilo y la insuficiencia de aquel muchacho!; pero nos es gratísimo poder recordar ese primer paso al que tantos siguieron, porque siempre luchamos por la justicia para Juárez, y por eso nos ha sido tan grato que la Editorial NUESTRA RAZA nos conceda la ocasión de vulgarizar en España figura tan representativa y tan simbólica, que fué culto cívico de toda nuestra vida.

Morir disfrutando de una idea con la que nacimos a la vida de la razón, es muy raro; nosotros debemos a Juárez tal felicidad.

Discurso pronunciado por el estudiante de Derecho Rodolfo Reyes, ante la tumba del Benemérito Juárez el 18 de julio de 1899:

«¡Ave Juárez; los mexicanos que llegan a la vida cívica te saludan!»

Cuando por el civismo arrastrado llega un pueblo y en los altares del civismo una glorificación realiza, la juventud que estudia, la que no tiene más título que el trabajo, más apoyo que el libro, ni más lema que «adelante», viene también como ese pueblo y se confunde en esa glorificación. La Escuela de Jurisprudencia habla por toda esa pléyade de obreros del talento, porque siente que todos son hermanos, porque sabe que cuando uno es el corazón, puede ser uno el verbo y porque a ella, que se labra en los estudios del derecho, tócale la vanguardia para ofrendar a quien nos dió derecho.

Con la juventud estuvo siempre la veneración para cada sacrificio, el azote para cada egoísmo, y nosotros los de ahora, los que no podemos llevar en nuestros pechos las cruces ganadas, ni las heridas abiertas en las luchas por los principios, los que no ornamos nuestras cabezas con las canas formadas al plantearlos, si los amamos, si llevamos un corazón con él, un recuerdo que nos hace venerar lo pasado. Solos los ingratos olvidan que el pedestal del ahora 'o formó siempre el esfuerzo del ayer; sólo los ingratos pueden olvidar en su felicidad a quien se las diera; y no, la juventud no sabe ser ingrata, porque tiene el derecho y el deber de ser noble; cuando piensa en su patria piensa en sus héroes, porque son correlativos en su existencia, como en nues-

tro amor; porque los héroes constituyen la encarnación individual de los pueblos; el México moderno encarna en Juárez y rendir culto a Juárez es rendírsele a México; no, la juventud no sabe ser ingrata; mañana, cuando acabéis vosotros, veteranos del pasado, colaboradores de nuestra redención, ella os jura y habrá de cumplirlo, que no ha de faltar una lágrima que riegue vuestros restos, ni una flor que decore vuestras tumbas.

Juárez fué un efecto social, ejecutor de un momento histórico y adalid de un principio; surgió modelado para todas las luchas, ungido para todos los sacrificios. Niño, huérfano, sin conocer siquiera el habla sonora, que había de narrar todas sus glorias y cantar todos sus triunfos, llegó de su San Pablo a Oaxaca para revelarse al punto. «El trabajo, se dijo, es la causa de todos los premios, el saber el secreto de todos los éxitos; pidamos trabajo y como salario enseñanza». ¡Antes que la vida de la materia la vida de la idea; antes que el pan del cuerpo el del alma! Bien saben los que nacen con alas que es su deber batirlas para alzarse, en vez de plegarlas para vivir como los demás hombres. Y alas Juárez tenía; la escuela las desplega y el cielo está en los altares de cada pueblo.

De aquella cuna tan ignorada, tan humilde, tan escondida, tan oscura, a su vida tan completa, tan brillante y tan luminosa, el camino es inmenso y la inteligencia no lo salva de un golpe; pasar de un medio

social a otro más alto, por gradaciones siempre lentas y siempre peligrosas, de un lenguaje bárbaro a uno rico y culto, de la total ignorancia a la preocupación, de la preocupación a la duda y al fin a la verdad; de ese aislamiento egoísta, mezcla extraña de resignación y de desprecio, que es patrimonio de los que viven muy abajo, al amor filantrópico más puro, y, en una palabra, de la sombra a la luz y a la inmortalidad; eso se llama vivir de un modo grande, eso es acreditar toda veneración que puede proclamar al más mexicano de nuestros inmortales como el más inmortal de nuestros mexicanos.

¿En dónde encontró Juárez el ignaro, el pobre indio huérfano, la necesaria energía para tal marcha? Amor y voluntad son dos potencias, que, la una impulsiva, y directriz la otra, salvan todo abismo y escalan toda cumbre; de amor y voluntad es su vida y de amor y voluntad es toda su obra.

¡Oid ese rumor! Es el golpe del mazo sobre el yunque, un pueblo está forjándose, una raza, trescientos años colonizada y treinta y cinco claudicando libre, alcanza un alto ideal, es el plan de Ayutla, con sus Licurgos que lo cumplen, que han dado forma a todos los progresos, que han dicho «Súrgite» a todos los derechos; es la Constitución de 1857 que se escribe, de ella van a partir principios redentores; de ella a alzarse por fin instituciones estables; su luz es demasiado radiante; el premio es grande, queda holgada a la capacidad nacional;

pero las leyes educa na los pueblos y ningún premio es bastante para una nación que ha alcanzado cada triunfo y escrito cada principio con la lucha de cada día y la sangre de cada pecho.

Todos los grandes bienes forman grandes ingratos; para luchar contra ellos se requería un muro en el que todo un pasado se estrellara, un pararrayos en el que todos los anatemas se perdieran. La inmortalidad pesa mucho, no todos los hombres pueden abrir capítulos de historia; Comonfort era un débil, no podía ser ese muro, no pudo con la grandeza que le brindó el destino y abandonó el tesoro... Y después... la hecatombe, el golpe de Estado con Zuloaga imponiéndole, con Pío IX bendiciéndolo, con la patria perdida, con sus conquistas renegadas. Pero no, los derechos y las conquistas de los pueblos encuentran siempre salvadores y campeones... Juárez, el que vino de Oriente, de donde llega el Sol, el de facciones rectas, como lo fué su vida, el de color bronceado, como estatua viva; Juárez estaba allí, encarnó una protesta, abrió una lucha, y Juárez... el que vino de Oriente, de donde viene el Sol, el de facciones rectas como su recta vida, el de color de bronce, como estatua que vive, una primera vez salvó un principio, una primera vez salvó a la patria y por primera vez lo ungió la gloria.

Y allá va el Presidente «Trashumante», águila que arrastra el huracán; pero que el huracán no abate, para al fin en la heroica

Veracruz y allí ante el mar, coloso ante coloso, su aliento se alza, se condensa en nube y brota el rayo; es la Reforma; el pensamiento es ya Señor; la intolerancia religiosa, esa inquisición sin hogueras, ha concluído, en la conciencia van a fructificar todas las creencias y el hombre va a manejar todas sus facultades. El liberalismo, que es el respecto de todos los derechos y la condena de todas las intolerancias, hirió a organismos tradicionales, no a la religión. Juárez y su núcleo de prohombres, rompiendo las cadenas de la idea, enseñando al hombre a manejarse en lo moral por sus propias convicciones, fueran las que fueran, ganaron la veneración de los pensadores, como salvando la Constitución habían ya ganado la de los liberales.

Pero el gigante no iba a ser tan sólo el líder de un partido y el ejecutor de una filosofía; sus destinos le reservaban y sus alientos le ofrecían un triunfo que lo había de alzar, ya no a las admiraciones de un grupo, sino hasta los altares de un pueblo.

Tres eran, pero dos recordaron que el triunfo de la injusticia mancha; se alejaron y Francia quedó sola, y entonces, desmascarándose, dijo: «A tí, México el republicano, vienen mis bayonetas a labrar un trono». ¿Francia era la que hablaba? ¿Francia, la educadora de los libres, la pensadora Francia? No, no era ella; esa con Víctor Hugo y Favre, con Thiers y Picard, condenaba la hazaña y maldecía el crimen; la Francia que llegaba despedazando por la

boca de sus negociadores el honor de su vida diplomática; era una Francia falsificada; la dirigía, es verdad, un Bonaparte, mas era un Bonaparte que del Grande sólo el nombre heredó, el que urdía ya la ruina de un pasado glorioso para quien ya la historia preparaba su picota y el Homero francés sus latigazos. Sus soldados no eran los que con el Corzo ejecutaron la Revolución, no eran aquellos que vieron las Pirámides y las Pirámides al verlos se inclinaron, no; eran los que a México traían atado a sus mochilas a un pobre Príncipe ambicioso y sombreando con sus banderas un delito internacional.

Y la lucha empezó; fué la lucha inmensa, y el gigante se alzó; fué la protesta de una agonía heroica que no acababa; peregrinando en pos de un asilo llegó al Norte; mirar todo su vuelo, seguir toda su estela, es modelar contornos siempre vivos en los mármoles inmortales de la historia, es bosquejar celajes siempre puros en los cielos del recuerdo y quemar incienso siempre merecido en el tabernáculo de las veneraciones. ¡Vedlo!; sus pasos cada vez que avanzan se acercan a la meta de la gloria. ¡Oído!; sus labios cada vez que se abren dan una página austera y eficaz a la ejemplaridad y a las remembranzas de lo grande. ¡Qué coloso, qué firme, qué patético, qué eficiente, es el Noé de nuestra autonomía!; pasa por sobre todas las traiciones, alienta todos los desalientos, empuja todas las energías, y al fin, llevando a costas la cruz de los

martirios de un pueblo, sin una caída, sin un desfallecimiento, alza un calvario, que no es de redención, sino de castigo y en maderos de oprobio y no de perdón, en vez de un redentor y dos ladrones, agonizan un usurpador y dos traidores; una bandería se abate y una patria se salva.

¡Liberales o Conservadores, creyentes o ateos, la hostia del agradecimiento, en el que todos hemos de comulgar, se ha alzado; arrodillémonos! Juárez ya no salvó a un Partido ni un principio, es México el salvado, son las bendiciones de todo mexicano las que merece; venerarlo por esa salvación, sólo los traidores no deben; pero los traidores son los parias de las nacionalidades, su patria ha sido el crimen y por eso su patíbulo es la historia.

Juárez venció; el implacable e imperturbable luchador iba a ser el cuidadoso enfermero de la patria salvada bajo su dirección y con él vencedora, la era de las conquistas pacíficas iba a abrirse y esta tierra, regada con la sangre de todas las luchas, iba a ser fecundada por todos los trabajos.

Europa, que buscaba mesnadas de salvajes y de débiles, vió aquí un pueblo cuyas plumas en vez de adornar cimeras, habían sabido escribir principios que ella aún no alcanzaba; vió un pueblo cuyos jefes, que ella creía bandidos, habían defendido su bandera como héroes por ella no esperados, y con Castelar, con Víctor Hugo, con Ga-

ribaldi, admiró a México y le dió un asiento en la comunión de las naciones.

Apenas rediviva la patria, Juárez, que sabía que formar individualidades es el secreto de los pueblos grandes, porque tanto valen ellos cuanto valen sus ciudadanos, unificó la instrucción, la estimuló y con Gabino Barreda abrió las puertas a la moderna enseñanza, en la que se formarían nuestros actuales maestros. No requería otro título para que la juventud lo bendijera, como bendice al sabio Barreda.

En el peso de una noche de julio concluía Juárez, el hombre Juárez debía morir; ya inmortal en su gloria, no cabía cómodamente entre los humanos corrientes, que no saben codearse con inmortales; salvada la República, realmente su obra estaba consumada y su beatificación cívica adquirida; lo reclamaba el Olimpo de los grandes de América; la historia tenía que consagrarle sus páginas; la patria venerarlo; sus enemigos rendirse a sus méritos y los bronceos y mármoles perpetuar su forma. Debía concluir el hombre para transmutarse en el símbolo que bendecimos, para ser simbólicamente encarnación de los ideales que amamos. Por eso la patria no llora; este día no es de luto, ni han de ser quejidos nuestras palabras; la patria viene a venerar; este día es de ofrendas y nuestras palabras son hosannas y glorificaciones.

Constitución, Reforma y segunda Independencia de México, ese es el canavé en el que se tejen las grandezas de Juárez; pero

no es ese sólo, los hombres como él son hombres-faros que alumbran muchas verdades y vivas páginas que encierran muchas enseñanzas; la juventud que estudia y quiere luz, luz encuentra en él y enseña en el magnífico libro de su vida.

La voluntad, que engrana vigorosa en la cadena de la causalidad, como todo efecto constituye a su vez una causa, hay hombres que no la aprovechan, que son esclavos de las circunstancias y las tendencias, a quienes gobiernan los accidentes; otras hay que gobiernan a sus tendencias, que aprovechan las circunstancias, que encauzan los accidentes; los primeros son los hombres-veleta, son los naufragos y los frívolos; los segundos, son los hombres-carácter, son los éxitos de su vida y de las que dirigen; venerar a estos hombres es venerar la voluntad y rendir culto a ella es rendirle a Juárez, porque en la historia de México, señores, la voluntad se llamó Benito Juárez.

Y los jóvenes de hoy, que extraños a los golpes de la lucha no tenemos a las veces alientos de luchadores, debemos inspirarnos en el ejemplo de vida tal, que pudiera encerrarse en esta parodia de la frase de un sabio, que es apotegma de nuestra Escuela Preparatoria: *Amar para intentar, querer para triunfar*, porque amor es poder y voluntad es triunfo. Por eso fué su vida un éxito, por eso constituye una enseñanza para campear en la lucha de la vida, quebrándose, sí; pero doblados nunca, según

la frase del gran colaborador de Juárez, el mártir liberal Melchor Ocampo.

Mostrar a Juárez como voluntad, es verlo niño volar desde su horizonte cerrado por las montañas y reflejado sólo por su «Laguna Encantada», hasta su gloria limitada sólo por los límites del Nuevo Mundo y reflejada para siempre en la realidad de la existencia de un pueblo libre; es verlo salvar la destrozada bandera del 57, enarbolándola viril durante la «Guerra de Tres años», en el puerto que fué siempre portada de nuestras glorias y de nuestros martirios; es verlo a él, que era el porvenir casi inerte, abatiendo a golpes de idea al pasado poderoso; a él, que era la vida que pide su plaza, venciendo a la muerte, que se niega a darla; a él, que era la luz del pensamiento libre, rasgando la noche de la intolerancia; y más aún, hacerlo así sin que de sus manos un solo rayo partiera a herir la fe o a azotar las conciencias, porque Juárez, como buen liberal, como hombre espiritual, no pudo nunca atacar un sentimiento que por fortuna vive para alentar por medios morales la bella y querida esperanza del más allá; pero sólo por eso y para ello. ¡Ah!; si los vencidos aceptando sus derrotas pudieran serenamente pensar, comprenderían que el principio y sus órganos son diversos, entenderían que si todo órgano que funciona fuera de su órbita propia, se debilita o muere, volverlo a su lugar es salvarlo. La Iglesia en México era financiera y política, más que religiosa; Juárez, arrebatándole

aquellas actividades laicas, la volvió a su campo, al del dogma que le dió su divino fundador; y aun cuando clamen horror los reaccionarios, he de decir que Juárez puso una base cierta para salvar el porvenir de la Religión en México, porque lo ideal de la religión es su pureza y apartarla de lo impuro es salvarla.

Ver a Juárez como voluntad, es verlo en la Intervención, ser entre todas las agonías la vida, de todas las espadas el puño y de todos nuestros planetas el sol.

Es verlo en el gigante orgullo del que dueño del derecho jamás se sintió débil, no aceptar la espada de Grant «el invencible», porque quería que su patria salvada, debiera a sí misma su salvación, porque sabía que quien no conquista su libertad ni la comprende ni la conserva y parece que pensaba en algún pueblo querido y hermano, que ya con las espadas de sus auxiliares ha formado eslabones de duras cadenas. Es verlo negar el perdón del torpe iluso, no obstante las súplicas y las amenazas internacionales, porque era preciso poner un coto a los latrocinios de patrias y preciso abatir una bandera que podía cobijar nuevos atentados. Es verlo un día pasar sobre la ley, ser su infractor, porque la ley le mandaba abandonar la patria, ya que dejar la nave en los momentos de la tempestad es mandarla a los abismos de la perdición; y Juárez, supo inmolar el procedimiento a la finalidad, era grande puritano; pero más grande fué mártir de sí mismo en aras de

su santa causa. Es verlo abrir la era de 'as conquistas pacíficas, destruir los antiguos modos de enseñanza y apoyar su renovación, a pesar de proceder su cepa cultural de otros orígenes; y es verlo, en resumen, salvar límpido su gran saldo de gloria sobre los que se dicen sus errores, porque su gloria hunde en su proporción y en su calidad a los errores con que su humanidad haya pagado el lote que en el error le tocaba.

En habiendo voluntad, puede serse político sin ser dúctil; en política como en todo, el hombre-carácter no sacrifica sus principios sino en la proporción rendida al debido oportunismo; ser en esencia como se debe y no como las circunstancias nos quieren hacer, o eliminarse de entre ellas, eso dice la vida del patricio.

Sus luchas también dicen: ser patriota es adaptarse a las necesidades y aspiraciones de un pueblo, que en nosotros producen sensaciones, imágenes, proyectos; no los encaucéis y se levanta un vidente desequilibrado y peligroso; pero gobernad con la voluntad, adaptad con la discreción y surge un estadista fructuoso, como el Gran Indio lo fué; la energía para hacerlo así. ¡Que no lo olviden los parias del sentimiento y los azotadores del afecto!, es el amor, porque sin amor no hay martirio y sin martirio no hay gloria; faltando el sentimiento la patología descubre un anómalo y la sociedad maldice a un egoísta.

El temor a los hombres, a las costumbres

y a los mitos, ha sido en la vida de los pueblos el origen de todos los tropiezos; el amor a los hombres, a los principios y a los pueblos, la causa de todas las abnegaciones que los han engrandecido; Juárez supo con su voluntad pasar sobre aquéllos y con su corazón amar a éstos, por eso triunfó.

No lo olvidemos los luchadores del mañana, si algo es axiomático, ello es que las propias fuerzas que realizan una conquista se requieren para guardarla, aun cuando sea con mayor espíritu de ponderación y tolerancia, si la juventud sabe tener voluntad, será gloriosa, si el siglo que está llamando a las puertas de los tiempos es el del carácter, como el actual ha sido el de la inteligencia, será tan grande como el siglo luminoso de las definiciones abstractas que acaba, porque será el de las consumaciones concretas.

Si Juárez a la juventud que entra al camino de la vida cívica y que empieza a deshojar las flores de sus ensueños en las duras tempestades de la lucha, le dijo dónde estaba el aliento, le enseñó también dónde está el molde del éxito y dónde el campo de la inmortalidad.

Juárez, por otra parte, fué índice cierto del más alto deber de nuestra ciudadanía, la redención del indio por el mestizaje en todas sus formas, porque él fué, como lo dijo el maestro Sierra: «La proyección del granito primitivo salvado sin mancha a través de la colonización y la servidumbre para esplender en plena civilización». Y sí,

la raza india es redenta, esa raza que sigue trotando melancólica hacia el poniente, sin una mano que la alce, que ha encontrado siempre una cruz sangrienta y una labor de ilota, puede salvarse: esa raza cuya grandeza se hundió a lo espartano con Guahatemoc, que sacrificaba a sus príncipes que querían la paz, para alzarse siglos más tarde esgrimiendo la espada de la libertad con Guerrero, salvando una patria y un credo con Juárez, robando al habla sus armonías con Altamirano y a la filosofía y a la tribuna sus secretos con Ramírez, no es una raza inútil ni una raza muerta, es una materia para transformaciones fecundas.

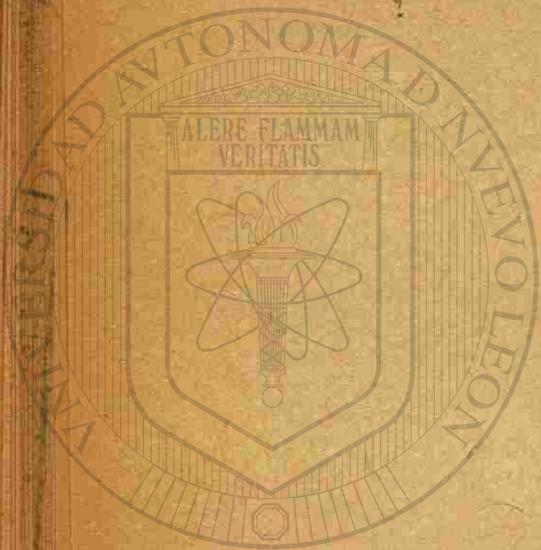
No, los horizontes para las luchas de quienes sienten tamaños, no están cerradas; páginas áureas de nuestra historia patria está en blanco, apenas estamos pasando de la adolescencia; este siglo, con sus hombres, dió a México libertad, reforma y paz; el que llega, consumando el mestizaje, debe dar a toda una raza definitiva redención; si lo hacen así los grandes del mañana, serán tan grandes como los grandes del ayer, y quién sabe qué destino grandioso toque al tipo nuevo que se levante en estas mesetas y sobre estas playas, hijo de una civilización y de una sangre occidentales, mezcladas con una sangre y un ambiente propios. Entonces estará consumado nuestro destino esencial y seremos definitivamente bastante fuertes para cumplir el gran papel, comprometedor y gallardo, que nos tocó al ser

muro en el que chocan dos interpretaciones de una civilización y dos razas diversas.

Lograr esa redención de cuya posibilidad Juárez fué luminoso ejemplo, empleando la voluntad y la fe que en él encarnaron, tal es el campo abierto, ¡Oh juventud mi hermana!, a tu esfuerzo en ese nuestro siglo, el venidero.

A Juárez, el que hizo de su vida una obra de arte a la que no faltó una nota, ni un contorno, ni una estrofa, ni un celaje; a Juárez, el luchador político que salvó los principios, la conciencia y la patria; el gobernante que abrió la era de la moderna enseñanza, el carácter ejemplo, el síntoma de la vitalidad de una raza; viene hoy la juventud que estudia y que trabaja, la que tiene por apoyo el libro y por lema «adelante», la que no sabe ser ingrata, la que glorifica toda grandeza y azota toda pequeñez; a él le ofrece estas coronas; son de flores humildes perfumadas de sinceridad, simbolizando amor, representando afanes... ¡Recíbelas, oh padre del México moderno, recíbelas!, y que tu égida recuerde siempre a los que avanzamos a la lucha del vivir que amor y voluntad fueron las alas con que salvaste abismos y escalaste cumbres, que tu recuerdo aliente siempre las luchas del mañana, como simboliza las luchas del ayer. ¡Ave Juárez!»

FIN



INDICE

	<i>Págs.</i>
Dedicatoria... ..	5
Epígrafes... ..	6
Lo que es este libro... ..	7
Capítulo I.—El primer ciclo... ..	11
— II.—El ambiente... ..	21
— III.—SE INICIA LA LUCHA ...	39
— IV.—El liberalismo avanza... ..	45
— V.—Debilidad y entereza... ..	51
— VI.—La guerra «De Reforma»... ..	65
— VII.—Entre dos tempestades... ..	77
— VIII.—La Convención Tripartita... ..	87
— IX.—Prim o la reconquista espiri- tual de México... ..	99
— X.—Se inicia la intervención... ..	111
— XI.—Sueño de Imperio... ..	119
— XII.—Frente a frente... ..	125
— XIII.—Hacia el fin... ..	137
— XIV.—S A B E R U S A R D E L A VICTORIA... ..	149
— XV.—Tras de la tempestad.....	159

	Págs.
Capítulo XVI.—EL HOMBRE... ..	169
— XVII.—Los hombres de Juárez... ..	179
— XVIII.—Errores y defectos.....	183
— XIX.—Anecdotario.....	193
— XX.—¡Ave Juárez!... ..	201

Ediciones Nuestra Raza

Olivos, 2

Madrid

(Parque Metropolitano)

Teléf. 47517

VOLUMENES PUBLICADOS

LOS HOMBRES DE NUESTRA RAZA

- Dionisio Pérez: ISAAC PERAL (La tragedia del submarino Peral).
 Joaquín Belda: MAIQUEZ (Actor, guerrillero y hombre de amor).
 Doctor César Juarros: RAMON Y CAJAL (Vida y milagros de un sabio).
 C. González Ruano: PRIMO DE RIVERA (La vida heroica y romántica de un general español).
 Olga Briceño: MIRANDA (El precursor de la libertad de América).
 Diego San José: GODOY (Grandezas y servidumbre de un valido).
 Luciano de Taxonera: MAURA (La vida ejemplar de un hombre de Estado).
 E. Ramírez Angel: ZORRILLA (El más grande poeta de la raza).
 Francisco Camba: LERROUX (El político, el hombre).
 Ignacio Bauer: MAIMONIDES (Un sabio de la Edad Media).
 R. Gómez de la Serna: EL GRECO (El visionario de la pintura).
 Horacio de Castro: LANUZA (El justicia ajusticiado).
 E. Barriobero: SALMERON (El republicano austero).
 Antonio de Hoyos y Vinent: CARLOS V (El amo del mundo).
 Santiago Montoto: LOPE DE VEGA.
 Octavio Méndez Pereira: NUNEZ DE BALBOA (El tesoro del Dabaide).
 Oswaldo Bazil: RUBEN DARIO.
 Pedro de Répide: DON ALFONSO XII.
 Julián Cortés Cabanillas: DON ALFONSO XIII.

Ramón Martínez de la Riva : DON TORCUATO
LUCA DE TENA.

Rodolfo Reyes : JUAREZ.

Olga Briceño : CERVANTES.

J. García Mercadal : ANTONIO PEREZ.

Diego San José : MILLAN ASTRAY.

LA OBRA MAESTRA

CLÁSICOS DE AYER Y DE HOY

Diego San José : EL MADRID DE GOYA.

W. Fernández Flórez : FANTASMAS.

Cristóbal de Castro : MUJERES EXTRAORDI-
NARIAS.

Gustavo Adolfo Bécquer : RIMAS (Completas).

José María Salaverría : INIGO DE LOYOLA.

Rufino Blanco-Fombona : EL CONQUISTADOR
DEL SIGLO XVI.

Pedro de Répide : DEL RASTRO A MARAVI-
LLAS.

Stefan Zweig : CARTA DE UNA DESCONO-
CIDA.

Aristóteles : LA POLITICA.

Campoamor : DOLORAS Y PEQUEÑOS POE-
MAS.

Fray Luis de León : LA PERFECTA CASADA.

Washington Irving : LOS CUENTOS DE LA
ALHAMBRA.

Lope de Vega : EL VILLANO EN SU RINCON.

Santa Teresa : CARTAS FAMILIARES.

Verlaine : LA BUENA CANCION.

Condestable Don Alvaro de Luna : EL LIBRO
DE LAS CLARAS E VIRTUOSAS MUJERES.

Augusto Martínez Olmedilla : COMO MURIO
NAPOLEON.

Enrique Heine : EL LIBRO DE LOS CANTA-
RES.

César Juarros : EL MOMENTO DE LA
MUERTE.

P. Sáinz Rodríguez : CLARIN (Estudio crítico).

Rubén Darío : ANTOLOGIA.

Francisco Camba : LA REVOLUCION DE-
LAINO.

Eduardo Zamacois : LA OPINION AJENA.

Stendhal : VIDA DE NAPOLEON.

Salvador Rueda : ANTOLOGIA.

Tomás Borrás : LA PARED DE TELA DE
ARANA.



